

Rafael Sánchez Ferlosio

*La hija de la guerra
y la madre de la patria*



Este volumen misceláneo contiene dos modalidades. El ensayo propiamente dicho se agrupa en los bloques “Pedagogos pasan, al infierno vamos” y “Campo de Marte”. Entre ambos se suceden casi 130 artículos denominados “pecios”. Los ensayos tratan de asuntos variados, algunos frecuentes en el escritor (la guerra o la lengua) y otros más ocasionales y apegados a conflictos de actualidad. En todos los casos, Ferlosio opina con gran desenvoltura y despreciando la prudencia que lastra las manifestaciones de los intelectuales en este fin de siglo políticamente correcto, y a veces lo hace con mucha originalidad.

No faltan en los ensayos las opiniones llamativas. Así, sostiene que el programa de televisión “Tómbola” es bastante más inofensivo que el de Teresa Campos, “Día a día”, “dechado de sentido común, vulgaridad y mala educación”. El verdadero alcance del talante polemista de los ensayos no se resume en juicios como éste, sino en su voluntad de afrontar problemas serios de la vida cotidiana. Y de buscar soluciones. Por ejemplo, Ferlosio aborda algunos aspectos de la educación. Explica que, contra lo que suele creerse, lo público está siendo invadido por lo privado en la enseñanza y denuncia la “onfaloscopia” o empobrecedora manía de mirarse el ombligo que impregna los contenidos de las materias escolares.

También echa su cuarto a espadas en la didáctica de la historia. Acerca de cómo debe enseñarse, defiende Ferlosio un sistema tan revolucionario como inviable: sustituir los libros de texto por monografías. Su propuesta la apoya en una sugerencia concreta, estudiar un ensayo de Humboldt sobre México. Desde una actitud marginal como la que Ferlosio adopta, caben esta o cualquier otra propuesta. No es la letra de estas páginas lo que cuenta, sino su propósito de cuestionar la inercia y estimular el debate. Aunque parece poco probable que de este unamuniano papel de “excitator Hispaniae” asumido por Ferlosio salga algo práctico, ha de celebrarse esta función iconoclasta del intelectual, que cada día resulta más rara. Ferlosio anda, dicho en broma, entre Pepito Grillo y Savonarola, y sus ensayos rezuman inquietud moral. Lo mismo ocurre, aunque con otro tono, en los “pecios”. Tal término designa, según los diccionarios, los restos de las naves que naufragaban. Esta etiqueta irónica se utiliza para denominar unas piezas muy breves que comparten algo del aforismo, la concentración gracianesca y hasta la greguería. El propio autor alerta con humorístico despegue de la falsa profundidad del pensamiento condensado en sus artículos.

Los pecios tienen variedad temática y de tono. Unos cuantos llaman la atención por salirse de la tónica común y rozar el lirismo; y uno tiene el aspecto de un auténtico cuento. En la mayor parte predomina una actitud

discursiva que oscila de la aporía al silogismo y se inclinan a la formulación sintética y a veces lapidaria. En pocas líneas Ferlosio resume su interpretación de hechos concretos y cotidianos en un juicio moral, anticonvencional, puede que caprichoso y nunca vulgar.

La vida actual no parece gustarle mucho al autor de El Jarama y, en conjunto, asoma la oreja el detractor de la modernidad. Sublevado por el imperio del tópico, y consagrado a la reflexión como a un ministerio sagrado, bromea e increpa. Y lo hace con un estilo peculiar, gustoso en ocasiones de la frase amplia y laberíntica, de la paradoja, del exotismo gráfico o del arcaísmo (complugo). Y también mostrando sin reservas un perfil entre simpático, arbitrario e impertinente.

Lectulandia

Rafael Sánchez Ferlosio

La hija de la guerra y la madre de la patria

ePub r1.0

Titivillus 24.08.15

Título original: *La hija de la guerra y la madre de la patria*

Rafael Sánchez Ferlosio, 2002

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Milagros Cortés Encinas y a Jesús Domínguez Domínguez

I

Pedagogos pasan, al infierno vamos

Borriquitos con chándal

§1. (*Estado de la cuestión*) Parece que sigue estando en discusión la dualidad entre enseñanza pública y enseñanza privada. Al distinguir la segunda con la sola determinación de «privada» se pasa en silencio el rasgo en que habría que haber puesto antes el acento: «de pago». Como tal discusión se ha centrado en la reivindicación del derecho de la libertad de enseñanza, se ha dejado de lado este factor principal: que los papás y mamás que reclaman la libertad de elegir para sus hijos la enseñanza que crean conveniente tienden a mandarlos «a colegios de pago». Sólo los de mi ya avanzada edad recordarán el enorme valor que tenía la fórmula «Un muchacho educado en los mejores colegios de pago», como una credencial cotizadísima no sólo para lograr un puesto sino incluso para contraer matrimonio. La diferencia está en que mientras hoy hay muchos colegios de pago, y que pueden por tanto contratar profesores más caros, que están en manos de laicos, en mis tiempos casi todos los colegios de pago eran de religiosos. Y esta diferencia aparejaba, además, lo siguiente: un colegio de jesuitas, por ejemplo, sacaba todos sus profesores, salvo raras excepciones, de la propia Compañía de Jesús; profesores, que, al estar sometidos al voto de pobreza, no recibían remuneración alguna, de modo que los colegios de pago de los jesuitas, por mucho que la Compañía se reservase un mayor o menor porcentaje de ganancia para las atenciones y finalidades de la propia institución, podían mantener los precios a un nivel por lo menos relativamente bajo, aparte de admitir un cierto número de becarios. Conozco algún ingeniero becario del ICAI que guarda un gran recuerdo de gratitud por el comportamiento y las atenciones que tuvieron con él los jesuitas. Por otra parte, estaría muy equivocado el que pensara que aquellos profesores jesuitas, sin salario alguno, fuesen mínimamente incompetentes en sus asignaturas respectivas; por el contrario, yo mismo, habiendo estudiado cuatro años en el internado de Villafranca de los Barros, puedo dar fe de la excelente calidad académica que en todas las asignaturas exigían y lograban los jesuitas de su profesorado. (Lo cual, por lo demás, pertenece a la gran tradición de la Compañía de Jesús, que desde su fundación cuidó de manera insuperable el saber de sus profesores, y al prestigio académico de sus aceleradamente crecientes fundaciones escolares se debió el inmenso papel de recuperación católica que se le reconoce en la Contrarreforma;^[1] recuperación de elites, desde luego, pero no por vanidad mundana, sino por pensar que, dada la importancia capital de la opción religiosa de los «príncipes cristianos» y de sus cortes, había que empezar por «los de arriba»). Otro caso algo distinto era el de los colegios de pago femeninos de las

monjas del Sagrado Corazón, cuyos estatutos obligaban a admitir una becaria por cada niña de pago que tuviesen, de manera que la matrícula de cada niña rica costeaba a la vez la enseñanza de una niña pobre. Hasta aquí todo muy monamente cristiano, salvo que la segunda parte era que las alumnas pobres, vulgarmente designadas como «las gratuitas», traían unas baritas de rayadillo muy modestas frente a los elegantes e impolutos uniformes azules de «las de pago», entraban y salían por otra puerta diferente y no recibían, desde luego, las mismas enseñanzas: tal vez un barnizado de «cultura general», contabilidad para dependientas de comercio, acaso mecanografía y taquigrafía o bien costura a máquina y corte y confección... no querría ser calumnioso, pero parece que la idea era la de prepararlas para los oficios o empleos «propios de su clase», a lo que hay que alegar que las grandes diferencias de clase y económicas no las habían inventado aquellas monjas, sino que están ya en la estratificación, casi fosilizada, de nuestras sociedades, y ellas sabían que las familias pobres necesitan que sus hijos —hijas, en este caso— se pongan a ganar un sueldo lo más pronto posible.

Peor estaban las cosas, sin embargo, en algunos colegios de monjas de otras órdenes menos distinguidas que la del Sacre Coeur: allí «las gratuitas» ejercían literalmente funciones de criada con respecto a «las de pago», aunque, eso no, no cada una de ellas individualmente adscrita a una determinada niña rica, como en los conventos de Damas Nobles de nuestro siempre admirable Siglo de Oro, donde aquellas señoras solían entrar en religión con todo un «cuerpo de casa» adscrito a su servicio personal. «¡Hasta ahí podíamos llegar!», dirán ustedes. Ya me hago cargo, ya. Por lo demás, la que parece que ya entonces lo tenía bien claro, era Santa Teresa: «¿La duquesa monja? ¡El convento está perdido!», dicen que dijo cuando la princesa de Éboli —duquesa de Pastrana— anunció su intención de meterse a carmelita descalza. Pero la vocación se le voló tan rápida como le había venido.

Como quiera que sea, hay que decir que los colegios de pago religiosos, ajenos, por lo menos en principio, al furor del lucro, nunca podrían haber elevado sus matrículas hasta los niveles de la escala de precios que los actuales colegios de pago de carácter laico, y por tanto con el pleno derecho de regirse por el puro criterio de la maximización del beneficio empresarial, pueden llegar a permitirse alcanzar. Totalmente liberados hasta de aquellos cicateros escrúpulos de conciencia que frenaban a la enseñanza de pago religiosa —que con becarios o «gratuitas» hacía tan siquiera una insignificante redistribución social de la riqueza— y, aun más, fortalecidos y reconfortados por la vieja doctrina liberal que condena cualquier forma de beneficencia o caridad como deletérea para la «creación de riqueza»^[2] y hasta socialmente perversa y moralmente corruptora para las clases más desheredadas, los actuales colegios de pago laicos se guardarán muy bien de incurrir en mezquinas debilidades filantrópicas, que saben socioeconómicamente contraproducente para «el bien común», como no sea tal vez —si es que se da el caso, que lo ignoro— con vistas a una bien calculada desgravación fiscal que el Ministerio de Hacienda pueda

concederles. Hurtándose, por su mayor distanciamiento público, incluso a los reproches de manifiesta discriminación social a que estaban expuestos los colegios de pago de órdenes religiosas, sino envolviéndose de modo torticero entre los pliegues de la hoy triunfante y prestigiosa bandera del derecho de libertad de enseñanza (bandera que, no obstante, y de modo sólo aparentemente paradójico, la propia enseñanza religiosa ha ayudado a enarbolar), estos colegios de pago laicos, en cuanto empresas privadas plenamente modeladas con arreglo al principio liberal del beneficio, podrían llegar a multiplicar por 5 o por 50, a través de los precios de matrícula, la profundidad del escalón económico y social que ya antaño se interponía entre «las niñas de pago» y «las gratuitas». No queda más que defender la enseñanza gratuita, que hoy por hoy se nos ofrece como enseñanza pública estatal, pero teniendo en cuenta que los que propugnan la libertad de enseñanza no sólo apoyan en su nombre la existencia de enseñanza privada, sino que también coinciden en gran parte con los apologetas del «Estado mínimo», que a la vez gustan de autodesignarse como «antiestatalistas» o incluso, con arreglo a la superior corrección de Vargas Llosa, «antiestatistas».

Lo único o casi lo único que éstos querrían dejar en manos del Estado es lo que constituye justamente su función más antigua, la que para Max Weber es el rasgo definitorio del Estado mismo, o sea el control de la sociedad mediante el monopolio de las armas. En modo alguno trato de decir con esto que, puestos a privatizar,^[3] deberían empezar por los cuerpos y fuerzas de orden público, pues eso llevaría en poco tiempo a una sociedad cabalmente mañosa o gangsteril: los magnates y grandes empresarios podrían pagarse verdaderas mesnadas personales, como las de la alta nobleza del siglo xv, y las gentes del común tendrían que adscribirse a su protección o quedarían totalmente indefensas; lo que pretendo insinuar es la sospecha de que contra lo que de verdad acaban atentando, a fin de cuentas, los «antiestatistas» no es contra lo estatal, sino contra lo público y social. Lo que el liberalismo realmente aborrece, siquiera sea de hecho y sin saberlo, es lo meramente público: lo público en el sentido más impersonal, mostrenco y libre, en fin, en la medida en que se sustrae a cualquier clase de adscripción o apropiación. Siempre he pensado que hay una errónea inversión de perspectiva en decir, como se suele, que hoy lo público invade lo privado, cuando la verdad social es justamente la contraria: la vida pública es la invadida y agredida, y la vida privada la invasora y agresora. Veamos, pues, en qué se traduce esto en lo que atañe al campo de la enseñanza y la escolarización.



§2. (*Contubernio*) Al fomentar, con una propaganda cada vez más insistente, una desconfianza generalizada hacia las instituciones estatales, es sólo una ficción —que hasta los propios «antiestatistas» se creen de buena fe— la de que lo que se está

haciendo es tratar de liberar a los individuos del carácter opresivo, «dirigista», del Estado (no digo que no lo sea o aun tienda casi irremediamente a serlo, salvo que de eso me ocuparé más adelante), lo que se logra, en realidad, es inducir una actitud de retraimiento antisocial, de recelosa y atemorizada prevención frente a todo ámbito de vida pública, como debería ser precisamente, en grado máximo, el de la enseñanza. Bajo el pretexto, casi siempre creído con total buena fe, de reivindicar o defender «la libertad de enseñanza», que las doctrinas oficiosas les hacen confundir con el derecho de los papás y las mamás, o papas y mamas o papases y mamases —como «maravedís», «maravedíes» y «maravedises», que de las tres maneras se decía—, de elegir para sus pequeñuelos el colegio que les parezca conveniente, lo que en verdad se manifiesta no es sino la presión de una economía privatizante por disolver —en un circuito de realimentación positiva, efecto y causa de sus propias consecuencias— los últimos residuos de socialidad y vida pública. Halagando aquel triste —o al menos hoy en día entristecido— fetiche de la Ilustración: «la autonomía del individuo», con el espejuelo del derecho de cada cual como contribuyente y como consumidor, en lo que se termina es en desalojar la plaza pública y enclaustrar a los individuos en la estrechez psicológica y mental de su privacidad.

De la ya mencionada invasión de lo público por lo privado, la manifestación más ostensible y más sangrante y que agrede y corroe más fuertemente el carácter eminentemente público que deberían tener las relaciones de enseñanza es la práctica consuetudinaria, establecida en los últimos 20 o 30 años y hoy no sé si hasta jurídicamente sancionada, del derecho de intervención que se concede a los papas y las mamás de los alumnos, no sólo en los colegios de pago^[4] sino también, aunque no sé en qué grado, en los colegios o institutos públicos, para coprotagonizar con los profesores las tareas de la enseñanza. Personalmente me horroriza y me repele — como a aquel otro viejo cascarrabias de Juan de Mairena—^[5] el indigno contubernio, casi conspiratorio, entre papás y mamás y profesores que, a espaldas de los niños y por encima de sus cabezas, se llega a establecer. ¡Y peor todavía si, por añadidura, como en descargo de la secreta e inconfesada mala conciencia —que con ello delatan a la vez, sin darse cuenta— que semejantes complicidades psicopedagógicas les producen, terminan la sesión llamando a capítulo a la propia víctima, para hacerla partícipe de las conclusiones acordadas! Algunos profesores me han confesado la pesadilla que para ellos constituye la permanente perspectiva de tal clase de intromisión o enjuague, que revuelve en un mismo puchero relaciones privadas como son las de entre padres e hijos con relaciones públicas como son o tendrían que ser las de entre alumno y profesor; lo cual, según he creído entender por otras vías, parece que no es, en general, la menor de las causas de la actual desmoralización de los profesorados de enseñanza media.

El muchacho que empieza a ir al colegio tendría que compenetrarse plenamente con la idea de que el ir desde su casa hasta el colegio es verdaderamente *una salida al exterior*, un camino que apareja cruzar una frontera, para pasar a un territorio, no

ciertamente enemigo, pero en el que tiene que saber sentirse *a solas* en lo que se refiere a la vida familiar, lo que a la vez implica comprender cabalmente que este nuevo conjunto de personas al que se incorpora no es, de ningún modo, propio y personal, sino indistintamente común y colectivo. Tan sólo esta conciencia, que un muchacho de 8 o de 10 años no sabría definir ni explicitar, pero sí, por lo menos, si las cosas se hiciesen de manera ritualmente correcta, intuir y comprender, es lo adecuado. Sí, «ritualmente» acabo de decir: los índices externos, las señales sensibles, por sencillas y mínimas que sean, marcan los tránsitos de la vida humana, la deslindan, ilustran y organizan, y en cada lugar enseñan a cada uno a *estar en su lugar*. En este caso, una mirada atenta advierte fácilmente el espontáneo cambio de actitud, manifiesto en algunos casos, por ejemplo, en el asomo de una especie de timidez o de circunspección, que no hay por qué tomar por inseguridad o desconfianza, sino por la manera de pisar y de avanzar —para expresarlo de un modo figurado— más cuidadosa y reflexiva del que percibe *la extraterritorialidad* del nuevo medio en que se mueve. Sólo con esta actitud diferenciada, que no es sino la conciencia de lo público, puede un muchacho sentirse y hacerse pleno protagonista de sus propios estudios; de lo contrario incurrirá en esa especie de autocastración, que anticipadamente esteriliza en gran medida sus esfuerzos, de los que delegan su protagonismo y estudian «para dar gusto a mi papá». Los cuales, casi indefectiblemente, son hijos de esos padres que les cuentan, con orgullo, a los amigos del café: «En este curso *me* ha sacado tres notables, cuatro sobresalientes y una matrícula de honor», como el que hablase de un caballo de su escudería que *le* hubiese ganado el Derby o el Arco de Triunfo.

Esa mala pasión del orgullo paterno nos trae a la cuestión aneja de las calificaciones. Los padres que prolongan en sus hijos sus propias ansias de autoafirmación, que se adornan con ellos y los lanzan «a ganar», simplemente «ganar», sobresalientes, títulos, medallas deportivas, ¿qué importa el contenido?, tienen mucho que ver con las calificaciones. El morbo sólo llega a considerarse patológico cuando alcanza el extremo delirante de algunos papás o mamás de deportistas, singularmente de muchachas tenistas o dedicadas a la gimnasia rítmica, que se ven sometidas por sus progenitores a un trato de exigencia, a una implacable presión disciplinaria, que en ocasiones roza la tortura física y moral. Pero el morbo está ya *in nuce* en la exigencia de las calificaciones escolares: no basta que el chico apruebe, la vanidad paterna necesita la evaluación: una prueba de lo que en tiempos del Cid se llamaba el «más valer». Pero tampoco hace falta que estén determinadas por la pasión del orgullo paterno, que los chicos las busquen «para dar gusto a mi papá»; las calificaciones son perjudiciales para el propio estudiante por sí solo, porque llevan en sí la incitación a desviar el interés dirigido a los contenidos en sí mismos hacia el interés espurio de su huero valor como instrumentos de la propia vanidad, especialmente porque son graduales —digamos del 5 al 10— y, por lo tanto, idóneas para prestarse a una función comparativa, permitiendo entablar, al menos

entre «los mejores», una especie de competición deportiva de «a ver quién vale más». No es preciso encarecer cómo se difumina la especificidad de cada contenido por sí mismo cuando se ve subordinado a semejante función instrumental de la comparación entre personas; no hacen falta papás y mamás si ya el chico ha suplantado el interés objetivo hacia este o aquel objeto de saber por la pasión subjetiva del propio «más valer», de ser más que otro. De modo que si se tiene por indispensable un cierto grado de comprobación de lo aprendido por cada estudiante, las calificaciones deberían dejar de ser evaluativas y reducirse a «aprobado» o «suspense». Un tal allanamiento del relieve de las diferencias podría ganarse de las mentalidades liberales la tacha de «izquierdista», como una manifestación de la que llaman «envidia igualitaria», pero aun suponiendo que eso no fuese una infamia aplicada a los que propugnan formas de redistribución de las ventajas en un mundo escindido por abismos de desigualdad, en todo caso nunca sería tan feroz como la «envidia competitiva», llamada «afán de superación» o «aspiración a la excelencia», que, con el viejo y ya cristiano «espíritu de sacrificio», pasan por virtudes en cuyo espejo se complace el individualismo liberal.

En fin, amén de la libertad de los papás y las mamás de elegir para sus hijos la enseñanza que les parezca conveniente, la libertad de enseñanza se traduce también, más allá de esta elección, por una parte, en el derecho de mantener sometidos a constante control y vigilancia los criterios y las prácticas de un profesorado del que se consideran autorizados a desconfiar de modo sistemático (con las ya más arriba apuntadas consecuencias de acobardamiento y desmoralización de muchos profesores) y, por otra, en el derecho de extender y mantener extendidos los tentáculos de las privadas y personales relaciones familiares sobre un territorio público e impersonal como eso debería ser el de las relaciones de enseñanza. Pero con esta invasión de lo público y social por las huestes de lo privado y familiar, los autoproclamados defensores del individuo no se dan cuenta de que la divisoria que traspasan y atropellan no es sólo condición indispensable de la socialidad, sino también la mejor protección del individuo mismo; pues ese mismo control y esa tutela familiar que mantienen extendidos sobre el hijo en el ámbito público de la enseñanza actúa sobre él a la manera de una rémora que le impide hacerse verdadero protagonista autorresponsable de su propio interés por los contenidos de las cosas que podría aprender.

Así que, al lado de la privatización meramente económica o de gestión de la enseñanza, tendríamos, en convergencia o paralelo, esta segunda forma de privatización que podría llamarse «privatización social de la enseñanza», bastante más difícil de abarcar y definir, y por lo tanto menos deslindable en netos términos administrativos.



§3. (*La condición del contenido*) La distinción entre «enseñanza pública» y «enseñanza privada» puede llegar a referirse a una determinada dimensión en que la oposición entre «público» y «privado» se vuelve equívoca y queda en entredicho. En esa dimensión toda enseñanza es «pública» y no hay nada que pueda designarse con sentido «enseñanza privada». Por muchas y muy puestas en razón que puedan ser las circunstancias *externas*, sean de carácter moral o sociológico, sean del mayor «bien común» o del mejor «orden político», etcétera, que puedan recomendar la preferencia por la enseñanza pública, ninguna llegará a serlo de manera tan taxativa e incontestable como una única circunstancia *interna*, que es la que atañe a la condición del contenido; según ésta, en efecto, toda enseñanza es «pública» por definición. La dimensión en que tiene sentido la expresión «enseñanza privada» es la que se define por la misma circunstancia *externa* que nos permite hablar de «profesor particular»; en la dimensión que se define por la circunstancia *interna* de la condición de los contenidos de la enseñanza hablar de «enseñanza privada» o de «profesor particular» comportaría un sinsentido equivalente al de expresiones como «trigonometría femenina», «cristalografía conyugal» o «herpetología episcopal». Los contenidos de la enseñanza son conocimientos, y el adjetivo «público» es perfectamente apropiado para designar una nota diferencial definitoria, un atributo analítico, del concepto mismo de «conocimiento». El que haya un profesor particular que le traiga a un muchacho atrasado en los estudios, y cuyos padres puedan económicamente permitírselo, la enseñanza a domicilio no debe, en modo alguno, confundirse con la posibilidad de que los contenidos de la enseñanza en cuanto tales, los conocimientos en sí mismos, se presten a venir o a ser llevados o tan siquiera acercados al alumno, sino que, por su propia condición, exigen que sea él el que salga a buscarlos fuera, en la pura intemperie impersonal, mostrenca, en la tierra de nadie, en la que, por definición, surgen y están.

Con esta insípida obviedad o perogrullada trato de disipar cualquier equívoco sobre la circunstancia de que los contenidos de enseñanza no pueden nunca adaptarse, en cuanto tales, a las idiosincrasias o las condiciones personales de los estudiantes, sino que necesariamente han de ser éstos los que tengan que adaptarse a las impersonales condiciones de los conocimientos. Y no faltan motivos para que esta advertencia no sea del todo ociosa: en los últimos tiempos he visto algún anuncio de algún colegio de pago de carácter laico —dirigido, según las apariencias, a clientes opulentos— en el que como remedando, en cierto modo, aquel famoso eslogan «Especialistas en ti» del Corte Inglés, la mercancía escolar incluía en la oferta el complemento de un tratamiento «personalizado» para cada alumno. Con ello quería darse a entender, probablemente, que a cada niño, tal vez tras someterlo previamente a un minucioso chequeo psicológico o «psicopedagógico», por decirlo de un modo más profesional, con la correspondiente consulta a los papás, se le organizaría un tratamiento escolar plenamente ajustado a «su personalidad». Un médico famoso,

acaso en parte con vistas a halagar la vanidad individual de sus clientes más conspicuos, solía decir que no hay enfermedades *sino enfermos*. *Aun concediendo* que pueda haber en ello al menos una punta de verdad, lo cierto es que esos colegios caros que se publicitan dándose a valer por impartir una enseñanza «personalizada», se colocan al borde de pensar, de modo análogo —o al menos de hacer pensar a sus clientes, alimentándoles tal vez la vanidad de que su niño es *diferente*—, que no hay conocimientos generales, de índole indistintamente válida para todo el común de los mortales, sino sólo individuos congnoscentes, todos ellos distintos entre sí. Pero la noción misma de «conocimiento», o al menos la pretensión o aspiración humana que desde siempre ha estado detrás de este concepto, como una condición inapelable, es la de que los conocimientos no conocen a nadie, ni llaman por su nombre de pila a cada quisque, ni tan siquiera saben advertir si alguno los alcanza, si hay alguien que los esté enseñando o aprendiendo. A la propia naturaleza de los conocimientos pertenece esa absoluta y radical impersonalidad, que es, por lo tanto, la que se corresponde estrechamente con los fines de la enseñanza misma. Más adelante saldrán otros aspectos lamentables que, en otro orden de cosas, hacen aun más necesarias estas observaciones.



§4. (*Burocratización*) Pasemos ahora a tratar de la estructura general de la enseñanza, de la organización de la escolaridad y la distribución de contenidos. Más importante y más irremediable que el «dirigismo», del que he eludido ocuparme más arriba, es otro factor anejo y no menos estatal o paraestatal, o sea ligado a la enseñanza establecida como institución pública. A diferencia de los preceptores contratados por los particulares para la educación de sus hijos ya en tiempos de la Roma antigua, los centros públicos, como fueron, por ejemplo, las universidades medievales, tuvieron que ir sometiendo paulatinamente sus modos de enseñanza a exigencias formales y de organización completamente externas y, por lo tanto, ajenas a la naturaleza propia de los contenidos en sí mismos, en la medida en que respondían a inevitables condicionamientos administrativos. Poco a poco y sobre todo conforme los Estados se fueron apropiando de aquellos mismos centros, en un principio autónomos, y encargándose, en mayor o menor grado, de la gestión, o por lo menos de la supervisión, de la enseñanza en general, reservándose en exclusiva la autoridad para otorgar títulos académicos con validez jurídica —que por eso empezaron a llamarse «diplomas oficiales»—, aquel proceso de formalización estrictamente dictada por puras exigencias administrativas no hizo más que agigantarse: la enseñanza no tuvo más remedio que aceptar una especie de férula exterior que la ajustaba y encajaba en un sistema unificado —«homologado», como hoy lo llamarían— de separación y de distribución de los distintos contenidos.

De este proceso de institucionalización y, por lo tanto, de burocratización, fue de donde surgió esa noción cuyo nombre nos es hoy tan familiar: «la asignatura». De modo que «una asignatura» viene a ser exactamente lo que queda de un determinado contenido de enseñanza, de un campo de conocimiento, una ciencia o una rama del saber, tras haber sido sometidos a un prolongado e intenso tratamiento de ortopedia administrativa o, en una palabra, de *burocratización*. Esta ortopedia no debería confundirse, en modo alguno, con lo que, refiriéndose a una ciencia, suele llamarse «formalización», pero tampoco es de excluir que, en ocasiones, una determinada formalización haya venido incitada y sugerida desde el propio formalismo burocrático o incluso no consista de hecho en otra cosa más que en una sumaria y descarada burocratización. La burocratización de la enseñanza, en alguna medida inevitable si se trata de tener una enseñanza oficial, reglamentada, unificada y «homologadamente» válida —aunque no en el sentido de validez cognoscitiva, sino de mera validez jurídica—, no ha podido por menos de producir grandes destrozos en los contenidos.^[6]

El primer mandamiento del dharma del burócrata —por no decir el único— es el que reza así: «Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio». De tal manera que la reconducción de un contenido de enseñanza a la categoría de «asignatura» tiende poderosamente a lo que el burócrata, a tenor del citado mandamiento, ha aprendido a hacer mejor que nadie: la pura ordenación clasificatoria. Pongamos un ejemplo: el de la arquitectura. Pues bien —al menos con arreglo a mi experiencia, pues las cosas podrían haber cambiado—, lo único que se le exige a un bachiller ante cualquier edificación que se le ponga ante los ojos, ya sea en fotografía, ya sea *in situ*, es que acierte a colocarlo sin vacilaciones en su casilla clasificatoria; ya saben ustedes: dórico, jónico, corintio, compuesto, o bien: románico, gótico, plateresco, renacentista, barroco, neoclásico, etcétera. Por mucho que se añadiese algún subtipo, como «románico pirenaico», «gótico flamígero» o «barroco andaluz», y aun se exigiese enunciar algunos rasgos diferenciales —siempre, naturalmente, que tuviesen carácter de diferencias específicas—, el caso es que el estudiante adiestrado —más que «enseñado»— en semejante práctica de reconocimiento y encasillamiento clasificatorio acaba por volverse completamente ciego para parar la mirada ante cualquier detalle «atípico» de tal o cual edificio singular, que resulta simplemente borrado tras los signos de la identificación clasificatoria. Esto apareja, a su vez, otra limitación: la de que, como lo que más se presta a esa especie de instantánea fotográfica de la identificación es el aspecto externo, los edificios quedan casi reducidos a la fisonomía de las fachadas, dejando, por lo pronto, o totalmente ignorado o muy en segundo lugar una gran parte de lo que pertenece a técnicas de sustentación, a distribución de los espacios, directrices de comunicación, acceso, movimiento, y qué sé yo qué infertilidad de cosas más. Pero, además, la ya antigua manía, especialmente renacentista, de incluir la arquitectura entre las bellas artes ha dejado de lado aspectos puramente técnicos, que vendrían a reunirse, por lo pronto,

con la albañilería y con toda la historia de los métodos y de los muy diversos materiales que en cada tiempo y lugar han inventado o no han logrado inventar los hombres para resguardarse de la lluvia y la nieve, del frío y del calor. También se echa en olvido —salvo donde, como en la Roma barroca, se hicieron cargo de ella «los artistas»— la urbanística, la organización de las ciudades, que a veces manifiesta, o hasta dibuja en el suelo o describe en el espacio todo un sistema de vida pública y de organización de una sociedad. Por limitarme a ejemplos de ciudades españolas, ahí tienen ustedes poblaciones abiertas, con un centro todo él provisto de largos soportales, muchos de ellos de madera, que no abarcan sólo la plaza sino que se prolongan por calles adyacentes, como el Burgo de Osma, Ayllón o Riaza, en las que todavía tal vez puede «leerse», es un decir, la vivacidad y el movimiento de la burguesía artesanal y comercial de la baja Edad Media, y, en estruendoso contraste, ahí está ese lúgubre petardo en piedra berroqueña del Cáceres antiguo —«patrimonio de la Humanidad»—, como expresión extrema del helado, inhospitalario y antisocial orgullo aristocrático de una época que muchos historiadores han caracterizado, para gran parte de Europa, como «segundo feudalismo». Calles desamparadas, sin aliciente alguno para detenerse, más bien como pasillos de servicio interdoméstico para que los peatones yentes y vinientes, con recados o paquetes, llegasen lo más pronto posible, y en lo alto vanidosas torres jugando a ver «quién es más». En fin, con este ejemplo —no miren si más o menos acertado o discutible— sólo he querido ilustrar un tipo de noticias y conocimientos que la arquitectura, por su cara urbanística, podría ofrecernos, frente a los cuales la mera destreza en la identificación clasificatoria de la fisonomía de las fachadas es sólo un virtuosismo propio de «asignatura», que enmascara y hasta suplanta cualquier cabal contenido de saber.



§5. (*Onfaloscopia*) Hubo una práctica mística de ciertas sectas religiosas, no sé si occidentales u orientales, llamada «onfaloscopia», o sea «contemplación del ombligo», en la que, como su nombre indica, los piadosos practicantes se pasaban las horas y quizá hasta los días con la mirada fija y concentrada en su propio ombligo, esperando encontrar la perfección o alcanzar el conocimiento supremo en la arrobada observación de esa especie de centro de la superficie corporal. Pues bien, una tendencia semejante parece haber caracterizado casi siempre a la cultura española. Hace ya más de treinta o cuarenta años me llamaba vivamente la atención el ver hasta qué punto, por ejemplo, las publicaciones corrientes de los zaragozanos, sus revistas, culturales o no, y hasta su prensa diaria, no terminaban nunca de hablar de la Pilarica o de la jota, como si no fuesen justamente cosas de las que maños y aragoneses, por sí mismos, deberían de estar ya más que enterados —pero no aburridos, cosa tan admirable como absolutamente deprimente— para empezar de una vez a contar cosas

de otras partes más lejanas y menos conocidas. A partir de ello, empecé a preguntarme, en sentido más amplio, por qué, en general, los estudiosos e investigadores españoles tienden tan señaladamente a concentrarse en cuestiones domésticas, en contarse y volver a contarse, por así decirlo, sus propias vidas, y especialmente sin apenas llegar a interesarse por las de otras gentes, otros países y «culturas». Se distinguen en esto especialmente los ingleses —seguidos por alemanes y franceses—, que se han interesado por el mundo entero, y sobre España han hecho estudios —bien es verdad que casi sólo históricos— a menudo mejores que los de los propios estudiosos españoles, pero sobre todo, y esto es lo que más importa subrayar, sin comparación posible con lo que cualquier español, si rara vez lo ha habido, haya llegado a hacer sobre cualquier país extraño. Pero, últimamente, con este nuevo prurito de las autonomías, la mística devoción onfaloscópica está alcanzando extremos preocupantes, porque ahora se han vuelto nada menos que diecisiete los ombligos hechos aisladamente objeto de autocontemplación. Pondré sólo un ejemplo de hasta dónde se puede ir a parar con semejante mística: con una obra excepcional del siglo XIX como es el «Diccionario geográfico de España» de don Pascual Madoz, los leoneses se tomaron hace irnos años el inmenso trabajo de entresacar de los 16 gruesos volúmenes en letra menuda, y en los que los topónimos están por orden alfabético, los que pertenecían al antiguo Reino de León —una tarea de chinos, si se considera que allí están registrados hasta los nombres de los más insignificantes arroyuelos—, para publicarlos en un libro aparte, destrozando, de esta manera, casi diría que en un alarde como de menosprecio, una obra realmente benemérita que se concibió y se hizo toda entera, y no lo digo porque sea de España, que si hubiese abarcado Portugal o incluso Francia, todavía mejor. Y aquí no puedo dejar de elogiar, por el contraste, al marqués de la Encomienda, don Mariano Fernández Daza, que ha reunido en Almendralejo la mejor biblioteca pública de toda Extremadura, y ha tenido el buen acuerdo de reeditar en facsímile el Diccionario geográfico completo, tal como lo dejó Pascual Madoz.

Ya se pueden perfectamente adivinar las consecuencias que semejante superchería onfaloscópica, multiplicada y repartida ahora por 17 ombligos 17, ha llegado a tener en lo que atañe a la selección de contenidos de la enseñanza actual, especialmente a raíz de aquella malhadada LOGSE. En una conferencia del 26 de mayo de 1997, el entonces ministro de Educación y Cultura, doña Esperanza Aguirre, con el que, por lo demás, estoy en crudo desacuerdo, por su marcada orientación hacia el liberalismo hayekiano, hacía, no obstante, una observación sobre la enseñanza de la geografía que a mí me escandalizó más que a ella misma y era el hecho de que en la Comunidad de Madrid el programa público de la asignatura de geografía concentrase casi exclusivamente la atención sobre la orografía, la hidrografía, la fauna y flora, etcétera, de la propia comunidad. Así que los efectos de la onfaloscopia venían a concretarse en la enseñanza en una especie de «privatización territorial de los contenidos», sin duda bajo el criterio pedagógico de orientar el interés de los

estudiantes hacia lo que les fuese personalmente más propio, esto es, hacia lo que sintiesen más próximo a su ombligo, con lo que al fin la LOGSE venía, en cierto modo, a coincidir, aunque en la esfera popular de la enseñanza pública, con aquella oferta de los más selectos colegios de pago de una «enseñanza personalizada». Si aquella era una privatización más bien modal y psicopedagógica de los conocimientos, para adaptarlos a la «personalidad única e irrepetible» de cada individuo, en el plan de la LOGSE se trataba de una privatización de los conocimientos delimitando los propios contenidos según la «identidad» de los alumnos de cada Comunidad Umbilical. Pero ambas formas de adaptación a la particularidad del individuo no hacen más que debilitar el sentimiento de exterioridad y de extrañeza que es adecuado a todo conocer y por tanto atentar contra la radical impersonalidad del conocimiento en cuanto tal. Arrostrando el ridículo y hasta un punto de fraude que comporta el estilo lapidario, diré que conocer es siempre enajenarse y salir.



§6. (*Los universales*) Sin embargo, tampoco se trataría, a mi entender, por poner el ejemplo de la hidrografía, de volver a abarcar los ríos de toda España, ni aun de extenderse a los de Europa o el mundo entero, sino de desplazar el punto de vista desde los accidentes geográficos particulares, con su nomenclatura, hacia los universales. Antes que aprenderse qué ríos hay, dónde nacen y dónde desembocan o qué ciudades bañan, lo que importa es saber qué es «el río» en cuanto universal, cómo funciona, cómo se va construyendo y desplegando, cuáles son las diversas configuraciones según los tipos de terreno por los que discurra, según los climas y los regímenes meteorológicos de que dependa, e incluso empezar a desplazar la idea lineal de «río» hacia la concepción de «cuenca». El caudal que vierte, por ejemplo, al Atlántico en Oporto o en Lisboa, forma, mirando aguas arriba (que tampoco es permitirse la arbitrariedad de querer ver las cosas del revés, dado que aguas arriba es como en general han venido construyéndose, geológicamente, la mayor parte de los ríos y las cuencas: «Las aguas bajan, pero los ríos suben»), era la escueta fórmula con que se lo explicaba a sus alumnos mi malogrado amigo don Jacinto Batalla y Valbellido, que murió maestro de escuela en una perdida aldea de Morelos), todo un árbol que se va subdividiendo primero en ramas grandes, luego éstas a su vez, en ramas y ramitas cada vez más chicas, hasta no ser más que una infinidad de hilillos de agua en lo más alto de las montañas hasta una cresta suprema, la «divisoria de aguas», bien sea interna a una misma cuenca máxima, como la que separa, por ejemplo, las aguas del Alberche de las del Tiétar, que al fin van a verter, cada una por su junta, a las del Tajo, o bien externa, como la que divide entre sí las de los «ríos caudales» que desaguan al Atlántico en Oporto y en Lisboa. Todo ello forma un

organismo unitario, sujeto a múltiples condicionamientos y variables: si un temporal de lluvias, por ejemplo, se desplaza por una línea ascendente respecto de la cuenca, alimentando primero los afluentes más próximos al mar y después los más lejanos, no es de temer una riada; si, por el contrario, lo hace en el sentido inverso, sobre todo en un orden, por así decirlo, cronométrico, de manera que engorde los afluentes bajos cuando ya el río caudal baja cargado por los aportes de los altos, y cuanto más sincronizados estén los respectivos tiempos de afluencia, más catastrófica será la riada. De ahí que, por ejemplo, en la Península Ibérica, donde el régimen de lluvias dominante va de oeste a este, los ríos atlánticos están menos expuestos a grandes avenidas que los mediterráneos, especialmente el, a este respecto proverbial, Segura.

Sólo intento ilustrar de qué manera estimo que los rasgos descriptivos funcionales de la hidrografía deberían ordenarse y explicarse con arreglo a una especie de tipología general, centrando la atención en los múltiples aspectos que dan lugar a clases de río, o más bien de cuencas, sumamente distintas entre sí. Sean, por ejemplo, el Nilo y el Amazonas: el primero se forma en un dilatado circo de montañas, cuyas aguas convergen y se juntan en la gran sartén del lago Victoria, lo desbordan por el norte y, tras diversos episodios, alcanzan el Sudán, donde de nuevo se demoran, esparciéndose en una gran marisma, para salir al fin hacia regiones cada vez más áridas, sin recibir ya más aportes que los del Nilo Azul y del Atbara, para enfrentarse en adelante a la tremenda evaporación de 1.000 kilómetros de desierto y a la sangría de los regadíos del bajo Egipto, y desembocar, sin duda mermado pero victorioso, en Alejandría. Del Amazonas baste decir, por el contrario, cómo, atravesando una de las regiones más húmedas y la masa de selva más grande del mundo, sin regar, si es que no me equivoco, un celemín de tierra cultivada, a unos 2.000 kilómetros de la desembocadura está ya apenas a un centenar de metros sobre el nivel del mar. Frente a esta relevante variedad de rasgos diferenciales por los que se determinan las distintas especies del universal «río» o «cuenca», saberse de memoria los nombres de los ríos de un país, como un taxista tiene que saberse el callejero de la ciudad en que trabaja, carece del más mínimo interés como conocimiento.



§7. (*La gran mana*)^[7] Pero entre los contenidos de la enseñanza, la actual discusión sobre la restauración de las llamadas «humanidades» no acierta a disimular hasta qué punto lo único que realmente les importa a unos y a otros (centrales y periféricos) y por lo que están dispuestos a batirse hasta el último vale no es otra cosa que la historia. A este respecto, es digno de señalar cómo doña Esperanza Aguirre, en la ya mencionada conferencia, tras haber citado al más acérrimo de los antiestadistas, Friedrich Hayek, con la alegación de que cómo se puede «pensar que el político o el burócrata planificador sabe mejor que cada individuo qué es lo que le conviene»,

lanza, bastante más abajo, refiriéndose a la historia, esta declaración: «Para nosotros, es de máxima importancia asegurar que, en el futuro, todos los estudiantes de España compartan un substrato de enseñanzas comunes, que impidan la pérdida de valores y referentes compartidos y que garanticen la indispensable cohesión nacional». De manera que, en tocando el *punctum pruriens* de la historia. ¡Adiós señor Hayek!, es el Estado el único que sabe lo que le conviene a cada uno de los españoles, o más bien a la masa unánime e indiferenciada de todos ellos. Pero ninguna enseñanza de la historia instrumentalmente aplicada y adaptada para ejercer funciones de gobierno, o, más todavía, literalmente convertida, de modo onfaloscópico y apologético, en Religión de Estado —sin comparación posible, en cuanto al denodado empeño que concita, con lo que suele llamarse «religión»—, erigida en instancia legitimadora de la nación misma, tal como es hoy, por lo demás, común a todas las naciones europeas o aun de otras partes, no cabe en modo alguno en el concepto de «conocimiento», ni reúne mínimamente los rasgos apropiados para valer por contenido de enseñanza; más bien es cosa de domador de circo que enseña a sus leones, o mejor perritos, a saltar por el aro, a ser posible en llamas, como la historia misma.

Pero un conocimiento verdadero de la historia no puede tener cabida dentro de los límites de la enseñanza media; y la dificultad no está tan sólo en la escasez cada vez mayor del tiempo dedicado a los estudios, absolutamente insuficiente para un contenido tan extenso, sino que, a mi entender, es del todo inapropiada la concepción que, incluso en el mejor de los casos, puede resultar de la práctica tradicional de entrar in medias res en lo que Polibio designaba como «historia pragmática», o sea en el crudo acontecer político y militar de los Estados, sin tener previamente una noción del «suelo», por llamarlo de algún modo, en que ese acontecer se desarrolla en los distintos tiempos y lugares, y que lo configura y condiciona; una noción, en fin, que ejercería en la imaginación una función en cierto modo análoga a lo que San Ignacio, en el libro de los ejercicios, designaba «composición de lugar». Para que las representaciones de la historia tengan algún agarre más concreto para su validez cognoscitiva me parece indispensable disponer de un suelo que pueda sustentarlas; y es ya una antigua idea personal la de que tal suelo no podría ser más que lo más imaginable, incluso más visual: la descripción de los sucesivos medios de vida, ajuares, instrumentos, técnicas, la domesticación de los animales, el cultivo de la tierra, la cerámica, la carpintería, la metalurgia, la molienda de granos, las formas de conserva o salazón, las artes textiles, el desarrollo de las armas, de la construcción naval y la navegación, de la hidráulica, de la albañilería y la arquitectura, cosas sin fin, cada una de las cuales tiene una historia más o menos conocida y que se presta de una manera especialmente sensible para llenar con la intuición la abstracta profundidad diacrónica del medio en que se ha ido desplegando el tiempo humano... ¡Qué sé yo!, pero me parece vana e inconsistente la tarea de tejer la trama sin antes tender la urdimbre; ésta creo que sería la única cosa capaz de sustentar cualquier posible conocimiento de la historia, que, por lo demás, tampoco puede ni tiene por

qué ser una «asignatura» de la enseñanza media.



§8. (*Corpus sanumi*) Al lado de la espuria enseñanza de la historia como interés de Estado, hay que poner el cultivo escolar de los deportes, con mucha más acrisolada tradición de neto interés de Estado, agigantado hoy en día hasta un extremo nunca conocido. Una vez más, doña Esperanza Aguirre, en la ya repetida conferencia, recomienda el deporte en la enseñanza, encareciéndolo nada menos que como «una excelente escuela de vida», primero porque «nos enseña a respetar un reglamento» y después porque «el deportista entrega siempre lo mejor de sí mismo sin escatimar esfuerzos ni sacrificios». Lo de que enseñe a respetar un reglamento bien se comprende en una adicta al liberalismo hayekiano, que no es capaz de imaginar más reglas que las de la pura y dura competencia, sin concebir que pueda haberlas no competitivas, como las de la lealtad, el socorro o la colaboración. Y en cuanto a que el deportista entrega lo mejor de sí mismo, ¿hay que pensar que lo mejor de uno mismo son las patadas, que es lo que entrega en el más popular de los deportes? Pero, además, ¡qué «humanidades», tanto ganar, ganar, ganar!, humano no es medirse con los otros hombres, sino ocuparse de las cosas. Finalmente, en lo que atañe a los esfuerzos y los sacrificios, siempre me ha parecido a medias incomprensible y a medias indecente que el vacío furor de ganar por ganar les lleve a algunos a tratar su cuerpo a latigazos, como si fuese su propio caballo de carreras. «Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas», dice el refrán; «Cuando el santo no tiene en qué pensar —parafraseo—, se desuella la espalda a zurriagazos». Y, sobre todo, tan sólo una mentalidad totalmente aberrante puede considerar educativa y «de interés nacional» una asignatura que llega a dar lugar a situaciones como la de «partido de alto riesgo».

*(Refundición ampliada de un texto leído en el Instituto de Enseñanza Media
ALAGÓN de Coria)*

Monografías iniciáticas (sobre la historia en la enseñanza media)

§1. (*¿Paideia o Ilustración?*) A los aficionados a leer libros de historia, que al cabo de los años han llegado a saber de ciertas épocas, países o cuestiones una chispita más que la media de las personas letradas, les sorprende la pretensión de los historiadores sobre la posibilidad de tal «asignatura» en la enseñanza media. El que los profesores entendidos no vean hasta qué punto la historia es lo que menos se presta en este mundo al envoltorio de «nociones generales» le parece al profano semiiniciado superficialidad o irresponsabilidad, a menos que se pretenda que no sea *conocimiento*, «ilustración», sino *educación*, «paideia», con lo que los historiadores, al no declararlo así, tendrían más pecado que el catedrático de Derecho constitucional, don Javier Pérez Royo («Educar ciudadanos», El País, 26-XII-97), que al menos lo proclamaba paladinamente: «La enseñanza de la historia es el invento de las sociedades democráticas para enseñar a los niños-adolescentes a convertirse en ciudadanos y es, en consecuencia, portadora no sólo de unos conocimientos científicos, sino también de una voluntad política: la voluntad de vivir juntos y de afirmar, a través de dicha voluntad, nuestra identidad de manera diferenciada frente a ^[8] los demás». En otros lugares habla también de «*interiorizar* las ficciones explicadoras y justificadoras de su convivencia ciudadana» [cursiva mía], por lo que la historia «tiene que ser enseñada a todos y antes de que alcancen la mayoría de edad»; pero lo que se «interioriza» es lo trolalácticamente imbuido, metido en el buche, como un nutriente específico que determina la condición de la persona, un tratamiento que la acuña. Es una cosa, en fin, que se le hace a la persona como objeto, no una cosa que se le dé como sujeto; no es, pues, conocimiento, porque éste no es, por definición, ninguna cosa que se interiorice, que se *incorpore* a la persona, sino que se queda ahí fuera, ahí delante, al alcance de la mirada y la conciencia, como objeto siempre exterior e impersonal. Políticamente instrumentalizada para la espuria función de la *paideia* o el adoctrinamiento de la ciudadanía, que educa al niño a SER DE LOS NUESTROS, la enseñanza de la historia se revuelve *hacia adentro*, tomando, pues, el sentido exactamente inverso del que connota el nombre mismo de «conocimiento». El profesor de historia sería como una especie de «rey de armas», que enseñaría a los niños a leer los símbolos de los blasones, apologeticos por su propia condición e inductores, por tanto, de fidelidad y hasta de amor. Esto sí, este risueño y halagüeño arte de la Alta Alegoría, sí cabe, ciertamente, en la enseñanza media, pero ni es historia ni conduce a ella, sino más bien un modo, acaso bien pensado, de defenderse de ella. (Al día siguiente de acabar

este párrafo, el 23-VI-00, leo en La Vanguardia estas palabras de José Antonio Marina: «Por desgracia, en los últimos tiempos y en muchos países, se está instrumentalizando la enseñanza de la historia, que se utiliza para “formar el espíritu nacional”». Es lo que yo estaba diciendo, salvo que esos «últimos tiempos» creo que habría que retrotraerlos por lo menos al siglo XIX, a las guerras napoleónicas, que hicieron florecer el patriotismo moderno. Así como la mayor perversión, la *hybris*, del político es querer hacer historia y no política, así también la perversión de la enseñanza de la historia es tener por designio la educación política y no el conocimiento de la historia).

Mas si se piensa, y a mi juicio con sobra de razones, que ese conocimiento es un saber que no debe, en modo alguno, ser abandonado, sino, en máximo grado, fomentado e incrementado, la enorme resistencia con que se enfrenta la enseñanza está en la vastedad y la complicación de la materia misma. Y es justamente al despojarla de la bastarda función «educativa» —id est política y apologética—, que la requiere rebajada al género de alegoría o de tebeo, cuando se manifiesta la total insuficiencia de lo que de ella puede haber en la enseñanza media. Precisamente la ascética que impone el honrado propósito de no educar, sino instruir, descubre al punto la inviabilidad y la inutilidad de tratar de ofrecer *totalidades*, incluso —o aun peor todavía— reduciéndose a la del propio país: la «noción general», la «visión de conjunto», el «compendio sumario», serán, respecto de la historia, y en el mejor de los casos, como una especie de gran estantería, acaso bien compartimentada y subcompartimentada, numerada y hasta rotulada, pero vacía de las cosas que tienen que llenarla, a la manera del índice de un libro, por muy pormenorizadamente detallado, subtulado y epigrafiado que pueda estar: tal vez un útil repertorio, pero vacío de lo que se trataría de *reperir*, si se me admite el latinismo. ¿Acaso no sería mejor entrada, mejor iniciación, pregunto entonces, irrumpir sin más y a cuerpo limpio en el corazón del libro y penetrar en un único capítulo, haciendo presa en la materia misma, sin arredrarse ante la dificultad y demorándose en ella hasta entenderla?



§2. (¿*Libros de texto o monografías?*?) Bien es verdad que todavía queda el problema de que esa degenerada infraespecie del género Libro conocida como «libro de texto» suele venir ya urdida —por no decir ensalivada y masticada—, especialmente si se trata de la historia, para el uso de «compendio», y es muy difícil que se preste a un golpe de mano, a un ataque táctico y local, como es el que propongo. Pero sí que hay, en cambio, libros —no, ciertamente, «de texto»—, grandes obras monográficas, que se ofrecen a semejante iniciación. Si he de poner un ejemplo excepcional, la obra que se me ocurre de momento es tan sólo parcialmente, lateralmente, histórica: el

«Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España», de Alejandro von Humboldt; pero hasta para el conocimiento propiamente histórico resulta incluso más beneficioso que sea la obra de un ingeniero de minas, un geólogo, un geógrafo, un cartógrafo, un demógrafo, un estadístico, un naturalista y un hidráulico, un navegante y un viajero, en fin, ávido de cuanto pueda ser averiguado, curioso de cuanto puedan ver ojos de hombre. Trato tan sólo de ilustrar el tipo de monografías adecuadas al procedimiento de «iniciación», ya sea en la historia o en otro contenido semejante: un conocimiento empírico, accesible a los sentidos y a la imaginación, enteramente envuelto en las circunstancias contingentes de su propio acceso y el avanzar de las averiguaciones, impregnado en la concreción de los más menudos datos de su tiempo, su espacio, sus gentes, sus lugares, y, finalmente, lo bastante alejado en el ayer —casi dos siglos— para ofrecer a la intuición la perspectiva de la temporalidad. Y en cuanto a iluminar una experiencia realmente pregnante de la historia, mucho mejor, a mi entender, que cualquier acontecer político o guerrero, los 200 años de avatares hidráulico-administrativos, de inundaciones, de proyectos, de obras interrumpidas o acabadas, de pequeños éxitos, de mayores fracasos, de hidráulicos encarcelados, provisiones de fondos, restricciones de fondos, suspensiones de fondos, ya sea del Virreinato, ya sea de Madrid, consejos de arbitristas, discusiones y encarnizamientos, o, para qué seguir, todo lo que rodeó el famoso «Desagüe de Huehuetoca», destinado a evacuar por el río Tula, tributario del Panuco y por éste hasta el Adántico, las aguas de las lagunas de Tenotichlán, la antigua capital azteca, para poner la ciudad de México a salvo de inundaciones. Baste, nomás, citar el título del libro, o más bien libelo, escrito en 1687 por fray Manuel Cabrera contra el fiscal que lo había despojado temporalmente del cargo de Superintendente de la Real Obra del Desagüe de Huehuetoca: «VERDAD ACLARADA Y DESVANECIDAS IMPOSTURAS CON QUE LO ARDIENTE Y ENVENENADO DE UNA PLUMA PODEROSA EN ESTA NUEVA ESPAÑA, EN UN DICTAMEN MAL INSTRUIDO, QUISO PERSUADIR HABERSE ACABADO Y PERFECCIONADO EL AÑO DE 1675 LA FÁBRICA DEL REAL DESAGÜE DE MÉXICO». En fin, la admirable obra de Alejandro von Humboldt sólo se ha puesto aquí como un ejemplo del tipo de monografías «iniciáticas» que, a mi juicio, podrían sustituir, con mucho más provecho, el deletéreo intento compendioso de los habituales «libros de texto» en la enseñanza de la historia, pero no pasaré en silencio que tampoco me disgustaría toparme un día por cualquier pasillo de un instituto de enseñanza media con una puerta sobre cuyo dintel campease este letrero: «Aula Humboldt», y en la que el curso consistiese justamente en la lectura del «Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España». Por lo demás, la bibliografía de Humboldt es tan abundante como complicada. Casi todas sus primeras ediciones salieron en francés, pero con una insólita variación de editores para las diferentes entregas sucesivas. De entre ellas tan sólo añadiré el «Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente», o sea, la relación del viaje que, por mar y por tierra, entre jimio de 1799 y marzo de 1803, desde Santa Cruz de Tenerife hasta Acapulco, precedió inmediatamente a su estancia

de un año en Nueva España. Aparte de las muchas exploraciones terrestres, esta obra abunda también en toda clase de observaciones, mediciones y averiguaciones sobre los fenómenos propios del Atlántico y del Pacífico. Conocida era, por ejemplo, desde los cronistas de las Yndias, la enorme dificultad de la navegación por la ruta descendente de la Mar del Sur, a lo largo de la costa de Sudamérica, desde Panamá hasta el Perú o incluso Chile, mientras que en la vuelta de sur a norte por la misma ruta los navíos subían como una flecha hasta atracar de nuevo en Panamá; pues bien, la corriente oceánica que hacía tan difícil el descenso y tan fácil el ascenso, aunque ya de antiguo familiar en la experiencia de los navegantes, fue reconocida y estudiada por nuestro autor, a bordo de la fragata «La Castora» entre diciembre de 1802 y enero de 1803, navegando desde El Callao a Guayaquil, y hoy lleva el nombre de «Corriente de Humboldt».



§3. (*Prius in sensu*) Mi convicción sobre la conveniencia general de un método de iniciación como el que pueden ofrecer monografías como la de Humboldt, temáticamente particular (el Virreinato de Nueva España, entre marzo de 1803 y marzo de 1804, aunque no sin detalladas referencias al pasado, como la historia del Desagüe de Huehuetoca), pero no especializada, responde a la necesidad de solicitar antes que nada la experiencia de los estudiantes, a tenor de la vieja idea de Aristóteles (en réplica al innatismo de Platón) de que todo conocimiento empieza a través de los sentidos. Por eso, a mi entender, es un prejuicio rutinario perniciosamente erróneo el de que la enseñanza, o al menos, en especial la de la historia, debe avanzar de lo general a lo particular, desde una «visión de conjunto» —repelente expresión— a un conocimiento cada vez más detallado. Respecto de lo cual, imaginemos ahora que un mediano conocedor de la historia de España —tampoco pido un gran sabio y además longevo, como Menéndez Pidal— necesitase, por ejemplo, 10.000 horas de lectura, no es más que un suponer, que a razón de 3 horas al día, sin excluir domingos y festivos, lo que tampoco sería para perder la vista, le tomarían, si mis cálculos no yerran, poco menos de 11 años. Comparémoslos ahora con las 100 horas por curso que en 3 o 4 cursos puede perder en semejante «asignatura» un estudiante de enseñanza media, y veremos cómo cada 100 páginas leídas por el supuesto «mediano conocedor» tienen que ser «resumidas», «extractadas», por no decir «liliputizadas», a no más de 3 o 4 páginas del correspondiente «libro de texto». Y eso ¿qué sería? Eso sería, como conocimiento de la historia, exactamente NADA, pura heráldica, pura alegoría, procesión de estantiguas o, finalmente, muestrario de vestiglos como lo que el famoso «Gallinero» real del Buen Retiro, anejo a Los Jerónimos, podía ser con respecto a la naturaleza del Nuevo Continente. Por eso, antes que las inútiles y desesperadas pretensiones de *totalidad* del pernicioso género «compendio», es

absolutamente preferible cualquier fórmula de iniciación mediante entrada a saco en lo particular y agarre en la concreción empírica y circunstanciada de la contingencia y el detalle, como la que nos da el «corte sincrónico» —aunque, en rigor, no puede haber, en modo alguno, en ninguna exposición histórica nada que ni de lejos pueda calificarse propiamente de «sincrónico»— de la Nueva España entre 1803 y 1804. Esa penetración en las entrañas de un tema singular, capacitada —o eso es lo que yo creo, o tal vez sólo espero—, por su índole más intuitiva y sensorial, para avivar la curiosidad, solicitar la imaginación y prender el interés, desplegará su propia fuerza para ramificarse a partir de ese primer punto de punción, tendiendo a infiltrarse y propagarse a cuanto lo rodea: «¿Y antes?, ¿y después?, ¿y en derredor?, ¿y en otras partes?», se preguntaría el que se hubiese adentrado con Alejandro de Humboldt en la Nueva España de principios del siglo XIX. O, finalmente, aun poniéndonos en el peor de los casos, una tal entrada, incluso en el supuesto de que defraudase en parte o en todo las expectativas de fecunda expedición iniciática que se trata de confiarle, no dejaría de ser, ya en sí misma y por sí misma, un contenido de conocimiento más lleno, más genuino y hasta más veraz que esa especie de lacónica, balbuciente, continua, acelerada, incontenible cinta telegráfica de mensajes urgentes, capaz de recorrer dos mil años de historia en cuatrocientas o quinientas páginas, que es lo que designamos como «libro de texto». De no ser porque la capacidad para escandalizarse tiene el grave defecto de debilitarse y hasta extinguirse con el hábito, resultaría totalmente incomprensible que cualquier cualificado profesor de historia que apenas hojease entre sus manos un compendio de los confeccionados exprofeso para cubrir, o más bien despachar, la asignatura en la enseñanza media no lo lanzase al punto, con todas sus fuerzas, a estrellarse y destrozarse contra la pared.

Por otra parte, si más arriba he sacado a colación palabras como «alegoría» y «heráldica» es porque el «compendio», que en su forma de bloque compacto y unitario parece estar diciendo «Aquí está todo», tiende muy fuertemente a producir, a despecho de su abstracto discurrir cabalgando sobre la sucesión numérica de fechas —que saltan más veloces que las cifras de un taxímetro incluso fraudulentamente manipulado—, como una especie de compresión o achatamiento de la distancia y la perspectiva temporal, dando lugar a cierta forma virtual de sincronía, realmente perniciosa, una impresión de simultaneidad acaso semejante a la de las «empresas» que, en su fisonomía dada toda de una vez, nos pone ante los ojos un blasón. Y no creo pecar de malicioso al sospechar que viene a ser precisamente ese blasón lo que trata de inculcar en los alumnos la enseñanza de la historia no ya como un saber puesto en conocimiento del sujeto, sino con la función de educación política para la producción de buenos ciudadanos, tal como olímpicamente —aunque, a la vez, honradamente— declara el ya citado Pérez Royo.

Otra dificultad añadida para el tipo de «monografías iniciáticas» que se sugiere aquí en sustitución de los compendios es la del condicionamiento que apareja la muy variable cantidad de información que la mejor o peor fortuna ha podido dejar de cada

época, de cada asunto, de cada situación, de cada trance o acontecimiento, dificultad que será tanto mayor cuanto más se aparten esas monografías —tal como también sería de desear— de la que Polibio llamó «historia pragmática» —la de los hechos políticos o guerreros o, en una palabra, historia de la dominación— siempre, con mucho, incomparablemente más documentada, aunque, aun así, parece que todavía no hay una total certeza de quién ganó la batalla de Kadés: Ramsés II o el Imperio Hitita, ni aún, veinte siglos más tarde, la del Talas: el Celeste Imperio o el Islam.

Cuando digo que sería deseable que la iniciación al conocimiento de la historia no se abalanzase sin más al crudo y perentorio acontecer, pues solamente el clásico arquetipo de la batalla campal —paradigma ideal de la historia *pragmática*— tiene por escenario una llanura rasa y despejada, abstracta como una cancha deportiva, sino que antes que seguir la tradición predominante de *contar lo que pasó*, centrarse la atención en *describir lo que pasaba*, estoy pensando sobre todo en suscitar la intuición de la temporalidad, el sentimiento de que, como decía Cervantes cuando ya «se iba muriendo», «no son todos los tiempos unos»; una cosa difícilmente definible, si no es con balbuceos, pero algo así como la proyección «en fantasía» de la profundidad y la perspectiva de cada ayer remoto.



§4. (¿*Contar lo que pasó o describir lo que pasaba?*) Gonzalo Anes parece asignarle a la enseñanza de la historia la función de proveer a los estudiantes de respuestas a preguntas personales, como las de «saber *de dónde vienen, dónde están y hacia dónde van*». No importa que las preguntas vengan en plural, porque «nosotros» es tan persona como «yo»; y, más aún, Nosotros es, si cabe, todavía mucho peor persona. La inconveniencia de asignarle al conocimiento de la historia semejante función personalista no responde tan sólo a que los fines de la enseñanza en general deberían alejar de sí cualquier sospecha de tratar de hacerle alguna clase de competencia desleal al hoy tan floreciente negocio editorial de los «manuales de autoayuda», sino también a que daría ocasión para que cualquier estudiante preguntase: «¿Y a mí qué se me ha perdido en la Nueva España de principios del siglo XIX? —o incluso, por no excluir ejemplos memorables de la historia *pragmática*— ¿Y qué se me da a mí del comportamiento de Camilo en el asedio de Falerios o del de Catón el Menor en la rendición de Utica?». Si el Yo —o el Nosotros— se mete de por medio y se interpone entre el sujeto que mira y el objeto a mirar, le tapaná la vista, y ha sonado la hora del *itemissaest* y el *apagayvámonos* de cualquier conocimiento. Estoy de acuerdo en que no todos los narcisismos o cultos onfaloscópicos pueden medirse por el mismo rasero, porque hay ombligos, como los de los vascos, con sobrados méritos para ser piezas de museo anatómico o antropológico («Sección teratología»), pero, por sí o por no, sería de encarecer la conveniencia de descentrar la enseñanza de la historia,

prefiriendo, para la iniciación, lo apartado y lo remoto. Entiéndaseme bien: tampoco sería cuestión de empuntarse ahora hasta Ur de los Caldeos, aunque no tanto por su lejanía espacial y sobre todo temporal, como por la extremadamente exigua cantidad de información que ofrece para una monografía satisfactoria. Suficiente distancia para un grado de enajenamiento capaz de liberar el interés de toda autorreferencia personal que enturbie el conocimiento deseable y al mismo tiempo una aceptable cantidad de información pienso yo que podría ofrecerlo, por ejemplo, un curso sobre las relaciones mercantiles, singularmente con el gran desarrollo de la navegación y de los tráficos navales, con la correspondiente intensificación de las comunicaciones, desde el fondo del Báltico hasta el del mar de Azof, con los grandes «graneros» continentales: Polonia y Ucrania, en uno y otro extremo, con la Liga Hanseática en el norte y las «Repúblicas Marineras» en el sur, y la rivalidad mortal de los genoveses contra los venecianos y los catalanes, tras haber suplantado la hegemonía de Pisa, en la Europa de los siglos XIII, XIV y XV. Y no sería a humo de pajas el recomendar precisamente esta época, centrándola sobre todo en la navegación, pues entonces es cuando se afianza de una vez por todas y hasta hoy la comunicación del Viejo Mundo Occidental. Y si se piensa en términos de «historia común», el de la comunicación es el criterio que, a mi juicio, debe prevalecer sobre el de los avatares de la historia pragmática de las soberanías. Baste decir que ya en el siglo XIII los genoveses tenían una factoría comercial, jurídicamente reconocida por Fernando III, en Sevilla, mientras que tanto los castellanos como los catalanes tenían las suyas propias, aparte de otros lugares intermedios, en Brujas, donde establecían contacto con la Hansa. Hacer prevalecer el criterio de la comunicación sobre el de las unidades de soberanía —que, por lo demás, sólo son tales con respecto a otras— contribuiría también a disolver el espurio género de las «historias nacionales», tan deletéreas para el conocimiento por su motivación personalista: cuando el objeto interesa no por sí mismo, sino por ser mío, por no hablar del abstruso fundamento de tal apropiación. ¡Qué sé yo si éste no podría ser, como yo creo, el tipo de «monografías iniciáticas» en las que pienso, o sea de *descripción de lo que pasaba*, incluso como substrato necesario en que inscribir, con la pregnancia sensorial e imaginable de las concreciones, la narración, siempre más esquemática y abstracta de las estrictas relaciones «de poder a poder» que forman el argumento de *lo que pasó*, casi como una sucesión de actas registradas, con la sola indicación de fechas y lugares, en las páginas en blanco de un Libro Mayor, un poco a la manera en que los signos heráldicamente convenidos se esculpen a raíz de cada «empresa» en el no menos vacío campo simbólico sobre el que va configurándose un blasón!



§5. (*Primero los nombres comunes, después los propios*) En cuanto a la capacidad

para iluminar la perspectiva de la distancia y la temporalidad —tan necesaria, a mi entender, para las representaciones de la historia— no sólo puede servir la descripción de lo que pasaba en un ayer más bien remoto, sino que también la historia pragmática, la de *lo que pasó*, podría proveer un medio tal vez inestimable: el de la lengua. No servirían para ello las obras conservadas desde el siglo XVI en adelante, pues su lengua es ya, prácticamente, la que hablamos hoy; convendría remontarse a principios del XV o finales del XIV. Parecerá que lo digo —y tal vez sea inconscientemente así—, porque ahí está el autor para mí ideal a estos efectos: el Canciller López de Ayala: no un literato —aunque dejó ese tocho de versos más bien malos, el «Rimado de Palacio»—, sino un político, cortesano y diplomático y sobre todo un cronista excepcional. Su castellano no está tan lejos del de hoy que pueda sonarle a chino a un estudiante de 12 o 14 años, pero sí tiene el suficiente acento exótico para que, sin dejar de reconocerlo como castellano, le dé el tono de extrañeza y lejanía que conviene a la función de suscitar la perspectiva de la temporalidad, el sentimiento de separación entre el «aquí y ahora» y un «allí y entonces». Entre sus crónicas, yo elegiría desde luego la del rey Don Pedro, que tiene incluso páginas de prosa que ningún literato —de los que yo he leído, que son pocos— ha logrado superar.

Volviendo a la función de «describir lo que pasaba», también tenemos monografías modernas, que ahí están, bien a mano, para cuyo encarecimiento se bastará y se sobrará por sí mismo un único modelo, realmente admirable: «Orígenes de la burguesía en la España Medieval», de Luis G. de Valdeavellano. El único defecto que podría ponerse es el de la brevedad, pero esto se remedia fácilmente complementando la lectura con informaciones sobre el mismo proceso en diferentes países europeos. En general, esta propuesta de un método de «iniciación» en el conocimiento de la historia consistente en sustituir el tradicional y complejo «contar lo que pasó» —como vienen haciendo los abominables «libros de texto» y no sólo en el género «historias nacionales»— por el particular, parcial y monográfico «describir lo que pasaba», sin preocuparse de que se limite a la Nueva España de principios del siglo XIX o a los orígenes de la burguesía en la España Medieval, comporta también un cambio no poco relevante: el de reemplazar la total y prepotente hegemonía de los nombres propios (de «los grandes hombres de la historia, cuyos fines particulares encierran lo substancial de la voluntad del Espíritu del mundo» [...] «clarividentes que tenían la intuición de lo que es necesario y de *lo que está en el tiempo*», por decirlo en palabras de Hegel) por un relativo predominio de los nombres comunes, nombres de cosas y fenómenos. Lo que nombran los nombres comunes son *los universales*, y no hay que olvidar que sólo éstos vienen a ser, precisamente, los genuinos, indispensables, únicos y últimos componentes de todo conocer.

Pero esto, al fin, no puede acabar de otra manera más que retirando de arriba abajo todo lo que se dice en estas páginas, pues tal es la cobardía de los gobiernos frente a la rutina, o mejor dicho, la denodada voluntad de mantenerla a ultranza, que

nadie va a ponerse a innovar nunca absolutamente nada; y las razones de esa resistencia están en que la iniciación en el conocimiento de la historia exige, antes que nada, un acto de enajenación y extrañamiento y el mayor atentado contra tal conocimiento es el que se perpetra justamente en la enseñanza de las «historias nacionales», al prescribirlas como historia *propia* y sustentar en esa misma condición de «propia» la razón de su enseñanza; de modo que, en tal sentido, tras la enseñanza de las «historias nacionales» no está el deseo de conocer y dar a conocer la historia, sino todo lo contrario: está el afán de defenderse de ella; por eso la historia patria se defiende en todas partes como la patria misma. Ningún gobierno obrará jamás en contra de esto.

El castellano en las Indias

No sólo no es verdad que al menos durante 250 años se impusiese a los indios hablar en castellano, sino que el primer libro publicado en América del que haya noticia fidedigna es una «Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana», editada en México en 1539. El dato es del gran historiador mexicano don Joaquín García Icazbalceta en su «Bibliografía mexicana del siglo XVI», de 1886, donde tampoco excluye la posibilidad de obras anteriores en lenguas indias publicadas en Sevilla o en Amberes, y en lo que toca a México llega a decir: «Al finalizar el siglo había ya obras en mexicano [entiéndase “nahua”], otomí, tarasco, mixteco, chuchón, huasteco, zapoteco y maya, sin contar con las en lenguas de Guatemala, sobresaliendo entre todas los cinco *Vocabularios*, mexicano de Molina, tarasco de Gilberti, zapoteco de Córdoba, mixteco de Alvarado y maya de Villalpando». Es cierto que durante todo el tiempo hubo constantes opiniones, gestiones y presiones para que se impusiera el castellano como lengua única, y todavía en 1648 insistía en ello Solórzano y Pereyra («Política Indiana», lib. II, cap. XXVI, n.º 12), mientras que el Padre Acosta, que estuvo en el Perú de 1572 a 1586 y aprendió el quechua, había sostenido la opinión contraria («De procuranda indorum salute», lib. I, cap. IX). De todo ello en la «Recopilación» de 1680 no quedaba más que una recomendación, que reconociendo las dificultades de expresar los Misterios de la Fe en tan diversas lenguas, concluía así: «Y habiendo resuelto, que convendrá introducir la Castellana, ordenamos, que a los Indios se les pongan Maestros, que enseñen a los que *voluntariamente* [cursiva mía] la quisieren aprender, como les sea menos molesto y sin costa» (Libro VI, Título I, Ley XVIII, folio 190 recto).

Pero la correcta interpretación del asunto requiere tener en cuenta determinadas circunstancias. Bien sabido es cómo a partir de la famosa llegada a Nueva España, en junio de 1524, de los «doce apóstoles» franciscanos, encabezados por fray Martín de Valencia, a los que se había adelantado casi un año fray Pedro de Gante con otros dos frailes flamencos y aún se añadiría, en 1529, una expedición de veinte frailes más, fueron los franciscanos los que más pronto se esparcieron por el país, adentrándose incluso en Nueva Galicia y aprendiendo rápidamente, en su celo misionero, las lenguas de los indios, con lo que para cuando, en 1535, se creó el Virreinato, con don Antonio de Mendoza, la orden de San Francisco había sacado una enorme ventaja en influencia e incluso en prestigio entre los naturales, sobre todo por el contraste que ofrecían con su benevolencia y su inerme pobreza frente a la avidez depredadora y la violencia de los colonos y los encomenderos. El recelo e incluso la aversión de éstos

contra los misioneros ya puede imaginarse; a tal extremo llegaría bajo el reinado de Felipe II, que éste decidió amenazarlos con la pérdida de las encomiendas si seguían rechazándolos o expulsándolos de sus territorios. Así que fue la ventaja en el conocimiento de las lenguas de los indios el punto de partida de toda la querrela.^[9] El otro factor que hay que considerar está en el hecho de que la administración colonial española fuese un cuerpo, por así decirlo, «incrustado» desde la metrópoli, ya que no sólo el virrey con su séquito y los oidores de las audiencias, sino también los diversos «oficios» anejos eran personal nombrado y enviado por el rey o el Consejo de Indias, de manera que los criollos o los emigrados particulares accederían a lo sumo a cargos administrativos muy subalternos; a ello se añadía el riguroso aislamiento impuesto a los cargos: se comprende que se les prohibiese adquirir inmuebles o haciendas, pero no tanto el que se llegase a extremos como el que dio lugar a que algunos oidores se quejasen al Consejo de Indias de que a sus mujeres no se les permitiese ni siquiera asistir a las recepciones de las ricas damas criollas.

De manera que a partir de las condiciones de esta Administración «incrustada» — en la que los criollos y aun más los españoles residentes, hacendados, comerciantes, industriales o mineros, deberían de tener bastante influencia—, ya se puede entender cómo la desventaja compartida de no saber hablar las lenguas de los indios, que sería total para las autoridades y sus oficiales de plantilla, no podía dejar de promover sucesivas demandas ante el rey y el Consejo de Indias para que se impusiera como lengua única y obligatoria el castellano. Y así empezaban a apoyarlo también algunos vocales del Consejo de Indias, cuando finalmente, en 1580, se pronunció sobre el caso Felipe II: «No parece conveniente apremiarlos [a los indios, ya se entiende] a que dejen su lengua natural», e impuso que la predicación del Evangelio y la administración de los sacramentos se hiciesen en las lenguas de los indios. En una palabra, para él, no eran los indios los que tendrían que aprender el castellano, sino los curas o frailes, llamados «doctrineros» por esta función, los que tendrían que aprender la lengua de los indios, de modo que los curatos sólo se proveerían en los que la hablasen. A estos efectos, creó en las universidades de México y de Lima sendas cátedras en las que se enseñasen las dos lenguas principales, el nahua y el quechua respectivamente. Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la pretensión universalista del Cristianismo, la actitud de Felipe II parece desde luego la única plausible bajo tal supuesto. Cuestión aparte es la de qué significado podría tomar en una lengua india la cláusula del Credo «consubstantialem Patri», versión latina de «omooúsios», refinado producto de alta logomaquia cristianohelenística, aunque, a la inversa, tampoco ha faltado, más modernamente, quien ha creído encontrar la dialéctica hegeliana en la cosmogonía azteca. También es cierto que la función evangelizadora podía producir ese género lingüístico prácticón que suele motejarse como «gramática de misionero»; menos superficial tenía que ser por fuerza el propósito, igualmente religioso, de escudriñar posibles herejías sincréticamente infiltradas en la fe de los neófitos, como la que en 1542 inspiró la rebelión zapoteca

inhumanamente reprimida por el virrey Mendoza en el Peñol de Mixtón. No otro fue el designio inicial del fray Bernardino de Sahagún, franciscano llegado con la expedición de 1529, salvo que la inteligencia, el escrúpulo y hasta el interés profano hicieron de él, hasta hoy mismo, el gran maestro de la antropología americana.

Pero con la Ilustración todo cambió: en 1769 el arzobispo de México volvió a pedir la imposición del castellano: «No ha habido nación culta —argüía— que cuando extendía sus conquistas no hiciese lo mismo con su lengua» (aún decía «conquista» tras casi 3 siglos). Esta vez el Consejo de Indias se mostró en contra, alegando lo legislado por Felipe II; pero Carlos III recabó el dictamen de su confesor —¿una ironía el que llevase un apellido vasco?—, el padre Eleta, que apoyó al arzobispo de México. La Real Cédula del 10 de marzo de 1770 imponía el castellano como lengua única en todas las colonias: «para que de una vez se llegue a conseguir —decía literalmente— el que se extingan los diferentes idiomas de que se usa en los mismos dominios, y sólo se hable el castellano». Diez años después, la gran insurrección de Túpac Amaru fue atribuida a la libertad de lenguas; Areche, el visitador enviado por el rey, dio otra vuelta de tuerca, prescribiendo severos castigos para los indios que, tras un tiempo prudencial, no hubiesen aprendido a hablar en castellano. Pero el virrey se resistió a llegar a extremo semejante, tal vez diciéndose: «¡Hasta ahí podíamos llegar!», o algo así.

Adversus Varronem

Don Fernando Lázaro Carreter, en su artículo «Primavera verbal» (El País, 1-IV-01), vuelve a deplorar la locución «el día después», como hizo ya hace años, señalando ahora el origen preciso de tal novedad; a mí también me chirrió en el oído por primera vez con el estreno de una cinta cuyo título en inglés era «The day after», aquí traducido palabra a palabra, con fidelidad perruna, por «El día después». No me preocupó tanto el pecado singular —dejemos que los cinéfilos entierren a sus cinéfilos—, sino el ir constatando en pocos meses hasta qué punto bastaba el título de una película para incrustar una locución, jamás oída, en el lenguaje de los medios de difusión, y no sé en qué medida en el común de los hablantes. Un grado tal de docilidad ante cualquier innovación verbal, emparentada sin duda con la creciente obediencia a la publicidad, no es sino debilidad lingüística, y ésta, a mi juicio, un claro síntoma de debilidad mental e intelectual.

Pero don Fernando, en el mencionado artículo de antaño, mostraba su contumaz querencia hacia la escuela de Varrón, arrojando demasiadas cosas al cajón de sastre de la *anomalía*, y obligándonos a los que somos de la escuela de César a rescatar algunas de ellas para reintegrarlas en la *analogía*, a la que en justicia pertenecen. De esto resulta que el estropicio que podría hacer «el día después» es bastante más grave que la incorrección aislada de «cambiar el adverbio *después* en extraño adjetivo para calificar el nombre *día*», porque amenaza intercontaminar y fundir en uno el doble sistema, *cardinal* y *ordinal*, perfectamente acuñado y analógicamente formalizado, de que dispone el castellano. Así, en el artículo antiguo, decía el señor Lázaro: «Otra cosa observamos en las locuciones adverbiales del tipo: “Ocurrió *un día después* o *antes*”; se trata de *acuñaciones fijas, de idiomatismos, que escapan a la norma* [sólo esta cursiva es mía] (como *calle adelante, río abajo, tiempo atrás*)». ¡Error flagrantemente anomalista!, clamo, ya que «un día después», donde «un» no debe entenderse como el artículo indeterminado, sino como el numeral «uno», es el primer elemento de la serie *cardinal* «un día después», «dos días después», «tres días después» y así seguidamente; y lo mismo vale para «una legua más allá», «dos pisos más arriba», «tres kilómetros aguas abajo», «cuatro pasos atrás», «cinco páginas antes», «seis casas por cima», «siete pulgadas menos» *und so weiter*, donde bien puede verse cómo el miembro que lleva el numeral es el determinante, y el otro, sea adverbio o locución adverbial, el determinado. El subsistema *ordinal* se construye de manera distinta: aquí el portador del lugar de orden es un elemento de una sucesión seriada de nombres que designan *quantos* (o *quantá*) de una misma dimensión,

siempre *longitudinal*, y las únicas piezas a las que se refiere la ordenación son términos que determinan las dos posiciones posibles con respecto a un cero virtual fijado por el contexto, o sea antes de ese cero o después de él.

Si el cero se pincha en el momento en que se habla, o «de la voz» —al que se refieren «ayer» y «mañana»—, en el subsistema ordinal, la posición *ante* se indica con «pasado/a»: «el año pasado», «la semana pasada», y la posición *post* con «dentro de» antepuesto: «dentro de una semana/dos meses/tres años»... Si el cero es, en cambio, *in phantasma* (Karl Bühler), como cuando se pincha en un punto de una narración, las posiciones *ante* y *post*, siempre en la serie ordinal, se indican con «anterior» y «siguiente», respectivamente: «la semana anterior», «el mes siguiente». Pero también el subsistema cardinal se sujeta a la dualidad entre el «cero de la voz» y el «cero in phantasma»; en el primero las posiciones *ante* y *post* se indican con «hace» y «dentro de», «hace dos días», «dentro de tres horas», y en el segundo, con «un / dos / tres... antes / después»: «un año antes», «dos meses después».

En el subsistema ordinal, la serie de la dimensión temporal está formada, huelga decirlo, por «minuto», «hora», «día», «semana», «mes», «año» e *così* via. A diferencia de esta serie, que, por tener fundamento en la naturaleza —la base inamovible del día y el año, aun con variantes en fracciones y múltiplos—, es arcaica, la dimensión «itineraria» (perdón por el palabro), por ser totalmente convencional, está, en cambio, sometida a la mudanza de los tiempos y a la diversidad de lenguas o países; así, la serie «pie», «paso», «milla», «legua»..., como otras análogas, ha caído en desuso en la mayoría de los países a raíz de la consagración del *Sistema métrico decimal*, y la actualmente vigente, ocioso es decirlo, se funda en la unidad entera mínima: el metro, con sus fracciones «decímetro», «centímetro», etcétera, y sus múltiplos —siempre por 10— «decámetro», «hectómetro», «kilómetro», etcétera. Para esta dimensión, baste evocar la Vuelta Ciclista: «La subida había empezado dos kilómetros antes (cardinal), pero sólo al kilómetro siguiente (ordinal) venía ya la escalada de verdad».

Para demostrar que «el día siguiente» es una determinación ordinal basta compararlo con la determinación cardinal «un día después»: «Se acostó a las 2 de la madrugada, pero al día siguiente ya estaba vestido a las 8 en punto»; sustitúyase en esta frase «al día siguiente» por un «un día después»; un día cardinal son 24 horas y no 6 como las que median entre las 2 y las 8. Si este ejemplo suena forzado, por jugar con fracciones de día, experimentese con el *quanto* siguiente de la serie: «a la semana siguiente» puede perfectamente decirse respecto de un viernes, refiriéndose al lunes inmediatamente posterior; si, en cambio, respecto de ese mismo viernes, decimos «una semana después», saltamos sin remedio un lapso de 7 días naturales, empuntándonos al viernes inmediatamente posterior. Ergo el castellano dispone de un sistema doble, compuesto por un subsistema cardinal y otro ordinal; q. e. d. Esta es sólo la armazón desnuda del sistema, claro está, a la que luego se añaden variantes, factores complementarios o mediaciones contextuales, pero Varrón no puede

reclamar para la anomalía «un día antes» o «un día después», porque no son, en absoluto, «acuñaciones fijas» o «idiomatismos, que escapan a la norma», sino formas estrictamente producidas por la norma de un sistema complejo, rigurosamente formalizado bajo los fueros de la analogía. De paso, una pequeña regla para el subsistema ordinal: «*el día siguiente*» ha de ir sólo en oraciones en que «el día» es sujeto: «El día siguiente fue muy tempestuoso»; en cambio, cuando juega como adverbio ha de decirse «*al día siguiente*»: «Al día siguiente asaltaron el poblado», a la manera en que en las Crónicas de Indias leemos una y cien veces, indicando el instante en que los castellanos, agazapados durante la noche en algún «arcabuco» de los alrededores, salían del escondrijo y se lanzaban al asalto del poblado de los indios desprevenidos: «Al cuarto del alba...». Por último, pienso que el propio don Fernando podría haber sido tal vez el que hubiese asesorado al traductor de la novela de Umberto Eco, titulada en castellano *La isla del día de antes*, ya que las formas **el día de antes* y **el día de después*, que él recomienda por correctas, jamás han llegado a apuñalar estos castos oídos que se ha de comer la tierra; de manera que si es que han podido usarse alguna vez, deben de haberse evaporado, como rocíos de los prados, cuando no fundido, como las nieves de antaño.

Para ser escrupuloso, diré que «el día de antes» o «el día de después» podrían recomendarse cuando el *ceró* al que se refieren (tanto el «de la voz» o el «del phantasma») no es deíctico, sino que está semánticamente explicitado, como un complemento autosuficiente, por ejemplo, «la boda»: se tiende a decir en el habla corriente: «el día antes de la boda», «el día después del entierro», pero no siempre hay que someterse al principio «*Vox populi, vox Dei*», pues ese uso común amenaza la dualidad *ordinal/cardinal* del castellano como el funesto modelo del mal traducido título de la película, aunque acaso en mucho menor grado; de modo que el antídoto sería recomendar el esfuerzo de decir «el día de antes de la boda».

Hacia una nueva estética

Creando que era sólo un comodín o muletilla de cinéfilos españoles, no advertí que estaba ante una nueva categoría estética hasta que me la encontré, no menos consagrada, en diarios italianos: «trasgressivo», o sea «transgresor». Parece que se trata de la virtud estética de cierto desgarro intencional contra lo que se suele llamar «lo establecido», un acto de atrevido desacato o falta de respeto a lo injusta o timoratamente respetado, pero, en particular, directo, desembozado y manifiesto. Con arreglo a este rasgo, lo transgresor debe ser conmensurado con la índole propia del acatamiento y el respeto: si éstos consisten en la expresión externa y ostensible de una voluntad interna de adhesión y obediencia a cosas que se tienen por valiosas, o sea demostración visible coram populo, y pertenecen por tanto a la categoría del gesto, como gesto se cumple también el acto inverso e igualmente ostensible de lo transgresor.

De ser cierto lo dicho, la nueva estética de la transgresión, como aquel «épater le bourgeois» de principios de siglo, trataría de turbar, sacudir, conmocionar, tal vez incluso convencer de su propia sordidez, lo establecido, mediante la estrategia, o más bien la táctica, del escándalo, al que vendría a confiar, al cabo, una misión pedagógica de remoción y de renovación moral. Pero el escándalo ha sido siempre débil frente al ambivalente poder de la costumbre, como lo prueba el hecho de que los que, en defensa de la conservación de *los valores* —repelente palabra—, lo habilitan como señal de alarma acaben dejándose engañar, sin advertirlo, por la capacidad de asimilación y «normalización» de la costumbre misma. «Rayado como una cebra», en feliz caracterización de García Lorca, el escándalo campea con estridencia contra un fondo habitual de equinos no rayados, pero dos cebras, tres cebras, cuatro cebras... van haciendo disminuir, sin que se note, la sensibilidad de la pupila y perdiendo su propia eficacia de señal de alarma, hasta que las cebras llegan a ser tantas y tan habituales como en el Serengueti, que ya ni tan siquiera se las ve. El efecto «impactante», como diría un periodista, de lo transgresor se ve envuelto, así pues, en ese mismo proceso de desgaste: al no ofender más que la vista, la apariencia ostensible en la que actúa el escándalo, no hace más que habituarla, sin hacer mella en los demonios que intenta debelar y agotándose en darse la satisfacción de hacer tan sólo el gesto del rechazo, tanto más ilusorio en cuanto cada vez más digerible por el poder de un mundo que ha logrado, no ya acallar ni amordazar por medio de la fuerza, sino disolver y disgregar mediante el privatismo, el consumismo, la desocialización, la audiovisualidad, la desintelectualización y el deporte

cualesquiera capacidades de reflexión y de elaboración de la experiencia hasta el extremo de que todas las posibilidades de contienda se reducen a un espectáculo de gesticulación, donde la propia estética de lo transgresor muestra la elementalidad y la simpleza de balbuciente residuo que atestigua la tremenda depauperación sufrida por el sujeto humano en general.

Por otra parte, no es difícil reconocer en los repliegues de toda transgresión un aliciente lúdico, que es muy probablemente su motivación originaria: el paradigma podría ser aquella diversión infantil de recitar las palabras prohibidas: «caca culo pedo pis». Creo que el placer dimana de la constatación empírica de que uno dice lo prohibido y no pasa nada, en la prueba de contraste entre el prestigio autoritario de la prohibición y el resultado de la impunidad. Sería, pues, la fruición de descubrir y repetidamente comprobar que las palabras tabú no contienen el mal dentro de sí, ya que no causan por sí solas la inmediata punición, sino que ésta les ha sido coordinada por un decreto-ley de la autoridad paterna; lo cual no es sino el descubrimiento del derecho positivo, de la positividad de toda prohibición: «Non prohibitum quia malum sed malum quia prohibitum». Pero estos experimentos de la transgresión coronan muy pronto sus funciones, que no digo que sean conscientes en el niño, y suelen dejar de divertirlo antes de hacer los ocho años. Hay, sin embargo, excepciones patológicas, ya sea por detención del desarrollo, ya sea por regresión causada por procesos degenerativos no necesariamente fisiológicos, sino a menudo culturales y mentales. Por ejemplo, yo juraría que los contertulios del programa «Tómbola», que aún disfrutan con juegos transgresores no distintos del «cacaculopedopís», no tienen ya que cumplir ninguno de ellos los cuarenta.^[10] Ciertamente que aquí la cosa no pasa de ser de «ellos y ellos», como dicen los corianos, y bien podemos dejar que los muertos entierren a sus muertos. Más difícil sería desentenderse cuando se da acceso a «personas ajenas a la empresa», sobre todo en programas serios dedicados a «gente con problemas» o simplemente invitada a exponer sus experiencias. En esta especie de confesión comunitaria laica se aplica también predominantemente el modelo transgresor, pero orientado y concebido como a modo de terapia de psiquiatra, para que los pacientes «se liberen de sus inhibiciones» y pierdan sus complejos, y lo que acaban perdiendo es la vergüenza, que es, sin comparación, el mejor y el más saludable y salúfero de todos los complejos de este mundo. La timidez es un tesoro tanto en los niños como en los adultos; es la sensibilidad para la distancia, el sentimiento de que uno no puede adelantarse a pretender saber cómo es el prójimo, lo que equivale a la conciencia de que se está ante una persona; sin ello, el conocerse es un brutal allanamiento de morada, que cosifica a la persona, por cuanto queda en realidad ignorada en su condición de tal. Tales programas son la cátedra pública, popular y nacional de la desconsideración, del atropello y de la caradura.

A veces la transgresión ofende cosas que ningún hombre deja nunca de sentir sagradas; no hablo de la blasfemia, con que el creyente se descarga vengándose en su propio temor de Dios, sino de la infracción de una especie de suprema ley humana,

que todo hombre, piense como piense y aunque no lo sepa, siente por encima de cualquier posible o imaginable ley divina: tal es, por ejemplo, el caso de la sacralidad del hombre muerto, que viene a ser el paradigma de «lo más sagrado»; de ahí que, aparte de templos, sólo de tumbas se diga «profanar». El héroe argólida Tideo llegó a ganarse la predilección de Palas, que, deseosa de premiarlo, recabó de Zeus un elixir capaz de darle la inmortalidad. En la lucha de los Siete contra Tebas, Tideo fue mortalmente herido, y, moribundo, le llevaron la cabeza de su adversario tebano Melanipo, al que él mismo había dado muerte; cuando la diosa ya se disponía a tenderle el cáliz del elíxir de la inmortalidad, he aquí que Tideo parte el cráneo de su enemigo muerto y se pone a comerle los sesos, todavía no saciado su furor; horrorizada, la divina Palas derramó por los suelos el elíxir de la inmortalidad, abandonando a su héroe predilecto entre los brazos de la negra muerte. Pero el pecado contra Melanipo muerto tiene por móvil el furor, que como fuerza informe, enajenada; no tiene que vencer ninguna resistencia interna del sujeto; la transgresión de la sacralidad sólo adquiere eficiencia instrumental cuando el sujeto tiene que hacer violencia a sus entrañas; sólo el esfuerzo de estrangular el sentimiento de «lo más sagrado» le permite demostrarse a sí mismo que su Causa es más sagrada que lo más sagrado: telefonea a los deudos del asesinado y refrenda la convicción de su propia justicia blasfemando contra él. Y aquí viene a propósito aquel dicho: «Jamás el sentimiento sabría ser tan inhumano como puede llegar a ser la convicción».

Los telediarios

Parece mentira que cien años de cine no hayan bastado para convencer de la pobreza de la imagen fotográfica. En cuanto hay que explicar el funcionamiento de la máquina de vapor es preciso dibujarla en sección; el principio del cine: la cruz de malta y el pase sincopado de una cinta con dibujos sucesivos permitiría simular el movimiento. Pero la «motion picture» no siguió el trabajoso camino de dibujar instantes sucesivos de fracciones de segundo; y además si los momentos sucesivos de la marcha de una máquina de vapor eran perfectamente conocidos para el técnico, en cambio sólo la fotografía instantánea descubrió cuáles eran los del galope de un caballo. El cine surgió ya sometido a la fotografía porque sólo ésta ofrecía la enorme ventaja de simular el movimiento descomponiéndolo en instantáneas con la cámara y recomponiéndolo con el proyector, que al fin son el mismo instrumento desdoblado en esas dos funciones. Cuando se avino a las fatigas de hacer dibujos animados — sobre cuyos grandes éxitos más vale que me calle— el cine ya estaba industrialmente, y por lo tanto ideológicamente, pervertido.

Ya en los antiguos noticiarios cinematográficos, mucho antes que en los de la televisión, se anunciaba el fuerte condicionamiento que imponía la visualidad propia del medio, con aquella singular preferencia por los saltos de trampolín en la piscina, a modo de final de «variétés» tras las noticias. Si la vistosidad particular de las acrobacias de los zambullidores se ganó entonces el favor del Fox Movietone o del Nodo —lo que bien pudo a su vez incrementar, a despecho de los consejos en contra de los otorrinos, la malsana y disoluta afición por tal deporte—, hoy ese mismo imperativo de la visualidad convierte la condición de visibilidad —incluyendo la mera circunstancia externa de que ocasionalmente se disponga de imágenes fotográficas ya prontas— de tal o cual «evento» en el mérito preferente para aspirar al privilegio de erigirse en noticia en los informativos de la televisión. Pero desde los honrados tiempos de la cabeza parlante —tan poco sugestiva, por lo visto, para el espectador del telediario— el factor de la visibilidad como criterio selector predominante de lo digno de ser notificado, al margen y por encima de la relevancia del contenido en sí, no se conforma ya con la visualidad espontáneamente ofrecida por las cosas, sino que, cada vez con más frecuencia, lanza reporteros a la caza de imágenes *in situ*, y preferentemente paparrachos carroñeros ansiosos de picotear carne de desgracias y provistos de micrófonos no sólo para captar comentarios espontáneos, sino también para arrancar, mediante acoso de preguntas, reacciones verbales, que no por provocadas dejarán de verse incorporadas sin más a la noticia,

con indistinta imputación de hechos.

Tan fuerte es, sin embargo, el imperativo de la visualidad, que privilegia lo visible frente a lo relevante, que ese sañudo recrearse en las desgracias no excluye en modo alguno el que insignificantes banalidades anecdóticas, siempre que sean espectaculares y curiosas de ver —como la voladura controlada de un inmueble— merezcan una «cobertura» televisiva, si es posible estirada todo lo que el asunto pueda dar de sí, con tal de rellenar y despachar el tiempo prefijado para el telediario con el mínimo esfuerzo y el menor número de cosas. Así que el celo por la «calidad visual» del telediario comporta un fuerte detrimento de la cantidad de información. El Canal Plus, por ejemplo, que sólo emite un telediario diario de unos 23 minutos, suele darse por cumplido, o dar por bien servida a su clientela, con una media de ocho o nueve noticias repartidas en una proporción entre nacionales e internacionales que oscila entre seis a dos y cinco a cuatro, aunque bien es verdad que una cadena especialista en acontecimientos deportivos tampoco tiene por qué dar noticias para las personas y por lo tanto carentes de interés para los hinchas. Otras cadenas con más ínfulas, como la Antena Cinco, parecen encontrar muy socorrido, a efectos de relleno, el tiempo que consumen las caretas de presentación, a menos que ello responda a que estén sumamente complacidos con lo bien que les ha salido esa triunfal apoteosis de esferas azules de color «azul prensa» (ya que así hay que llamarlo desde que La Vanguardia, el ABC, La Razón y últimamente El País de los domingos se han contagiado por la moda de ese azul intermedio entre el azul falange y el azul purísima), pues la repiten hasta cuatro o cinco veces durante la emisión. Por otra parte, todas las emisoras suelen dar un colofón de «noticias musicales», o sea con acompañamiento instrumental, como a modo de un sonar de calderilla, tal vez para indicar la menor cuantía de tales noticiejas, lanzadas a granel con rapidez y brevedad, y el menor grado de atención que deben merecer.

Con todo esto, el telediario va tomando, de hecho, una función cada vez más ornamental, sumergido en el almarjal o muladar de los seriales sin fin y probablemente sin principio, pues ¿quién podría recordarlo o saber si un episodio fue antes o después?, de las tertulias de «ellos y ellos» entre cuarentones no se sabe si niños de crecimiento retardado que aún se ríen con picardías de cacaculopedopis o prematuros viejos verdes ya en la chochez crepuscular de recrearse en un ludopatético concurso sin límite y sin fin de quién se atreve a más, de quién es más salaz y más chistoso, de a ver quién gana hoy en desvergüenza y en gorrinería, o de los grandes programas «cara al público» de aplaudidores automáticos, como aquellos que vio Kafka en el circo: «El aplauso que una y otra vez arrecia en manos que no son más que martinets de vapor»; todo ello al servicio del único fin inamovible: la publicidad. Y por cierto que al propio presidente del Gobierno, con vistas a enjugar los gastos y las deudas de las cadenas públicas, no se le fue a ocurrir cosa mejor que sugerir el incremento de la contratación y la emisión publicitarias.

Pero, volviendo al telediario, el repetido imperativo de la visualidad, que violenta

el criterio de selección de las noticias hacia la primacía de lo visible sobre lo relevante, unido a un tipo de factores como el ya señalado de que las reacciones provocadas por los entrevistadores pasen indistintamente al cuerpo de los hechos, con pleno carácter de hechos, pese a ser subproductos generados por la propia actuación notificante, viene haciendo cada vez más verdadero aquel célebre postulado de Mac Luhan: «El mensaje es el medio». No obstante, el contrapunto extremoso de lo dicho, con reducción al absurdo y al grotesco de la visualidad en cuanto tal, se da en el hecho de que las emisoras, en previsión de las raras ocasiones que las obligan a subordinar la visualidad a la relevancia en cierto tipo de noticias invisibles en sí mismas, como por excelencia son las de economía, no dejen de dotarse de una previa selección de «ilustraciones» rodadas en las cecas o casas de la moneda: ¡pocas cosas en este mundo más ridículas ni que provoquen más vergüenza ajena que la de ver las noticias económicas indefectiblemente acompañadas por febriles imágenes de la máquina de imprimir billetes marchando a todo meter o por la de hacer duros chorreando moneda reciente y caliente, contante y sonante, que el Cuerno de la Abundancia no lo haría mejor!

La vuelta del Espíritu Santo

Massimo d'Alema, el actual jefe del gobierno de Italia, lanzó un proyecto de ley para prohibir los spots (imposible decir «spot» en castellano) de publicidad política en la televisión. Berlusconi puso el grito en el cielo llamando «liberticida» a semejante ley. Otros, con el clásico procedimiento italiano de descentrar una cuestión, llevándola a un terreno más circunstancial y favorable para ellos («il problema va impostato da un altro punto di vista»), se erigieron en defensores del consumidor político o de la Constitución. Ernesto Galli della Loggia (*Corriere della Sera*, 8-VIII-99) comparaba el intento de igualar las oportunidades de todos los partidos mediante tal prohibición a «una norma que a fin de asegurar la igualdad de condiciones para todos en el campo de la enseñanza mandase cerrar todos los centros escolares de cualquier orden y grado», comparación que me parece muy poco matizada, por no decir francamente fraudulenta. Otros se aferraron al conflicto de intereses, ya sea para atacar a D'Alema, porque era cierto que, desde su posición, la prohibición le habría favorecido, al quitarle a Berlusconi el aire que respiraba, ya sea para defenderlo, porque no era menos cierto que aunque Berlusconi mantuviese abiertas sus pantallas a cualquier otro partido habría podido holgadamente costearse su propia publicidad electoral con las ganancias que le reportase la de sus adversarios, ideas que compartía Bossi (entrevista en *La Stampa*, 7-VIII-99): «Sin la televisión Berlusconi y la Bonino no serían nada». Por su parte, la radical Bonino, al oponerse al proyecto de D'Alema, daba la impresión de que respondía ciega y automáticamente, como un resorte, al tabú *sesentayochesco* contra la mera palabra «prohibir» (la obsesiva energía que se consume contra las *prohibiciones* legales puede a veces robarle el aliento a la atención que merecen los *impedimentos* sociales y económicos: lo que está impedido *de facto* por el estado de las cosas pesa a menudo mucho más que lo que está prohibido *de jure* por las leyes). En defensor de la Constitución se erigía Vincenzo Caianiello (entrevista en *La Stampa*, 7-VIII-99): «Prohibir completamente un medio de difusión de las ideas va contra el artículo 21 de la Constitución, que dice: el pensamiento puede ser expresado “con la palabra, la escritura y cualquier otro medio”».

La pregunta de si pueden ser «ideas» o «pensamiento» lo que se expresa con «cualquier otro medio» nos lleva hacia los únicos que centraban verdaderamente la cuestión: los publicitarios. De ellos, el que iba más al grano era Emmanuele Pirella (consulta colectiva de Enrico Caiano en el *Corriere della Sera* del 5-VIII-99), que, aludiendo a D'Alema, decía: «Que se convenza de que nosotros los publicitarios

tenemos el don de la síntesis y en pocos segundos explicamos cosas difícilísimas sobre los productos a publicitar. Y no proporcionamos solamente sugerencias sino auténticas explicaciones». Así que había vuelto el Espíritu Santo, para encender esta vez su llamita sobre las frentes de los apóstoles del mercado. Al que se preguntase qué sórdidos intereses creados de la burocracia estatal o de los centros privados se habían conjurado hasta entonces para que ese portentoso don de síntesis de los espotes, capaz de «explicar cosas difícilísimas en pocos segundos», no hubiese sido aplicado a la enseñanza, con inmenso ahorro de tiempo y de esfuerzo para alumnos y profesores y de dinero para los papás y los contribuyentes, habría habido que responderle tal vez que sólo sirve para predicar el Nuevo Evangelio del consumo, o sea para «vender lavadoras o pastillas de jabón» como decía D'Alema, pero no para la enseñanza. La discusión se reducía, así pues, a si la difusión de un contenido político se parece o debe parecerse más a la venta de una pastilla de jabón o a la enseñanza de la geografía. En la misma consulta, otro publicitario, Annamaria Testa, tachaba a la izquierda de «escasa sensibilidad para la comunicación publicitaria». Yo pienso, por el contrario, que son los demás los que han perdido tal sensibilidad y que ésta es más bien precisamente lo único que parece quedarle a una izquierda que ha claudicado en todo lo restante para poder integrarse en el gobierno de un Estado liberal.

El Nuevo Evangelio del consumo, predicado explícitamente por primera vez en 1927, con la aparición del libro de Edward Cowdrick, «The New Economic Gospels of Consumption», como Vía de Salvación para vaciar los almacenes de las empresas, atestados a la sazón de mercancías no vendidas, a causa de la superproducción propiciada por los avances tecnológicos en máquinas-herramienta, consistió en la revolución económica según la cual el estamento empresarial ya no produciría sólo el objeto a vender sino que inventaría y produciría también el consumidor. El sector publicitario, ya sea anejo a la empresa industrial, ya sea constituido en empresa independiente, viene a ser literalmente una industria productora de consumidores. De esta manera, la publicidad, en cuanto tal industria especializada en la producción del consumidor, se apoderó de la gestión activa del consumo, incorporándolo a la economía productiva. Desde entonces el consumidor ha venido pasando a convertirse, aceleradamente, en un producto más, y hoy, con el auge de la televisión, ha llegado a serlo en un grado inimaginable en 1927. Nunca ha tenido Marx tanta razón, en lo que se refiere a la determinación económica de la sociedad, de la cultura y del hombre mismo, como en nuestros días, aunque en sus tiempos no había datos de experiencia para poder prever que no sería tanto por la vía directa de las relaciones de producción como por la indirecta de las relaciones de consumo, si bien después de ser fagocitadas por la producción. Y el propio Marx se habría asombrado de la omnipotencia alcanzada por el capital al ver hasta qué punto el Nuevo Evangelio del consumo logró barrer y reducir a la nada, en pocos años, las más acrisoladas tradiciones y convicciones morales e ideológicas del puritanismo norteamericano,

que prescribía aquella vida de modestia, de sobriedad en el gasto y de ahorro hereditario que, entre otros, había predicado un padre de la patria como Benjamín Franklin. Hoy este Nuevo Evangelio se ha vuelto hasta tal punto un dogma de fe —y en un sentido especial para los publicitarios y derivadamente para la televisión— que, hará un par de años, cuando un tímido movimiento anticonsumista canadiense, pero con gran difusión en los EE.UU., quiso lanzar un anuncio de su simbólica fiesta, el «Buy Nothing Day», tres de las cuatro mayores televisiones del país se negaron a emitirlo, una de ellas alegando que se trataba de «un manifiesto subversivo», ¡tan sacrosanto es el consumo!

Así pues, aquel intento de D'Alema —sean cuales fueren las circunstancias de ventaja o desventaja y del «conflicto de intereses» con Berlusconi— de prohibir que la propaganda electoral siguiese siendo propalada por los spots publicitarios no era sino un intento desesperado para tratar de impedir que el ciudadano político fuese también reducido a un autómatas ya largamente amaestrado a responder obedientemente a los reflejos condicionados de una publicidad puramente sugestiva, imperativa y cuidadosamente cegada, en beneficio de su mayor capacidad hipnótica, de cualquier significado de comunicación racional, o, en una palabra, de salvar *in extremis* al ciudadano político de convertirse en ese mimético robot que ya es el ciudadano consumidor, literalmente producido por la industria publicitaria. Aunque quizás sea utópico querer salvar al ciudadano político sin rescatar a la vez del país de los lotófagos al ciudadano consumidor.

Pedagogía contra pedagogía

Un padre de «dos chavales adolescentes» escribió al *Suplemento de salud* del ABC (9-VII-2000), apurado porque, aunque «desde pequeños *ha* [he] intentado no favorecer la obsesión por las cosas “de marca”», creía que había «fracasado en el intento» y no sabía ya si «someter [me] a la triste realidad» o seguir «peleándole [me] con ellos». En la respuesta del consultorio se le instaba a no cejar, en el tenor de los actuales estilos pedagógicos de «razonabilidad», de leal conversación con los hijos, intentando, en este caso, convencerlos de que no había que darles tanta importancia a las marcas: «Es menester formar a los chavales —dice literalmente el consejero— para que también tengan un criterio de análisis sobre lo que están consumiendo» [...] «que sepan que si compran algo es porque es mejor que otro producto». Pero tampoco era tan inocente el consejero como para no saber perfectamente cómo están las cosas: «Es importante que los chicos no consideren indispensable poseer determinados productos para sentir que son aceptados por sus amigos o que no son diferentes a los otros. Es verdad que para ellos ser propietarios de objetos y, sobre todo, de marcas determinadas representa un código de integración...».

Antes de la universalización de la enseñanza, el uso de uniformes en los centros «de pago» apuntaba, a mi juicio, especialmente a disminuir en lo posible la ocasión para esa gran maldad de *la comparación social*, que siempre y en todas partes ha tenido por criterio principal el del atuendo. El uniforme obraba como a modo de barrera contra la invasión de lo público por lo privado, de manera que allí donde la desaparición del uniforme deja a la luz del día las diferencias del atuendo se franquea la entrada al despotismo directo de la comparación social. Sorprende, pues, que el consejero, conocedor de las reglas de aceptación y los cánones de estatus establecidos y exigidos en la sociedad infantil —igual que en cualquier otra— y especialmente en el colegio, donde el conjunto de los compañeros nunca es elegido, sino azaroso y obligado, no tome en cuenta la inmensa desproporción entre el poder pedagógico del medio público y la capacidad de razonable y razonada persuasión de la privacidad individual-familiar.

El medio público siempre ha sido constrictivo en cuanto regidor de la estructura de comparación social, pero sólo la economía de mercado, al descubrir las ingentes expectativas de rentabilidad que le ofrecía el «yacimiento» —por decirlo con un término de moda— de la comparación social, estimó hasta qué punto la indeclinable responsabilidad moral de la maximization del beneficio en aras de la creación de

riqueza para el bien común le exigía al empresario beneficiar tan pingüe yacimiento, ya no al modo ordinario del minero de pico y pala, lavador de arena en escudilla, como el de Sierra Madre, sino sondeando minuciosamente los filones o veneros del precioso mineral y elaborando un cada vez más afinado método científico. Y esa ciencia es la gran rama de la pedagogía publicitaria que es la especialidad dedicada al motivo de la comparación social. Ninguna pedagogía ha llegado a alcanzar jamás en este mundo un grado de eficacia tan siquiera remotamente comparable con el que, en sus escasos cien años de existencia, ha acabado por lograr la pedagogía publicitaria sobre todo en esa rama especializada en la comparación social. Podría objetarse que «pedagogía» es «conducción de niños» y como quiera que la publicidad no es menos eficaz en «conducir» a los adultos, le cuadraría mejor otra palabra; pero al considerar hasta qué punto el imponente poder de conducción de la publicidad hace al adulto tan maleable y obediente como un niño, sigue siendo por lo menos psicológicamente más idóneo guardarle el nombre de «pedagogía».

Huelga decir que la marca es el elemento capital de la publicidad, pero lo es en muchísimo mayor grado cuando el yacimiento a explotar por el mercado atañe directamente a la comparación social. Sin embargo, la marca, como categoría en abstracto, es anterior a la publicidad; en el mercado del arte tiene vigencia por lo menos desde el Renacimiento. Ya lo sabía Eugenio d'Ors: «El mayor enemigo del arte es la firma». Y es de notar cómo hoy cuando una marca industrial de cualquier ítem de la comparación social adquiere un alto grado de prestigio tiende a dejar el nombre de «marca», para pasar a ser llamada precisamente «firma», lo cual conlleva que se diga «un Borsalino», «una Gucci», «un Cartier», como quien habla de «un Tapies» o «un Miró». Así que la sugerencia de nuestro consejero de «formar a los chavales para que» [...] «sepan que si compran algo es porque es mejor que otro producto» se da de bruces contra la consideración de que si el adulto se deja sacar los cuartos para andar presumiendo, por no decir «haciendo el gilipollas», por ahí con una Gucci, un Cartier o un Borsalino, ¿cómo se puede pretender que el que un horrendo par de zapatones de goma de tal marca sea «mejor» que el de tal otra signifique para un niño o adolescente otra cosa sino que tiene, y transfiere al que lo calza, más prestigio en el contexto de la comparación social?

La extrañeza, más arriba anticipada, de que el consejero del citado *Suplemento de salud* —como tampoco, por su parte, el padre que consulta— dijese ni tan siquiera una palabra sobre el medio social en que se ceba, incluso con los niños, la pedagogía publicitaria, como si ese medio así invadido, domeñado y conducido no fuese cosa urdida por los hombres y sustentada por su voluntad, sino regida por fuerzas tan ajenas como las de la naturaleza, bien podría deberse a que uno y otro, consultante y consejero, adivinaban tal vez, sin atreverse del todo a percibirlo o resistiéndose a reconocerlo o, en fin, considerando totalmente inútil formularlo, que la pedagogía privada y familiar, que aún sigue siendo, siquiera sea precaria y hasta impotentemente, humana, está ya derrotada de antemano en algún loco empeño,

aunque surja del padre más sensato y más amante, de enfrentarse de poder a poder con la pedagogía pública y social de la publicidad, o sea del mercado, equiparable, en efecto, a la naturaleza, por cuanto definitivamente sustraído a cualquier control humano. ¡Extraña libertad!, y no es que yo lo diga; los propios liberales —y no sólo políticos, sino también economistas— no dejan de repetirlo un día y otro día, al referirse a los avatares y al derrotero general de la economía de mercado, enfatizando ominosamente el tenebroso dictamen de «proceso absolutamente irreversible».

El siempre querido y benemérito diario ABC ha llegado, de hecho, a convertir en una noble tradición la de pronunciarse todos los años, hacia las vísperas de Nochebuena, Año Nuevo y día de Reyes, contra lo que considera un grave, desconsiderado y pernicioso abuso de la pedagogía publicitaria, especialmente en la televisión, directamente dirigida, en esas fechas, al público infantil en vacaciones. Pues bien, tanto de esa loable tradición del ABC, como de la consulta y la respuesta del mencionado *Suplemento de salud* que han suscitado y dado pie para este artículo, como, por fin, del artículo mismo, y en vista del imponente, incontrolable e ineluctable poder de la pedagogía publicitaria y del «proceso absolutamente irreversible» de la economía de mercado, sólo cabe decir que no son más que «hablar por no callar», que son, en otras palabras, «trabajos de amor perdidos».

II

Pecios

Como a manera de prólogo

(Ojo conmigo) Desconfíen siempre de un autor de «pecios». Aun sin quererlo, le es fácil estafar, porque los textos de una sola frase son los que más se prestan a ese fraude de la «profundidad», fetiche de los necios, siempre ávidos de asentir con reverencia a cualquier sentenciosa lapidarietà vacía de sentido pero habilidosamente elaborada con palabras de charol. Lo «profundo» lo inventa la necesidad de refugiarse en algo indiscutible, y nada hay tan indiscutible como el dicho enigmático, que se autoexime de tener que dar razón de sí. La indiscutibilidad es como un carisma que sacraliza la palabra, canjeando por la magia de la literalidad toda posible capacidad significativa.

Pero a la esencia de la palabra pertenece el ser profana. Es lo profano por excelencia. Por eso mismo la sacralización es el medio específico adoptado por quienes quieren ampararse en ella, o sea —y aunque a primera vista parezca lo contrario—, defenderse de ella. La palabra sagrada ya no dice, no habla, no es más que letra muerta, voz muda, signo inerte; la sacralización sumerge toda la luz de significación en las tinieblas de la mera materia gráfica o sonora: materia ciega, pero segura y firme como un noray de amarre incommovible.

La palabra sagrada apaga toda virtualidad significativa para adquirir poder performativo: no busca ser entendida, sino obedecida; de ahí que haya de ser siempre literal, como un «abracadabra». Por mucho sentido con que lo embutiera el sínodo que lo fijó en Nicea, también el Credo fue erigido en palabra sagrada. Todo el vigor de su función significativa se desplazó a favor de su poder performativo en su valor de «símbolo de la fe», o sea de credencial de integración y pertenencia, como lo muestra esa reunión de una exigencia de rigor en cuanto a literalidad y una total indiferencia en cuanto a comprensión: No hace falta entender, basta acatar.

(Fiestas) La celebración en simulacro del reino de la abundancia y la felicidad, que eso parece representar el despilfarro de las fiestas, puede sin duda ser la conmemoración de un mundo nunca sido, de un ayer no venido, o la desesperada renovación de su promesa, sin que deje de ser al mismo tiempo la recurrente ofrenda y holocausto que, bajo forma de goce y de contento forzados y fingidos, la feroz diosa de la Necesidad exige de sus súbditos para acceder a renovar entre ellos su cotidiano reparto de raciones de mera subsistencia, reafirmando de este modo ante sus ojos lo ineluctable de su gobernación providencial y la perpetuidad de su omnipotente señorío.

(*Telón de fondo*) El tiempo de los sueños carece de futuro; es como el cielo de los decorados de teatro: un eterno presente prodigioso pero a la vez infinitamente melancólico porque adivina que sería el cielo de la felicidad si no fuese pintado.

(*Peripéteia*) Todo argumento es una fatiga y un afán, como cualquier otro trabajo.

(*Colapso*) El argumento se quedó parado y sobrevino la felicidad.

(*Impresión repentina*) Cómo retrocede el tiempo: todavía ayer todos eran más viejos que yo y hoy ya son todos más jóvenes que yo.

(*Bodegón*) Hasta muerta y colgada boca abajo de un clavo en la despensa conservaba la liebre su esquivia, perseguida y dolorosa dignidad.

(*Sobre la prohibición de lo imposible*) Un viejo chiste español cuenta de uno que se hizo unos muelles de saltar, tan perfectos que a cada salto igualaba la altura de la torre de la iglesia, pero conservando la inercia hasta tal punto que repetía siempre aquella misma altura, de manera que no podía parar; la situación llegó a hacerse tan intolerable para el público que tuvieron que echarlo abajo a tiros por la Guardia Civil. Fue una víctima más de los que no quieren aceptar que el levitar no es, por imposible, ni una pizca menos legal que el gravitar, así como éste no es, por necesario, un punto más legítimo que aquél.

(*¿Libre albedrío?*) ¿De qué me serviría a mí ser libre si soy tan perezoso? Contestar que la pereza es mi cadena sería tanto como identificar la libertad con la simple diligencia. Mi envidia hacia los capaces se venga a veces murmurando así: «¡Mira que si los que tanto presumen de libertad y de albedrío no fuesen más que diligentes congénitos, biológicamente predeterminados por el gen de la acucia compulsiva, cuyo descubrimiento los acuciosos investigadores se hubiesen negado a hacer público, ante la grave responsabilidad social de los deletéreos efectos que la divulgación de un hallazgo semejante podría tener en la moral de los trabajadores!».

(*Atardecer en la Plaza de Castilla*) El cielo de entre dos luces se cuarteaba y caía en

lascas de pizarra gris, y por detrás, en rojinegra brasa, la infinita maldad reaparecía.

(*Matización*) Cuando un periódico hace una encuesta preguntando a sus lectores: «¿Cree usted que Fulano es culpable?», a lo que el público contesta en realidad es más bien a esta otra pregunta: «¿Desea usted que metan a Fulano en la cárcel?».

(*¿Sí o no?*) Escalofríos me dan ante la perspectiva de que llegue a instaurarse en los tribunales el sistema de jurados, que, a diferencia de las encuestas públicas, tiene el temible agravante de no admitir más opciones que «sí» o «no», excluyendo las de «no sabe» y «no contesta».

(*Contrapunto*) Así como en el sentimiento popular (que milenios de Justicia instituida no han logrado apagar ni disminuir) por el que el verdugo sigue siendo visto como una figura socialmente infame acaso perdura una reminiscencia de la ferocidad de los poderes que fundaron la Justicia, así también, inversamente, la ocasional actitud de injuriar y acosar al abogado defensor, equiparándolo a un impune cómplice del reo, manifiesta a su vez la resistencia pública a comprender y aceptar el sentido del Derecho, que, sin embargo, se desarrolló precisamente para poner bozal a la bestia feroz de la Justicia. Casi osaría pensar que este hecho, tal vez sólo aparentemente contradictorio, de que el rechazo que adivina en el verdugo la última —y originaria— ferocidad de la Justicia instituida conviva con la ferocidad linchadora que incluye al defensor en su odio al acusado delata la esencial e irreductible ambigüedad de la Justicia misma, incluso sujeta a forma en el Derecho, que si la hizo, ciertamente, menos cruel que la venganza, también la reificò y la consagró como infalible e inexorable.

(*Una injusticia*) ¿No es injusto tachar de «visceral» tan sólo el juicio de valor derogatorio? ¿Acaso no serían viscerales muchos juicios de valor aprobatorios? ¿Por qué la apología nunca es tachada de visceralidad? ¿O no sería visceral, por ejemplo, la casi obscena incondicionalidad de nuestro siempre querido, benemérito, ilustrado, huecograbado, grapado y encuadernado diario monárquico de la mañana con el no menos benemérito instituto de la Guardia Civil? Aunque este caso tal vez merezca el atenuante o eximente de que, desde aquella inmemorial y memorable portada de «También los guardias civiles tienen madre», tal incondicionalidad haya venido a formar parte de las inalienables notas ontológicas del diario, a ser un casi congénito ingrediente de su prístina solera, del más genuino, inimitable, almibarado elixir de abeceína.

(*Racionalización*) Cortaron los campos a escuadra, con lindes rectilíneas, a fin de que cuadrasen con los cuadrados folios de sus propias escrituras en el Registro de la propiedad.

(*Anti-Beccaria: «proporzionalità»*) El agravio en la sentencia, la alameda en el catastro: cosas redondas medidas en recipientes cuadrados.

(*Ante el retrato de Juan de Pareja*) Tal vez me alegraría si me enterase de que quería a su criado y lo trataba con dulzura, pero, con todo, me conformo con ver hasta qué punto la incorruptible lealtad de sus pinceles no supo negarse a emanciparlo de toda servidumbre imaginable, reconociendo y fijando para siempre, en esa levitante inteligencia y seriedad de la mirada, el aura de la más alta condición humana.

(*Venus de alcoba*) Diestras manos de maga celestina adornarán con fronda de encajes y bordados el embozo de las sábanas, emulando la blanca y rizada orla de espuma de la mar que baña las playas de Afrodita, para el barroco lecho de esta venus castellana.

(*Inmovilismo*) Dicen que hay que adaptarse a «el mundo en que vivimos», como si lo que así designan fuese un producto exógeno y no la consecuencia de otras adaptaciones anteriores y como si sus pretenciosos, o más bien pretendidos, cambios no fuesen tanto causa como efecto de tan perseverante afán de adaptación. El mundo humano se habría ido volviendo tan endógeno que ya no engendra causas que osen enfrentarse a causas sino tan sólo causas que se ciñen a acomodarse a los efectos de esas mismas causas con las que rehúye la confrontación. Sería difícil aceptar que pueda haber sido así desde el principio; más bien lo que se diría que ha pasado (es una mera hipótesis, casi una alegoría) es que, a causa de la creciente subsunción de las antiguas causas «exteriores», eso que tan temerariamente se complacen en llamar «realidad» podría haberse enroscado de tal forma que hasta la propia relación de causa-efecto habría sido apresada en una órbita de tan perversa circularidad que aun el principio mismo no sería ya más que un juego de ilusión. El inmemorial principio de causalidad, presupuesto primario de toda acción humana dirigida conforme a consecuencia de sentido, se estaría convirtiendo —o revelando—, así pues, como un encantamiento que podría designarse como «espejismo del tiovivo»: el caballito blanco persigue eternamente al caballito negro, que eternamente persigue al caballito blanco. La eterna fuga del negro parece efecto de la persecución del blanco y a la vez causa de la fuga de éste, que a su vez... etcétera.

(*La equidad*) Cuenta la leyenda de Confucio cómo éste, visitando, como solía, un reino extraño, fue interpelado por un gran señor que dijo así: «En este reino reina la virtud: si el padre roba, el hijo lo denuncia; si roba el hijo, lo denuncia el padre». Y Confucio le contestó: «En mi reino el hijo encubre al padre y el padre encubre al hijo; a esto también se da el nombre de virtud».

(*Paráfrasis del anterior*) Un gran señor le dijo a Confucio: «En nuestro reino impera la equidad: somos compasivos con las víctimas y despiadados con los delincuentes». Confucio replicó: «En mi reino somos igualmente compasivos con las víctimas y con los delincuentes; esto también merece el nombre de equidad».

(*Desconfianza*) ¡Y el que el chivo vaya al cuchillo o vuelva al prado dependa de que el jurado le de la razón al fiscal o al defensor!

(*Esa ficción maligna*) El tiempo fue inventado contra los perezosos, como un ardid para que los que querían quedarse quietos se sintiesen incómodos y entrasen en acción.

(*Alma de siervo*) Tan despiadadamente autoritario debía de ser el ángel o el demonio que me veló en la cima, que nunca me ha dictado más que un único, omnímodo y vacío mandamiento: «Obedece». Jamás he sido libre; toda la vida he estado obedeciendo con la paciente desgana de un burócrata pasmado, y encima siempre sin saber a qué.

(*¿Qué autonomía?*) Nunca he logrado poder participar de aquella idea del «sujeto autónomo» de la Ilustración. «El Yo no es más que un campo de batalla», me dijo un día un amigo. No está mal. Porque si el campo no es un combatiente sino el lugar pasivo en que las huestes se enfrentan en batalla y por cuyo dominio se pelean, ¿dónde está entonces el «sujeto autónomo» de la Ilustración? Un campo de batalla de cien heteronomías enfrentadas resulta, en cambio, una buena alegoría del único sujeto que conocen mis propias experiencias.

Atado al árbol como un San Sebastián, asaetado desde todas partes, atravesado por las flechas de toda una disparidad de heteronomías entrecruzadas, nada he podido nunca reconocer por mío ni distinguir como propio en mis entrañas que no fuese a la

vez función y resultado de empeños exteriores, encarnizados en algún combate de quién sabe quién y contra quién.

(*Los obsolescentes*) Lo nuevo nos amenaza con su brillo, como el quirófano en el que se disponen a abrirnos las entrañas; lo antiguo nos lo barnizan como el féretro en el que querrían tenernos ya encerrados, para poder sepultarnos de una vez, porque quizá ya estemos atufando a muerto; lo viejo, en fin, rápidamente, a los primeros indicios de desgaste, es arrojado sin más a la basura. En la basura está lo único que queda de todo lo que nos era maternal.

(*Supremo bien*) Lázaro Carreter va equivocado al tener por impropio que en España, donde la lluvia es más que en otras partes bendición del cielo, los meteorólogos usen la expresión «riesgo de lluvias». Cien expresiones, como «promete sereno» y «amenaza nublado», demuestran que el criterio del Buen Tiempo no es lo propicio para la necesidad, sino el gusto del cuerpo a la intemperie. No mira al cielo pensando en la cosecha sino en la hospitalidad del exterior, y el inocente egoísmo del presente elige siempre el cielo azul. La gratitud del cuerpo al cielo azul enciende la alegría. El cielo azul es alegre por sí mismo; no puede ser un símbolo de la alegría, pues según la certera concepción escolástica —«algo que está en lugar de algo»—, el símbolo ha de ser —por convención, por mimesis o por metáfora— un sustituto de lo simbolizado, y el cielo azul no puede *estar en lugar de* la alegría, porque tiene en sí mismo, y aun por excelencia, la cualidad de lo alegre en cuanto tal. El cielo azul es la visión primordial a que remite la idea más general de la alegría: todas las alegrías son como el cielo azul. La reflexión de la felicidad debe empezar por la alegría, su «fainómenon»; error de Savater dejarla a un lado como un accesorio. La relación entre alegría y felicidad consiste en que ésta es condición de posibilidad de aquélla: el infeliz no puede alegrarse con el cielo azul y a los desesperados puede llegar a serles hasta doloroso. Pero una nube que empaña el horizonte es la figura más elemental, trivial, de la felicidad amenazada: es como si se quisiese la felicidad no por sí misma, sino por la alegría que hace posible. «Perder los ojos» dicen los italianos por «morir»; ¿es por las cuencas vaciadas de la calavera o porque poder ver el cielo azul, el día luminoso, es tal vez, a la postre, el bien mínimo y máximo, primero y último, de todo anhelo humano?

(*La nueva reina*) La «selección natural» propia del cine no hacía gran diferencia entre los sexos, aunque el factor selectivo preferido en ambos, la belleza, era casi excluyente para las actrices: hay multitud de guapas pésimas actrices, como Jacqueline Bisset, y poquísimas feas buenas actrices, como Anna Magnani o Bette

Davis. En cambio, guapos pésimos actores, como Alain Delon, hay muchos menos que feos en general, pues para los varones, aparte la belleza, cuentan otros factores selectivos, como dureza o seminalidad. Clark Gable o Stewart Granger eran tan malos que ni por guapos los habrían cogido de no ser tan espesamente seminales que hoy todavía hasta a través de un vídeo hacen abrir las ventanas de la sala por el pestazo a semen que difunden. Pero con el supremo encumbramiento social de las modelos —hoy ya por encima de la gran actriz—, la alta costura, que prima la belleza como único factor de selección, exclusivamente femenino, marca el extremo en que la «selección natural» ha reabierto un abismo entre los sexos. Pero si la más alta jerarquía social de una mujer es la que puede alcanzar como modelo —con la belleza como única medida de su «más valer»—, es que el papel de *portadora de vestidos* se considera la función más propia y más definitoria de su condición (como en los tiempos del «ocio vicario», que ya en 1899 denunciaba Thornstein Veblen en su «Teoría de la clase ociosa»). Nadie me acuse de generalizar harems de la *jet*: esas figuras, por su omnipresencia, son categorías, tienen la enorme fuerza de los arquetipos; su pauta hace criterio, reconduce las representaciones y condiciona así el modo de ver y concebir a las mujeres no menos que el de verse y concebirse ellas mismas a sí mismas. Cada cultura crea su universal real; miopía nominalista es ver sus cambios como una mera anécdota estadística: por deprimente que el hecho nos resulte, la culminación social de la mujer y por ende su imagen ideal es hoy la de modelo. ¡Oh nueva reina, portadora de vestidos, ¿qué se hizo de la emancipación?!

(*Determinismos*) La determinación agorera mezcló siempre relación de signo y relación de causa, pero los astrólogos, cartomantas y otros estafadores semejantes de hoy en día parecen rehuir la relación de signo y prefieren arrimarse a la figura —más «científica»— de la concatenación causal.

¿Será el legítimo terror al imponente poder de la determinación histórica y social lo que impulsa a los supersticiosos a acogerse a ese nimio y pintoresco determinismo individual? El principio racional en que apoyan su creencia es sólo aparentemente parecido al que subyace al gran determinismo: que todo está causalmente coordinado; sólo aparentemente, porque precisamente refractando la causalidad en miríadas de ínfimas concatenaciones pluridireccionales, en las que cualquier cosa puede ser efecto de cualquier otra (hay tanto fundamento en que un porvenir se halle en relación de determinación causal con una combinación de estrellas o de naipes como en que, por ejemplo, el destino de cada abonado de la Telefónica esté prefigurado en el número de teléfono que le haya sido asignado), es la propia noción de causa-efecto la que resulta confutada y destruida.

El gran determinismo, al rechazar la confiada y a menudo inhumana afirmación del albedrío, lo que hace al fin es mantenerse tanto más denodada y exigentemente fiel a la aún nunca cumplida posibilidad de un albedrío real, mientras que el cotidiano

y microscópico determinismo de esas hechicerías al servicio de los individuos no parece, en cambio, procurar sino la definitiva claudicación del albedrío, al desmenuzar su imagen en esquirlas tan pequeñas y aleatorias como las que ha dejado de la causalidad. ¿No acudirán acaso los clientes precisamente a que se les libere del último, debilitado, desalentador e insoportable residuo que les queda, por pequeño que fuere, de albedrío?

(*San Miguel*) La airada y despiadada buena conciencia del cargado de razón, ese ángel vengador, revela hasta qué punto se equivocó Dostoievski. Es cuando hay Dios cuando todo está permitido.

(*In memoriam*) La simpatía hacia el grafista pende de la certeza de saber que si lo borran tiene que aguantarse. Lo toleramos porque no dice lo que piensa de nosotros. (Pero lo firma).

(*Occidente*) Fotografías de hambrientos y de muertos utilizadas como propaganda para solicitar nuestro socorro: ¿vender los sufrimientos de las víctimas en su propio beneficio?

(*Premio Pulitzer o El deber de informar*) Siempre hay un hijo de la gran puta capaz de esperar horas al suicida indeciso en la cornisa del rascacielos para poder fotografiarlo en el aire un instante antes de estrellarse contra el suelo.

(*Como el Tour*) ¿De quién es esa vida que necesitan decir que «continúa» o hasta que «debe continuar» cada vez que alguien se ha muerto?

(*Virilidad*) El que, ante un niño que bajo la sonriente complacencia de unos padres incapaces de imaginar que pueda molestar a nadie corre por entre las mesas del local, dice: «Lo que ese niño necesita es un par de hostias bien dadas» está expresando lo que él necesitaría: poder dárselas. Pertenece a la misma ralea viril que el que, ante una chica nerviosa o estridente, dice: «Lo que esa necesita es un buen polvo», porque le humilla reconocer la vibración que enciende su deseo y tiene que camuflarla en expresión de afrenta y de desprecio. Estos que saben remediar al prójimo con hostias y con polvos son los *macero* de *le bâton et la carotte*, que no aguantan a los demás como sujetos, sino sólo como objetos de sometimiento y de control.

(*Ordalía*) Sólo el castigo pudo hacer unívocas, discontinuas, las nociones del género de «culpa» o de «pecado». La alternativa de *sí* o *no* en que nos las encontramos sumergidas no tiene un origen en sí mismo lógico, sino pragmático: la violencia creadora de derecho. Sólo la guerra o la acción ejecutiva, el *veredicto* de las armas o de los tribunales, imponen disyuntivas tan tajantes como la de inocente o culpable o la de tener razón o no tener razón.

(*Una pasión obstinada*) El rencor consiste en la obstinación en que cuando ya no es así siga siendo así, porque una vez ha sido así: una culpa de hace 50 años se convierte en 50 años de culpa.

(*Paisaje para Demetria*) Por el lomo de la alta pared del huerto coronada con cascotes de botella venía andando esta tarde un gatito, sin cortarse.

(*La fealdad*) El Acontecimiento histórico y deportivo del 92 señaló la fatídica restauración de Los Valores, que son la quinta esencia retórico-folclórica de la Alta Alegoría nacional. ¡La españolez de nuevo «sin complejos»! (*Sin complejos* como dicen con encomio del ultraderechista Gringich, por cuanto no se recata ni disculpa del más feroz liberalismo antiestatista, al par que *wasp*, *antidago*, armamentista y justiciero). Atronadores fueron los aplausos para el abanderado que traía el sombrero ladeado con un ángulo inefablemente hortera; atronadores fueron para el fastuoso superkitsch según el más exquisito y chirriante gusto catalán, daliniano, cugatiano (*Escuela de sirenas*, navidad Carta Nevada). No despreciéis el poder de la fealdad, porque es la puerta de la estupidez y ésta lo es a su vez de la maldad. Viejos valores, viejas glorias, Pizarro, Hernán Cortés, reaparecen, *sin complejos*, en el papel moneda y en el teatro oficial. Sigue de guardia Cela, centinela del poniente —o sea de sus «gracias y desgracias»—, celoso celador de la vernácula bellaquería del alma nacional, y han vuelto el ozorismo y el landismo, que se remozan *sin complejos* en Bigas Luna y Almodóvar, mientras la infraburguesa moralina y ternurina de *To er mundo e güeno* regurgita sin sonrojo —sin complejos— en *Farmacia de guardia* o *Los ladrones van a la oficina*. El anonadamiento cultural se ha reducido a defender fetiches: la che, la elle, la eñe y el gran insulto de las carreteras: pero en esa cruzada por el toro de Osborne —¿patología social o perversión estética dolosa?— el culto a la fealdad viene virando hacia la estupidez. La españolez congènita profunda ya está a punto de baba para asistir boquiabierta al recién establecido relevo de la guardia en el palacio real. Y la banda tocando ¡sin complejos! «España cañí».

(*La fecha vacía*) Nada más absolutamente impenable que saltase el minuterero del reloj y la última cifra del número del año y sin embargo todos lo han celebrado como un acontecimiento imprevisto y venturoso. ¡Qué histriónicos clamores de alegría ante la aparición del 5, sabiendo todos que no podía ser más que el 5! Ellos lo habían convenido así y ahora no se diría sino que fingen creer que se deriva de una causa ajena. A diferencia de cualquier otra fiesta recurrente ésta es la fiesta de la mera fecha. Metido en ritos, preferiría con mucho la atroz melancolía de conmemorar el nacimiento del niño redentor, desesperado símbolo de toda utopía humana. Pero el rito de anteanoche, del tiempo como fecha, mero tiempo huero, tal vez sea justamente un exorcismo contra el acontecer: para que no pase nada, para que sólo pase el tiempo. El culto supersticioso al calendario se manifiesta mejor en los decenios, centenios y milenios, donde se mezcla con la superstición del número; en vano hace más de 4.600 solsticios las últimas páginas de la «Metafísica» de Aristóteles quisieron desacreditarla con vigor. La peculiar racionalidad autónoma de la aritmética parece tener una fascinación irresistible para la irracionalidad de la fe mágica. Si se les dice que el sistema numeral de base 10 es una convención, tal vez lo encuentren «preñado de significación», como diría un periodista, por fundarse —¡oh manes de la pobre Ana Bolena!— en el número de nuestros dedos. La superstición de las meras cifras prevalecerá sobre la propia racionalidad que representan. La sugestión mágica del puro rostro del guarismo, espectacularmente demudado por el súbito cambio de las cuatro cifras, al saltar de 1999 a 2000, burlará el contenido estrictamente aritmético de la cuenta y será muy difícil convencerles de que el siglo XXI y el tercer milenio no empiezan el 1 de enero del 2000, sino del 2001.

(*Tal para cual*) Nada hay más hediondo que un peloteo de responsabilidades. Las situaciones límite definen la verdad: 1. Ningún torturado proyecta sobre el torturador *su propia* responsabilidad de haber cedido al dolor y entregado a los suyos; y 2. Hasta la OTAN ha cedido a la infamia de los «escudos humanos» —inventados por los atacantes—, haciendo a Karadzic responsable exclusivo. No cabe esa exclusiva donde hay dos partes; amenaza, tortura, secuestro, chantaje, extorsión, crean también relaciones contractuales. Por abominable que sea el que alguien se vea obligado por violencia al contrato de un secuestro, no deja de incumbirle la responsabilidad de pagar o negarse a pagar por la vida del secuestrado. Si se admite que una catástrofe natural *obliga a responder* con el socorro, también habrá responsabilidad ante la peor violencia de extorsión humana. En el actual pulso de fuerzas de la Sanidad Pública hay dos responsabilidades, y la Administración no puede proyectar sobre los médicos la que le corresponde. Hace ya tiempo que tendría que haberse doblegado a ellos, únicamente por *su propia* responsabilidad hacia los enfermos, sin reparar en lo justo y lo injusto de los aumentos exigidos. Y si teme sentar con ello un precedente para

reclamaciones de otros funcionarios, no sería sino una nueva responsabilidad que también tendría que afrontar. Aquí hay dos partes y dos responsabilidades; no se le pide a la Administración que cargue sobre sí la de los médicos —¡allá ellos con ella! —, sino la suya propia, o sea pagar el rescate de una vez ante la gravedad y la duración del caso, por muy odiosa que sea una extorsión que toma a los enfermos como prenda de intercambio. Tan odiosa y violenta como demuestra, de una parte, el que enfermos quejosos no se atrevan a declarar su nombre, y de otra, la indecente actitud deportiva revelada por un médico, que, cuando Sanidad cedió —para volverse luego, vergonzosamente, atrás— dijo: «¡Hemos ganado por goleada!».

(*El Despreciable*) El mitin electoral reaviva mis prejuicios contra la democracia de partidos. Todos ven la abyección de los oradores, pero nadie la del público. Si éste en los toros es El Respetable tan sólo porque puede aplaudir o pitar y abuchear, se vuelve «el despreciable» allí donde no caben más que los aplausos y las aclamaciones. Si a una frase del orador alguien dijese «¡No, eso no!», sería acallado o tal vez hasta expulsado como intruso. El supuesto forzoso de la unanimidad incondicional convierte todo mitin en una práctica fascista: el local se transfigura en una Piazza Venezia, donde cualquier partido es «partido único». Una contienda electoral no disuelta en el tiempo sino concentrada en fechas extrema en cada partido lo que es puro instrumento de victoria, ahogando la diferencia en la otreidad del «conmigo o contra mí» y trocando el continuo móvil, modulable, de la diversidad en la tajante discontinuidad del «todo o nada», de la que inevitablemente se deriva esa abominación de la unanimidad y la incondicionalidad que infecta de fascismo a los partidos. El que, como en las democracias, haya varios se queda en una situación fáctica sin duda más benigna para la mera vida, pero ni quita para que cada uno de ellos sea en sí, dentro de sí, partido único ni comporta, por ende, ninguna mejoría para la inteligencia de las gentes y la objetividad de la opinión política, ni aun menos para la dignidad, la animación y hasta la estética de una por lo demás casi inexistente vida pública. En cuanto a los que acuden a los mítines, tal vez la cotidiana catarata de aplausos al dictado de la televisión colabore no poco en atrofiar cualquier resto de orgullo, de sensibilidad y de vergüenza, para que —olvidada ya la «adhesión inquebrantable» de *mando entonces*, como dice, felizmente, Umbral— no sientan la indignidad de someterse a nuevas ceremonias que no admiten más que aplausos fervorosos y ardor aclamatorio.

(*Fuenteovejuna*) ¡Oh qué admirable aplomo el de Corcuera para hacer aceptar públicamente, sin que lo pareciese, la mayor barbaridad, como aquella de proclamar, de cara a la pantalla, que él tenía el deber de defender a los suyos, donde «los suyos» («los míos») no eran otros que las Fuerzas de Orden Público! Pero, ¡ay!, nada de

aquello se ha visto en el bochornoso espectáculo de estólida e incondicional solidaridad respecto de «los suyos» ofrecido por la Administración actual y su partido. Un fuenteovejunismo tan ciegamente unánime —salvo alguna excepción— que incurre en la imprudencia de ignorar hasta qué punto justamente la propia desmesura de su unanimidad lo aboca a convertirse en muerasansonismo, y tanto más cuando tamaña defensa de lo indefendible, lejos de saber cubrirse con nada parecido a aquel pasmoso temple de Corcuera, se enfanga más y más en el descrédito por la propia torpeza de la estridente y descompuesta acucia de su obcecación. Por lo demás, huelga decir que lo más indecente de tan desaforado fuenteovejunismo está en el hecho de que, siendo impensable que todos lo sepan todo de todos los demás, una tal cerrazón no puede responder, en modo alguno, a un cierto grado, al menos aceptable, de confianza en la inocencia de «sus» perseguidos, sino que no hay más remedio que atribuirle en exclusiva a la cruda y desnuda solidaridad corporativa a la que últimamente obliga, al parecer, a semejanza de las viejas sectas de juramentados, la simple pertenencia a una facción política: «Son de los nuestros y no hay más que decir». Por último, en esa misma actitud de «yo defiendo a los míos», Vera ha agravado con una nueva precisión las palabras de Corcuera: «Amedo y Domínguez [...] eran vistos como héroes por sus compañeros [...] Una de mis misiones era mantener la moral y los valores de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad para combatir el terrorismo».

(*Contra Alborch*) La barbarie pretende ahora refundir el Museo del Prado como Un Todo, no ya administrativo, sino ontológico y hasta fetichista en ese delirio de unir con él físicamente los edificios recién anexionados. La Cultura no admite que los cuadros estén tan sueltos y descomprometidos como sea posible —y como cuadraría, además, con la verdad de los contingentes avatares en que surgió la colección—; tiene que «articularlos» como piezas de una mendaz «unidad orgánica», ignorando la autonomía y el ensimismamiento que hace de cada obra singular un testimonio nunca unívoca ni definitivamente recibido. La crítica cultural se ve afectada por la más feroz compulsión clasificatoria; no aguanta nada que se hurte al sagrado lema burocrático «Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio»; todo posible contenido de una obra es suplantado por los datos capaces de fijarla en un lugar preciso de la taxonomía (ya saben: *tenebrista*, *manierista*, *simbolista*, etc).. Más que El Prado en sí mismo, me importa aquí la general brutalidad totalizadora (y al fin totalitaria) de los conceptos de Cultura y Patrimonio Cultural. La repugnante figura de Patrimonio Cultural es una exudación del *ontologismo histórico* —creador de fetiches tales como «El Ser de España»—, o sea cruda impostura e imposición dictada: «Esta es tu herencia histórica, este es tu ADN cultural, esta es tu inalienable identidad». La Cultura, instrumento de control social, induce a un halagador acatamiento. Ahora adopta el modelo del mercado y la publicidad: El Prado tiene que ser

«promocionado» y «ofertado» como un producto de la marca «España S. A.», poniendo su vieja imagen «a la altura del tiempo en que vivimos», con un diseño «a nivel de siglo XXI», pues el obtuso nominalismo liberal que se resiste a todo universal real, claudica ante la convención del calendario, prestándose a rendir culto idolátrico a un evidente flatus vocis como «Siglo xxi».

(Prensa sucia, para Javier Martas) Nuestro siempre querido, benemérito, ilustrado, empedernido y gracigordo diario monárquico de la mañana no había dejado de advertir y de explotar, con su amarilleante y torticera perspicacia populista, la golosa e infalible rentabilidad impresiva de la «cara de diablo» de Jon Cruz Idígoras. Pero ni por ensueño se esperaba la ocasión de oro que, a efectos de exprimir hasta el máximo grado imaginable el potencial suasorio de la ominosa efigie, ha venido a ponerse en bandeja merced a la impensable y venturosa coincidencia de que el más conspicuo de los personajes hasta hoy encarcelados por presunta connivencia en el empleo de procedimientos ilegales contra la facción representada y apoyada por Idígoras haya resultado ser precisamente el verdadero, incomparable Apolo de los altos cargos, el más guapo, sin discusión posible, de cuantos han tomado parte en el Ejecutivo socialista. La redacción no se lo podía ni creer; el director no cabía en su pellejo: ¡Qué portada, Miquelarena, qué portada! Rafael Vera junto a Jon Cruz Idígoras. «Vean y comparen, señoras y señores, y juzguen por sí mismos: a este lado la limpia y comedida dignidad en la perfecta belleza varonil de esas facciones rectas y afiladas; ¡pues éste está en la cárcel de Alcalá! Y ahora, junto a él, he aquí la cara de diablo, la mirada aviesa, la torva catadura de este otro; ¡pues éste, en cambio, señores, anda tomando chiquitos por los bares del casco viejo de San Sebastián! ¡Oh escarnio de la Patria! ¡Oh pobre España nuestra!» Así, la efigie de Idígoras ya no es tan sólo corroboración sensible de la maldad de Herri Batasuna, sino que ahora, por la interacción recíproca y sinérgica de la yuxtaposición comparativa de las dos efigies, la belleza del guapo emite efectos de agravante de la maldad del feo, y la fealdad del feo refleja a su vez valores de atenuante en la posible culpabilidad del guapo.

(La laza y la cultula) Nada disminuiría mi satisfacción de castellano si, tal como parece muy posible, dentro de 100 o 150 años (y siempre en el supuesto, mucho más improbable, de que este nunca bastante mal llamado mundo subsista para entonces todavía), en una clase de literatura del instituto de Alcalá de Henares, un profesor de ojos oblicuos, tez amarillenta y pelo lacio color ala de cuervo, llamado, pongo por caso, Lamón Pélez Lodlíguez, les leyese el Quijote a sus alumnos empezando así: «En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...».

(*Sociedad de consumo*) ¡Ese intenso y vicioso placer de embelesarme largamente con la frente apoyada en el cristal de los escaparates de las ferreterías, soñándome comprador de tantas, tantas fascinantes cosas: herramientas, masillas, accesorios, herrajes, aparatos, pegamentos, que ese cliente fingido para el caso forzosamente necesitaría... hasta que al cabo me aparto despertando a la tal vez melancólica evidencia de que siendo el que creo que soy cuando no sueño no me hacen ni puta falta para nada!

(*Orígenes*) Guardaos de las verdades; no hay mala fe en sus rostros sonrientes, pero se han olvidado de que deben su reino, su cetro y su corona a una antigua victoria de la fuerza.

(*Réplica al anterior*) No obstante, quizá la más perversa de todas las verdades es la que marca el origen como estigma o como signo necesario del destino.

(*¡Fuera papas!*) ¡Qué limpio sonaba aquello de «instrucción pública»! ¡Qué gorrino me suena «educación», «formación» o, peor todavía, «formación integral»! Cada vez me siento más irreversiblemente anclado en el *Ancien Régime*. La escuela de hoy se ofrece a las familias a manera de «Plan personalizado» o de «Especialistas en ti». Y hasta la escuela pública se ha dejado infectar por el indecente y traicionero contubernio entre papás y profesores por encima de las cabezas de los niños, cuando las entrañas mismas del concepto de «lo público» claman por una escrupulosa y hasta casi ritual impersonalidad. ¡Fuera los padres de la escuela pública! El que los escolares se enfrenten a solas con la institución es una exigencia capital de la socialidad. De lo contrario, por lo pronto estudiarán —si estudian— «para dar gusto a sus padres».

Aniquilado todo atisbo de sociedad civil, no queda ya más que el Estado como único posible gestor o sucedáneo, siquiera sea mecánico e indirecto, de la socialidad. Pero la oposición individuo-sociedad no es tan simple como la cree el nominalismo antiestufista (en expresión de Vargas Llosa), que, diciéndose defensor del individuo, al fin lo atropella más villanamente, pues de pronto resulta que la impersonalidad y la distancia no sólo son condición necesaria de la socialidad sino también mejores protectores de la individualidad que el indigno comercio psicológico entre papás y profesores con el alma de los niños o que ese otro encanallamiento de los nombres de pila y el tuteo.

Cuenta Machado que cuando un padre le decía a Juan de Mairena: «¿Le basta a

usted ver a un niño para suspenderlo? [...] Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón: ¡Me basta ver a su padre!». ¡Dorados tiempos de la Instrucción Pública!

(*Apéndice al anterior*) ¡Sólo de apenas empezar a imaginarme a unos papás definiendo a su hijo al decirle al profesor: «Es que Luisito es un introvertido» se me pone la carne de gallina!

(*Copenhague*) «La Conferencia más canalla de estos tiempos», como dice Haro Tecglen. «Se prospecta una especie de frente popular de todas las personas justas y razonables —escribía Adorno aludiendo a las películas de *message*—, y el espíritu práctico del *message*, al demostrarnos lo fácil que sería mejorar las cosas, pacta con el sistema a través de la ficción de que un sujeto social colectivo, que hoy ni siquiera existe en cuanto tal, podría arreglarlo todo con tan sólo reunirse en cada trance y terminar con la raíz del mal». Pues bien, esto que disculpamos en la *naïveté* de un guionista o de una asociación pía «por un mundo mejor» se vuelve literalmente canalla en una organización como la ONU, que ya lo sabe todo sobre el mundo y cuáles son las fuerzas que lo aherrojan y lo determinan. Rafael Díaz Salazar (El País, 6-3-95) denuncia la mudez de Copenhague sobre el «Dividendo de la Paz», ese embeleco ideológico, todavía más canalla, de que el fin de la Guerra Fría propiciaría la liberación de inmensos capitales para las necesidades vitales de los hombres, como si 40 años de fomento, inversión, investigación y desarrollo de la industria de armamento y de expansión mundial de su comercio no fuesen ya una condena casi sobrehumanamente irreversible para la economía de los países productores, al convertir cualquier intento relevante de reconversión a producciones más benéficas (con el correspondiente abandono de un mercado cuya virtud es crecer en realimentación positiva permanente, a cambio de otros todavía en gran parte inexistentes y con expectativas tan difusas como difícilmente calculables) en una opción con un grado de riesgo prohibitivo para un empresariado sometido a tal velocidad de competencia que cualquier cambio que exigiese una cierta medida de desaceleración del ritmo medio de reciclaje lucrativo no sería más que una garantía de perdición. ¡Copenhague, comedia de *message*, ficción canalla!

(*Subjetivismo*) Haro Tecglen, al ver la divergencia de actitudes ante las encuestas: «los perjudicados no creen en ellas —dice—, los beneficiados creen que les roban algo», tacha a España de «gran país de negadores de evidencias». Aunque yo no osaría decir que sea un achaque exclusivo de los españoles, sino tan sólo más acentuado aquí que en otras partes, siempre me ha escandalizado la enorme fuerza de

la parcialidad, no digo, por supuesto, en juicios de valor, sino en estimaciones de hecho. La falta de objetividad llega al extremo de que cuando, por ejemplo, con respecto al número de participantes en una huelga, uno ve diferencias tan descomunales como del triple o el cuádruple entre la estimación del sindicato y la de la patronal, llega a dudar de que ello pueda deberse solamente a interesada mala fe, para pensar que la parcialidad perturba hasta la misma capacidad de percepción. Incluso se da el caso de que después de una manifestación los convocantes acusen a la policía municipal de manipulación hostilmente interesada, pensando que su mezquina estimación del número de asistentes sólo pretende cambiar el éxito en fracaso. Y si uno suele inclinarse a dudar más de las estimaciones de los manifestantes, tan contaminado está el país por este virus de la falta de objetividad que ni la ausencia de motivos evidentes pone a la policía municipal a salvo de sospechas. Aun más aterrador es que la divergencia de dictamen entre dos médicos forenses —dos «científicos»— coincida siempre con los intereses enfrentados de las partes a las que respectivamente representan. El escrúpulo de la objetividad es incluso anterior a la honradez: es condición de posibilidad de ésta; quien no lo tenga no puede ni tan siquiera aspirar a ser honrado.

(*Liberalismo*) Al conocer las preocupaciones preelectorales de algunos liberales, como, por ejemplo, José María Cuevas («... se aplazarán las decisiones económicas y sociales hasta que pasen los comicios y sobre todo las decisiones más impopulares, que suelen ser casi siempre las más necesarias», *Diario 16*, 1-IV-93) o Pedro Schwartz («Aun más importante será que sepamos los votantes si los populares se atreverán a tomar medidas impopulares aunque necesarias; una vez instalados en el gobierno, especialmente en el campo presupuestario y económico», *El País*, 28-1-95), uno se extraña de que tal clarividencia sobre la inevitable concomitancia de lo necesario con lo impopular no les lleve a la inmediata conclusión de que el mayor enemigo del mercado, y por lo tanto de la prosperidad de las naciones, es el sufragio universal.

(*Para Savater*) Lo que uno más teme del universalismo político no es su efecto en la amistad, sino en la enemistad: la amenaza de radicalizar —al elevarlo «a escala planetaria», como diría un periodista— precisamente lo mismo que reprocha a los nacionalismos: la identificación de «extraño» y «enemigo». Cuando esa nueva y única pertenencia abstracta de la universalidad llegase, como es muy de temer, a constituirse en criterio excluyente de *lo humano*, la condición de extraño podría absolutizarse hasta el extremo de considerar «no humanos» a quienes no se integrasen en su «Cittè del Sole».

(*Figura de esperanza*) Cuanto más se vacía de existencias la almoneda de esta gran liquidación más tardan en venderse aquellas últimas, desportilladas baratijas, casi invisibles en la sombra polvorienta de lo más hondo de los anaqueles.

(*¿Causalidad, o casualidad?*) Contra más cachivaches vienen juntando los hombres para comunicarse, menos parece que tengan que decirse los unos a los otros. Aunque también es posible que nunca hayan tenido mucho que decirse y sólo ahora la sobra de medios los pone en evidencia.

(*Españolez*) Uno de los rasgos característicos de la españolez es el de que los españoles nunca oyen nada que les merezca decir: «Es falso», sino tan sólo cosas de las que decir: «Es total, absoluta y rotundamente falso».

(*Liberales*) Mi habitualmente comedida antipatía por la democracia liberal se trueca a veces en exasperación ante el histriónico espectáculo del contribuyente poseído de sí mismo, ese sujeto asocial y degradado que toma como un agravio a su persona cualquier inesperado contratiempo y se pone a bramar cargado de razón y henchido de ira santa: «¡Yo pago mis impuestos!». Toda su vida pública se ha reducido al nimio papelón de cierto tipo de cliente siempre pronto a saltar como un resorte para exigir el libro de reclamaciones ante la más pequeña deficiencia.

(*Anarquistas de pago*) Podría decirse que el contribuyente viene a ser más o menos como alguien que, habiendo renunciado a la ciudadanía, se hubiese olvidado de que fue por eso por lo que accedió a pagar, o sea para poder desentenderse de los negocios públicos (casi como en el Islam judíos y cristianos se eximían por el tributo de los deberes del muslim) y hoy creyese que paga para ser bien servido, para que Iberia, por ejemplo, no le falle nunca.

(*Anarquistas de balde*) ¡Y pensar que antaño me indignaba la indiferente abnegación de aquellas gentes inagotables en su soportación con las calamidades de la Renfe!

(*Hacienda somos todos*) ¡No nos vengán ahora con ficciones! Ni siquiera los accionistas de una empresa privada pueden hoy ya decir que son la empresa; tienen

tan poco que ver con ella como con un caballo por el que hayan apostado, a veces con más fiable información, en las carreras.

(*De la tortura*) Un funcionario de Orden Público puede cometer tres clases de delito: 1. *Común* (robo fuera de servicio), 2. *Para-profesional*: uso de sus atribuciones en beneficio privado, 3. *Profesional*: uso desinteresado —salvo afán de hacer méritos— de medios ilegales para logros de su papel de funcionario. Diré de paso que, sumando estas tres clases, tal vez resultaría revelador comparar la media estadística de delitos de tales funcionarios con la de la población total; mucho me temo que la de los primeros arrojaría una cifra superior. Pero el delito *profesional* —que va desde el tan frecuente abuso de la «discrecionalidad», pasando por el casi sistemático encubrimiento por solidaridad corporativa o protección del prestigio del Cuerpo y aun del propio Estado, hasta la tortura— se distingue por el rasgo capital de *ser congruente con las funciones propias de la Policía y con los fines del Estado*, con lo que el mero delito subjetivo trasciende en manifestación del mal objetivo, de la Bestia impersonal que siempre acecha tras el monopolio de la violencia legítima, sin que toda la historia del Derecho, que ha venido queriendo amordazarla, haya bastado para impedir casos como el de la civilizadísima Argentina. Don Francisco Tomás y Valiente (El País, 3-4-95), al igual que Hannah Arendt, ha visto la tortura como una inhumanidad mayor que el homicidio.

Dante la hizo esencia del Infierno. Ya es una aberración el que la ley repunte la tortura por sí misma como algo mucho menos grave que el asesinato, pero aun más allá de su siniestro aspecto de culpa personal está el terrible potencial del mal anónimo que asoma en ella, como una bocanada del Infierno. Quien combina el indulto con la ya demente indiferencia de la ley hacia el delito del torturador, muestra, así pues, la más temeraria irresponsabilidad frente al tenebroso aspecto del mal impersonal de la tortura en cuanto obra objetiva del Estado.

(*Mentira y ley*) La policía es el portillo imposible de tapiar —salvo sofismas *ad hoc*— del «Estado de Derecho». Ya la acción física (violenta), al moverse en el continuo espacio-temporal, se hace irreductible a la noción jurídica de «regla» (discontinua, de «sí o no») y sólo admite ponderaciones prudenciales (estimativas, de «más o menos»), tal como reconoce el concepto policíaco de «discrecionalidad». Pero además, el policía es el único funcionario con facultad legal para mentir: la legalidad —o impunidad, si se prefiere— del mentir del policía en el interrogatorio, en cuanto correlato de la impunidad del sospechoso que miente en defensa propia, es como una fractura que la Razón de Estado produce en el Estado de Derecho. Tal entredicho debería turbar la confianza en éste, al suscitar esta perplejidad: ¿Es la mentira la que es metida dentro del Estado de Derecho o es el policía el que es

autorizado a salirse de él, para poder ir a buscar al delincuente en su terreno? Ambas respuestas van a dar en aporías. La policía es, así pues, también en la palabra, dúctil, viscosa, tanteadora del terreno y a cada instante reajutable al movimiento de su objeto, y se nos muestra por segunda vez, ahora en sentido traslaticio, inmersa en el «más o menos» de un continuo deformable, y, en fin, irreductible a la discontinuidad de lo jurídico. El instrumentalismo físico y verbal de esta *souplesse* abre las fauces de la «injusticia conveniente» para otras más graves formas de *discrecionalidad* y más crudos arbitrios de *excepcionalidad*, desde los que prolongan el género de la mentira, como el encubrimiento protector de un prestigio necesario para no demostrar debilidad ante el delincuente, hasta los de la violencia física secreta. Tan evidente es la heteronomía entre Estado de Derecho y Policía que sólo la ignorancia más supina puede aceptar la aberración de haber fundido en uno los ministerios de Justicia y de Interior.

(*Gabilondo*) Tiene razón Arcadi Espada al decir que la pregunta de Gabilondo era ficticia, porque sólo tenía una respuesta posible. Pero no siempre hay que despreciar los simulacros. Si la pregunta explícita era, en efecto, una ficción, no lo era a mi entender el contenido implícito del mero acto de hacerla, que podría ser éste: «Diga delante de las cámaras si se cree usted por encima de que yo pueda hacerle aquí públicamente esta pregunta»; y, cualquiera que fuese la respuesta explícita, el mero acto de responder, como tal acto en sí mismo, implicaba a su vez por parte de González la aceptación de que no se consideraba por encima de una pregunta semejante. Empezando así, con «la primera en la frente», Gabilondo puso a González en su sitio, en el sitio que, a su juicio, tenía que exigirle para dar a la entrevista la única forma de validez que, en tanto que inevitable simulacro, podía justificarla: en el sitio de cualquier otro sospechoso interrogado. Si yo fuese un demócrata, en modo alguno tendría por ociosa esta comedia, sino por muy oportuna y hasta edificante.

El que en las juras de Santa Gadea Alfonso VI pudiese cometer perjurio no menoscaba el valor institucional del hecho de que el rey mismo, en cuanto sometido a la isonomía y la isegoría de la democracia medieval —sólo vigente entre el estamento nobiliario, pero incluyendo al rey—, pudiese ser obligado a responder de sus acciones. De modo análogo, el gran mérito de Gabilondo —a despecho del carácter de ficción de la entrevista y del posible motivo del entrevistado— está en haber dado al público esta muestra de que un jefe de gobierno también está sujeto a verse interrogado por un «simple» periodista. Alguien dirá: «¡Sólo faltaba que no lo estuviese!»; eso es, en efecto, lo que se supone de derecho, pero no está de más, en modo alguno, y menos en un caso tan vidrioso, que se demuestre de hecho.

(*Cincuentenario*) El motivo más firme para celebrar los 50 años de la ONU viene a

ser *mutatis mutandis* el mismo que los monárquicos españoles solían esgrimir tal vez desde los tiempos de la Primera República para encarecer lo benéfico de la existencia de la Corte con sus fastos y gastos: «¿Y toda la gente que podía comer sólo gracias al trabajo que daba?». El ejemplo más antiguo en favor de la idea liberal de que los vicios privados son virtudes públicas nos lo ofrece el boato de las cortes reales o imperiales. ¿Qué fue sino el capricho cortesano de las ropas de púrpura lo que hizo la riqueza y la ventura de aquellos «codiciosos marinos que en su negro bajel llevan mil fruslerías» («La Odisea», X V), que fundaron Cartago y rebasaron las Columnas de Hércules? Pero la merma paulatina que ha supuesto en los dos últimos siglos la decadencia de los caros pero siempre benéficos vicios palatinos ha ido siendo, por fortuna, remediada por el creciente esplendor de las burocracias privadas, públicas y hasta internacionales. En lo privado, el listón del «mínimo decoro» exigido en un ente financiero que no busque la ruina no sólo está hoy más alto que el de cualquier industria (que por lo demás tampoco puede ya casi permitirse el clásico modelo de naves en forma de dientes de sierra con techumbre de zinc o de uralita y, por toda oficina patronal, un garitón acristalado y de tarima a la derecha de la entrada), sino que iguala a veces, en mármoles y bronce, banquetes y retretes, la antigua magnificencia de las cortes. Y en lo público, en fin, ¿cómo no bendecir, por encima de cualquier administración nacional, la grandeza y providencia de la ONU, sea por sus imponentes palacios oficiales, sea por la incalculable cantidad de empleados que ha venido ocupando y el inmenso caudal de dinero que con ello ha dado a ganar en los países protectores —ya que no tanto, quizá, en los protegidos— a lo largo de sus 50 años de vida? ¡Viva, así pues, el despilfarro ostentatorio que a tantas gentes «ha dado de comer»! No entienden la concepción moderna y liberal de una Institución de Beneficencia los que no saben que sus beneficios no son para los beneficiarios, sino para los benefactores.

(*Dos estilos*) El de A. es el del confeccionador de pinchitos morunos. Con la zurda alza en ristre el pequeño asador todavía desnudo; bajo la diestra tiene la fuente con las presas de carne y de entrañas ya adobadas. Coge la primera presa y la enseña: «¿Quién tiene la culpa de que España bla bla bla?» y acto seguido la ensarta en el pincho: «Usted, señor presidente». Levanta otra presa: «¿Quién es el responsable de que el paro bla bla bla?», y la ensarta: «Usted, señor presidente». Y así hasta la última: «¿Quién ha roto la chocolatera?», para ensartarla con un acorde dos octavas más bajo y más definitivo, como un calderón en que gravita y se resume todo el peso acumulado: «Usted, señor presidente».

El de G. es el del albañil apresurado y chapucero. Ya antaño la consecuencia lógica entre proposiciones sucesivas, o sea el concierto entre ladrillos contiguos del tabique, sonaba a veces sospechosa, pero su habilidad hacía difícil descubrirle los pasos marrulleros. Hoy renuncia a disimular que los ladrillos no van debidamente

casados por sus juntas y lo que hace es que monta de cualquier modo un ladrillo sobre otro, quizá tan mal casado que se caería al instante, pero simultáneamente ¡zas! le arrea por el costado una generosa paletada de cemento dialéctico: «Por consiguiente...», tapando todo posible desacuerdo de las juntas, o inconsecuencia entre proposiciones, y confiando la sustentación de los ladrillos y del tabique entero a la cohesión externa y lateral de ese enfoscado de «por consiguientes». O tal vez sea que ha ido perdiendo aquella seguridad y confianza lógica y ya no sabe cuándo media una siquiera aparente consecuencia entre dos frases sucesivas y, por si acaso, les aplica sistemáticamente por el lado su buena capa de *porconsiguiente*, una argamasa que no por ilusoria deja de resultar confortativa.

(*Cacahuets para el mono*) Nuestro siempre querido y benemérito, ilustrado, huecograbado, grapado, encuadernado, tricornudo y charolado diario monárquico de la mañana, el último día de los Juegos Olímpicos de Atlanta, se complugo en regalarles magnánimamente a los negros el más cabal y efusivo reconocimiento de su notable superioridad para una amplia gama de deportes, como las principales modalidades de atletismo, el baloncesto, el fútbol y alguno que otro más, dedicando a «la negritud», como la llama, sin especificaciones nacionales, nada menos que la portada, el editorial pequeño y una doble página interior. Y, en efecto, parece haber una especial configuración anatómico-fisiológica de la raza negra que la capacita más que a otras para una gran parte de las destrezas físicas, con la notable excepción de las artes natatorias, donde —según he oído decir, aunque no puedo asegurar si es cierto— debe su señalada inferioridad respecto de los blancos u otras razas a la mayor ligereza de sus huesos, por la que arrojaría una relación peso-volumen inapropiada para el agua, o, dicho brevemente, *flotaría demasiado* para poder aspirar a «la excelencia» —como ahora gustan de decir— en natación.

Pero, con su generoso reconocimiento de la superioridad física del negro para la mayoría de los deportes, el director de nuestro siempre querido y benemérito no deja de hacer gala de su ejemplar falta de prejuicios raciales («La nueva situación política internacional, que unánimemente condena toda forma de racismo, ha conducido felizmente a la desaparición de viejas discriminaciones» —leemos en el breve editorial), casi como podría igualmente hacer gala de su falta de prejuicios sexuales o machistas reconociendo, con no menor magnanimidad, la notable superioridad de las mujeres no sólo para la gestación y la lactancia, o aun para las labores de punto o de ganchillo, y para la administración doméstica, sino incluso para la gestión de centralitas telefónicas y hasta para la taquigrafía, la mecanografía y la estenotipia. A diferencia del racista Hitler, que rechinaba los dientes de pura indignación ante los triunfos de Owens en los Juegos Olímpicos del 36, nuestro siempre querido y benemérito reconoce noblemente, sin prejuicios raciales, las excelencias de la negritud allí donde las tenga y manifieste, siguiendo, por lo demás, la acrisolada

tradicción castellana y portuguesa, que desde el siglo XVI supo apreciar la enorme superioridad del negro, en cuanto a capacidad de esfuerzo y de tesón, disciplina de trabajo, sentido del deber y espíritu de sacrificio, respecto de otras razas, y valorar debidamente su extraordinaria rentabilidad en las duras tareas de la esclavitud y en la grandiosa epopeya de la colonización de América.

(*Tópicos: El peso de la Historia*) La Gran Estación Central tenía cinco bóvedas de hierro; la de enmedio, altísima, para seis vías, las adyacentes, un poco más bajas, con cuatro vías cada una, y más bajas que éstas, las de los extremos, con dos cada una. De manera que hasta dieciocho trenes podían partir o llegar al mismo tiempo hacia o desde otras tantas capitales europeas, aunque dudo de que la antigua Imperial Compañía de Caminos de Hierro, hoy simplemente Ferrocarriles del Estado, se hubiese decidido a meterse alguna vez en tan complicado alarde de organización. Pero, por muy ajeno que uno fuese a la magnificencia, la magnitud de la estación no dejaba de imponerle en el alma la fugaz tentación de haberse visto jefe por un día, digamos en unas vísperas de Navidad de 1910 o 1912, con el trompetín de latón y el banderín encarnado, para poder darse el gusto de armar una exhibición de eficiencia y de grandeza ostentatoria como la de dar la salida a dieciocho trenes a la vez. Las gesticulaciones imperiales, como era el caso de aquella estación, meten en la cabeza de los más humildes súbditos o visitantes fantasías aun mayores que las que sería realmente posible llevar a cumplimiento, pues la expresión de poder excede siempre a la realidad del poder mismo.

Soy un apasionado, sin ser un entendido, de la arquitectura de hierro ferroviaria, pero enseguida pensé que en ese tipo de estructura no había razón para aquella sucesión de tres alturas simétricamente escalonadas de dentro a fuera, pues un arco o una bóveda de hierro no es gravitatoriamente ni, por tanto, en sentido arquitectónico, un *arco o bóveda*, al carecer de un empuje lateral en los arranques capaz de justificar aquella gradación de contrafuertes, y no pude por menos de sonreírme entre dientes, no sin alguna suficiencia, al creer adivinar la intención del arquitecto: había querido evocar las cinco naves de una gran catedral gótica. La pintura del hierro, verde oliva oscuro, no estaba descuidada, ni el aseo de los andenes, pero era imposible evitar que la tal vez ya sólo imaginaria pátina de hollín secular prevaleciese como una huella impalpable en cada centímetro cuadrado y suscitase, al chasquear la lengua, la sugestión de su sabor a monóxido carbónico.

El *hall*, en cambio, con una atmósfera más pura y fría, resplandecía con sus enormes pilastras de mármol verde jaspeado, combinadas en los lienzos de pared con cuarterones y metopas biselados de un mármol rojo herrumbre vetado de ramitas blancas escarchadas. Tuve la impresión de que los cuatro empleados de uniforme negro adornado con orlas y galoncillos de pasamanería plateada y tocados con gorras de visera de copa estrecha y blanda que recordaban las de los obreros de la revolución

soviética, y que iban y venían, cruzándose dos a dos en el centro del gran *hall*, empujando lentamente sus anchos escobones recubiertos de bayeta humedecida, formaban un servicio permanente —llegué incluso a dudar si con turnos de relevo— las 24 horas del día y todos los días del año, desde la finisecular puesta en servicio de la Gran Estación Central.

Esta, fiel a su nombre, accedía directamente al centro. Tuve el capricho de alquilar un coche de caballos descubierto, para dar una primera ojeada a la ciudad, y enseguida empezó a crecerme un sentimiento de rara antipatía ante la sucesión de enormes palacios, perfectamente contruidos pero los más carentes de expresión que yo hubiese visto antes en otra ciudad alguna: lo único que, ciertamente, podía decirse de ellos, para el que sepa apreciar tal cualidad, era que tenían lo que se llama «empaque», y nunca más exacta la palabra. Pero el aburrimiento y la aversión que ya me iban calando las entrañas se distrajeron de pronto cuando a los diez minutos de paseo me di cuenta de que habíamos venido cruzándonos con un desusado número de estatuas ecuestres de bronce. Fuertemente picado por la curiosidad, no tuve más remedio que pedirle al cochero que volviésemos hasta la primera y que me llevase a ver, una por una, todas las que hubiese en la ciudad, y ya no pude prestar atención a ninguna otra cosa en este mundo más que a los caballos de bronce. Tan imperiosos se mostraban, que no parecían haber sido erigidos en el medio de edificaciones preexistentes, sino que éstas hubiesen sido levantadas después en derredor. Eran 42; tardamos más de cuatro horas en recorrerlos todos, y fue como un delirio, como un éxtasis, como una borrachera: a veces me sentía como hipnotizado, a veces estallaba en casi neuróticas carcajadas: «¡Otro, otro!» y en algunos momentos me sentí extrañamente turbado, como con una punzada de congoja. Generales con el sable desenvainado y apuntando al cielo, coroneles con el caballo de manos y enarbolando la bandera, coroneles con el caballo lanzado, el sable tendido hacia adelante y la cara semivuelta hacia los suyos, con la boca abierta: «¡A por ellos!», mariscales con el caballo al paso, exhausto tras una larga y cruenta jornada victoriosa, ancianos mariscales con el bigote unido a las patillas, el caballo quieto y firme sobre sus cuatro patas, el sable envainado y las manos una sobre otra reposando en el arzón, erguidos en todo lo alto de su gloria y dignidad... ¿Cuántos no habrían sido ya una vez caballos griegos o helenísticos, después cañones otomanos, y finalmente, fundidos por tercera vez o refundidos por segunda, caballos imperiales? El último de todos estaba en una plazoleta de gravilla rodeada de grandes plátanos, en un parque apartado y solitario todo él cercado por una interminable verja de hierro fundido pintada de negro con ribetes de oro y rematada en lo alto con perfiles de cabeza de águila. Era el menos solemne y de más bajo pedestal —un promontorio ovalado de caliza cárstica tallada en bruto, como imitando roca, que emergía del centro de una estrecha cinta de agua, en la que flotaban los nenúfares—, pero quizá el más capaz de suscitar el fervor patriótico de los muchachos: un oficial de lanceros, un joven héroe arrebatado sobre un caballo loco con la crin despeinada y suelta al viento, al revolver

temerariamente, desde el fondo de la carga, de nuevo contra el enemigo y, de eso no cabía duda, hacia la muerte.

Al salir del parque y cuando dos elegantes guardianes de uniforme y con guantes de gamuza que se disponían a cerrar la gran cancela —en la que los perfiles de cabeza de águila que remataban el larguero interno de cada una de las dos hojas vendrían evidentemente a juntarse, nuca contra nuca, cuando el chirriante giro se plegase del todo sobre la posición cerrada— nos saludaron con una leve inclinación de la cabeza, me sentí de súbito totalmente agotado bajo la imponente carga de experiencia del ayer acumulada y concentrada en unas pocas horas, y, aunque a la vez absolutamente insomne, pedí ser llevado directamente al Hotel Términus, que estaba, tal como es de rigor, anejo a la estación, y, sin poder tan siquiera aflojarme la corbata, me tendí en la cama y apagué la luz, y me quedé inmóvil, con las manos debajo de la nuca y los ojos abiertos hasta la exoftalmia, clavada la mirada, creyendo acaso ver en el grasiento techo, rayado por la luz de cebra de la persiana mal cerrada y a los rítmicos golpes de un semáforo fijado en amarillo intermitente que subía desde la acera, una tras otra las sombras instantáneas de todos los caballos que había visto o incluso hibridaciones de los unos con los otros en una combinatoria interminable y sin que mínimamente me sobresaltase el repentino estruendo de los trenes que a intervalos cruzaban la estación, hasta las cinco y media de la madrugada, en que salía el primer expreso, que tomé sin vacilar, con esa controlada rigidez mecánica del borracho aún consciente de que puede medir mal sus movimientos y perder en cualquier momento el equilibrio, de tan conmocionado y sobrecogido como estaba por el estupor de haber visto en el solo giro de una tarde mucho más de cuanto habría creído posible o soportable llegar a ver en este mundo.

(Nominalistas) Sospechoso es tanto empeño en infamar de flatus vocis el claro y limpio soplo de los nombres comunes que sólo el fétido aliento de sus nombres propios de persona, de perro o de caballo ha conseguido confundir y envenenar.

(Positivistas) De los nombres propios pretenden hacer palabras y de los comunes cosas o fetiches.

(La Blanco White Ltd. Society) Como si nouviésemos ya bastante con la que tenemos, andan buscando otra España Auténtica, y para mayor desgracia todavía más auténtica que la que hay.

(Sobre el perdón) El piadoso Ismail de Lucena, Alfalásif, retomó de los judíos este

precepto: «No perdones nunca, el que perdona inculpa por segunda vez; sólo de Alá es la llave del perdón».

(Progreso y libertad) El que no puede parar está tan quieto como el que no puede andar y el que no puede andar no está más quieto que el que no puede parar; sólo el quieto que puede andar está realmente parado y sólo el que anda pudiendo parar está realmente andando.

(Justicieros) Procurar la justicia no tendría que ser lo mismo que impedir la impunidad. Y entonces, ¿es que no se trataba más que de castigar? ¿De castigar y castigar y eternamente volver a castigar? ¿Eso era la justicia? ¿No ha de quedar nadie impune alguna vez para que pueda dar razón de ella? ¿Para que dé testimonio de la horrenda faz de Dios?

(Enmienda) ¡Mejor todavía: que no inventen ni ellos!

(La venganza) La venganza se sacia acumulando contra el ofensor méritos suficientes para hacerse o haber sido merecedor del agravio padecido. El orden de sucesión suele esgrimirse como un eximente, pero a lo sumo no es más que un atenuante, y un atenuante puramente visceral.

(Siglo XXI) He aquí que finalmente nos hallamos en perfectas condiciones de adivinar literalmente, sin temor a equivocarnos, lo que pondrá en la última pintada de la última pared que quede en pie en toda la historia de la especie humana: «¡Qué vergüenza!».

(Verano del 43, cine Chueca, sesión continua de 4 a 10, 4 películas, 2 pesetas) Antes de acabar de dejar por imposible el cine, hará unos 10 años, y quitarme para siempre de él, he visto muchísimas películas y algunas hasta algo buenas, pero ya sólo quiero recordar «Tiempos modernos, La quimera del oro» y también «El año pasado en Marienbad».

(Marienbad) Todos los veraneos eran siempre el año pasado, su reiterativa, constante, rememoración. Qué escrupulosa, precisa, fidedigna y bien explicada interpretación de

un grupo escultórico; ella debió de quedar muy admirada ante su perspicacia. La terrible mortificación de la terraza de la balaustrada: estaban allí de pie, todo el grupo, conversando, a seis metros de él, y hasta ella lo miró por un instante, como de soslayo; fue espantoso. Pero ¿cómo se sentaba a los pies de la cama? ¿Era así? No, no era así. ¿Así entonces? No, tampoco era así. ¿Y así? No, no, era de otra manera, de otra manera. Cien maneras de sentarse al borde de la cama, una tras otra en el recuerdo, todas fallidas, ninguna verdadera. Como tampoco es verdad que acabase marchándose con él; eso es lo que él quería que hubiese pasado el año pasado, que vuelve a querer que hubiese pasado cada vez que rememora. ¿Por qué, si no, seguir insistiendo inútilmente, repetir y volver a repetir indefinidamente el año pasado? No se trata de convencerse a sí mismo, eso está casi al alcance de cualquiera y de nada serviría; es al año pasado al que él se obstina en convencer. Tras el muro invencible del ayer lo cierto es que ella se quedó.

(Parentesco) El perrito sentado sobre las patas traseras tiritando de frío junto al aldeano inmóvil sentado con las piernas extendidas en mitad de la pradera y al que el escudero se acerca a preguntar en «El séptimo sello» es sin duda el tatarabuelo del que viene trotando entre las patas del caballo en «El caballero, la muerte y el diablo».

(El neohumanismo científico español) La coincidencia más asombrosa entre el año en curso y el de 1898 es el que ambos terminen en 98 y, por si fuera poco, el que haya pasado entre ellos exactamente un siglo. Resulta prácticamente inimaginable que semejante coincidencia, capaz de desafiar cualquier cálculo de probabilidades pudiese deberse a un puro azar. Ha sido, por lo tanto, una laguna lamentable en la gran tradición de la racionalidad histórica el haber desatendido hasta hoy hechos así, sin tratar de encontrarles algún significado por muy oculto que a primera vista pudiera parecer. Este es el fundamento científico, more mathematico, del que ya empieza a conocerse bajo el nombre de «método histórico efemeridiano».

(.Precaentamiento para los mundiales) Lo más incomprensible de los patriotas y los hinchas del deporte, que a la postre adolecen del mismo síndrome mental, es que no caigan en la cuenta de lo a mano que tienen el remedio (que les privaría del pretexto para forzadas satisfacciones ilusorias, pero también les ahorraría otros tantos disgustos igualmente innecesarios), ya que les bastaría con pararse un momento y preguntarse: «¿Pero a mí qué más me da?». Ya querrían los dipsómanos o los fumadores que les fuese tan fácil quitarse del alcohol o del tabaco.

(*Discordias sobre la enseñanza de la historia*) El patriotismo es el *delirium tremens* de los que se emborrachan con ese infecto aguardiente de alcohol de quemar que es la «conciencia histórica». Pero el solitario histrión que a altas horas de la noche acaba por sacar la vieja y negra pistola y poniéndola con un sonoro golpetazo sobre el mármol del mostrador del bar se vuelve hacia los atónitos clientes de las mesas y les grita «Viva España» es, a despecho de las apariencias, un residuo anecdótico mucho menos peligroso que los sabios alquimistas que ahora con nuevos sabores ajustados al gusto de los tiempos andan riñendo por redestilar en sus alambiques ontológicos el venenoso bebedizo.

(*Para Rosa Rossi*) Anoche he sentido una fuerte emoción al leer, citadas en un libro, estas palabras de Teresa de Ávila: «En lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir». El pobre pícaro de aquellos tiempos creía que en la mudable confusión, en la ruidosa y agitada sinrazón de cuanto lo rodeaba, aprendía a vivir, adquiría lo que hoy llaman «experiencia del mundo». A semejanza de él, el marginal del siglo xx que aprende a bandeárselas y logra, siquiera sea precariamente, «salir adelante» dentro del medio dado, proclamando que «la calle le ha enseñado todo lo que sabe de la vida», toma por experiencia lo que al igual que el «savoir-vivre» de su contrafigura, el burgués acomodado, no es más que claudicación ante «la lógica de las cosas», o sea cruda *adaptación*, que viene a ser exactamente lo contrario que *experiencia*, pues adaptar y acostumbrar la mirada al «mundo como es» es, a la vez, cegarla para ver «cómo es el mundo». Con su «no sé vivir», Teresa de Ávila expresa el extrañamiento del mundo y de la vida, el sentimiento de alienidad, de distancia y de vulnerable desnudez con respecto al medio dado, sentimiento de intemperie, que es justamente el solar raso sensiblemente receptivo a la experiencia. Hoy, lo mismo que en el siglo xvi, en todo «saber vivir», ya sea de siervos o de señores de la calle, hay objetivamente como una especie de coágulo obstructor, de indisoluble trombo circulatorio de estolidez o de encanallamiento.

(*Los realistas*) La «testarudez de los hechos» es una proyección sobre lo externo de la mucho mayor testarudez interna de ciertas mentalidades perezosas que se sienten felices de tener en «los hechos» algo a que aferrarse, o de algunas a las que incluso les da vértigo la sola idea de soltarse de manos del manillar de bicicleta de «los hechos».

(*Ortegajos: «el proyecto vital»*) Mundo feliz aquel en que los niños no entendiesen ni

aun remotamente la pregunta capital del verdadero corruptor de menores: «Y tú, ¿quieres ser de mayor?».

(*Buñuelesca*) De cada una de las pilastras que flanqueaban la nave central y de cara a las dos filas de bancos para los feligreses colgaba un letrero impreso que decía: «Se ruega que paren de hacer punto, crochet, ganchillo, etcétera, durante el acto de la Consagración».

(*De vexillis, 1*). —La bandera no es más que un mero símbolo.

—Mero símbolo, mero símbolo... ¡De tales «meros» nos guarde Dios!

(*De vexillis, 2*). —Las banderas no son más que retales de tela coloreados.

—Ya, ya, coloreados... ¡Coloreados por el Diablo!

(*Ultima ratio, 1*) El ojo de la Razón tiene en el fondo un punto ciego por el que entra la noche. Ese nadir es la aporía de una Razón completa.

(*Ultima ratio, 2*) Que una Razón que pretendiese ser completa se trocaría toda ella en Sinrazón acertó a adivinarlo la sabiduría talmúdica al establecer la norma judicial de que cuando un acusado recibiera un veredicto de culpabilidad por unanimidad de votos sería *ipso facto* declarado inocente.

(*Arma verbal*) La palabra «nihilista» bien pudo ser, al cabo, una invención de los apóstoles del Todo para insultar a los que se negaban a dejarse aniquilar: lo que se resistía a ser fagocitado por el Todo no podía ser más que vomitado hacia la nada.

(*El progreso*) Un periodista amigo mío, especializado en eso que llaman «periodismo científico», o sea dedicado a dar cuenta de las diversas novedades e invenciones de la ciencia o la tecnología, me contó un día cómo se había desengañado y había abandonado de repente la especialidad: «El terrible *quid pro quo* del progreso lo percibí, y digo literalmente *percibí*, por experiencia directa y del modo más dramático cuando me invitaron a la prueba de un nuevo hiperhelicóptero superperfeccionado. ¡Horroroso! Se elevó prodigiosamente de un respingo hasta unos 25 o 30 metros de altitud y de pronto la gran hélice pues que empieza a girar cada vez más despacio,

más despacio, hasta quedarse completamente inmóvil en el aire, y nosotros debajo en la cabina, colgando del eje, que al mismo tiempo empezamos a girar cada vez más vertiginosamente: el progreso, suspendido de modo inamovible y de una vez por todas sobre las cabezas de los hombres, los zarandea y centrifuga como la turbina de una atracción de Luna Park. ¡Escalofríos me dan tan sólo de acordarme!».

(*Port Aventura*) Nada demuestra de modo más cruel el patético extremo de aburrimiento a que ha llegado la moderna gente como el hecho de que logre divertirse con las mortalmente aburridas diversiones de pago que les ofrece la cada vez más rentable y opulenta industria del ocio.

(*Testimonio de nunca*) Cuando oigo las canciones irresistiblemente alegres de un ayer remoto me pregunto si ha habido alguna vez tanta alegría, y pienso que sólo la ha habido en las canciones mismas, como alegría de esperanza, y hoy seguimos oyéndola tan sólo en ellas, como recuerdo de alegría de esperanza.

(*Antipícaro*) No dejes que la vida ni la calle te enseñen nunca nada; esas sucias y ruidosas maestras, llenas de astucia, vileza y confusión.

(*De consuetudine, 1*) Resistámonos con todas nuestras fuerzas a acostumbrarnos a ninguna cosa; la costumbre es una nana que convierte la atención en distracción y la vigilia en siesta.

(*De consuetudine, 2*) Tras ninguna pantalla se esconden tantas cosas como tras la costumbre.

(*Alonsanfán*) La verdad de la patria la cantan los himnos: todos son canciones de guerra.

(*Antisócrates*) «Conócete a ti mismo»; ¡sí, hombre, como si no tuviera una otra cosa en que pensar!

(*Último trance*) A ti, pequeño babuino chillón, que tienes en don de ira lo que te falta

en fuerzas, a ti te toca, cuando venga el leopardo de la negra razón, no decir vade retro vade retro, sino plantarle cara y aguantarle la mirada.

(De veritate, 1) El averiguar es siempre retrospectivo, vuelve de la experiencia en acto, remontando el río, como el que ve una rama de avellano que viene flotando en la corriente y se dice: «Vayamos aguas arriba, a buscar ese avellano».

(De veritate, 2) La verdad es la estatua de sal del conocer que se detiene; pronto la lluvia la disolvería si los ojos del miedo no se empecinasen en verla hecha de piedra.

(Las preguntas de la vida) La idea de la muerte halló a menudo el favor de los filósofos, tal vez por parecerles un asunto apropiado para colmar su afán de ser trascendentales; los poetas, por su parte, la frecuentan como un comodín siempre a mano —como esos restos tan socorridos para la noche en que no hay nada que cenar— para servir de espejo en que cebar su nunca satisfecho narcisismo; a los hombres comunes y sencillos lo único que les preocupa de la muerte es no perder la compostura.

(Aquella helada noche de Estocolmo) Ejemplo de sencilla elegancia, de humilde compostura —tan espontánea que cualquier imitador sería un afectado—, lo dejó Descartes diciendo: «Il faut partir».

(Fariseísmo) El virtuoso es un financiero que amasa una fortuna con las deudas contraídas por los malos con sus maldades, ya sean agravios contra él o, mejor todavía, contra principios que él tiene enmarcados en la orla de las virtudes, o «valores», como ahora gustan muchos de decir. Su gesto característico es hacer muestra ostentosa de escandalizado, ya que este explícito acuse de recibo es trámite obligado para que cada nueva renta de maldad ajena quede ingresada a su favor; y así acaba acumulando un envidiable «capital moral».

(Retroactividad glosa a Walter Benjamín) El destino es un invento de la desventura, como el pecado es un invento del castigo y el juez es un invento del verdugo.

(Dos gallinas ciegas) La Justicia y la Fortuna las pintan con los ojos vendados: ésta,

para que no vea la maldad del venturoso, aquélla, para que no vea la belleza del malvado.

(Fragmento de una carta de Yndias) «... y el niño venga siempre bajo tutela de vuesa merced que no lo pierda de ojo y lo más del tiempo que pudiere hacerse se esté en la cámara con su señora tía y las otras dos mujeres que no lo dejen de la mano ni amigar con marineros, que gustan subir los niños a cubierta y al castillo y puesto que lo hagan con buena voluntad de solazarlos mostrándoles la nao, que es para niños grande novedad y maravilla, y él tenga ya once años para doce, es todavía muy dócil e inocente y ellos al cabo son gente de la mar y muy remotos de su natural y hechos al mundo, que saben y dicen mil picardías y fealdades siquiera sólo por burlar, mas aun con eso siempre inconvenientes para oídas por un niño bien criado y enseñado en el temor de Dios bajo el buen celo de su abuela y tías en una casa honesta como la de mi hermano, que Dios haya consigo. Por su memoria me hará v.m. la de cuidar deste mi sobrínico Andrés a quien por padre me debo como a huérfano y con amor me obligo, que con palabras no sabría encarecerlo y más no habiendo sido Nuestro Señor servido de dárnoslos a mí y a mi mujer María de Luna, quien queda buena, sean a Dios las gracias, y mucho me encarga dé a v.m. sus encomiendas y une su ruego al mío de velar por el niño mientras durare la navegación que es harto larga y de no poca incomodidad, por más que en tales días como los que zarparán que han de caer hacia el solsticio del Bautista no suela serlo tanto, tal como por infinitas muestras de la bondad y buen entendimiento de v.m. he tenido después de tantos años, estoy seguro hará. Con esto ceso y no de rogar a

Dios que me los deje ver a v.m. y Andresico y mi prima Isabel Díaz y esas otras señoras, que ni sé los nombres, arribar a puerto salvos, donde quedo contando los días y las horas. V.m. tenga tanta salud como merece y Dios Nuestro Señor sea servido concederle y yo deseo. A mi señora doña Inés beso mil veces las manos y v.m. dará mis encomiendas. De Nombre de Dios, a siete días de febrero de 1589. Francisco Peña».

(Lección inaugural) «Señoras y señores: ni yo, que llevo cuarenta años pensando en él todos los días, ni mucho menos, por supuesto, ustedes llegaremos jamás a hacemos cargo de lo que es el desierto de Takla Makán. He dicho».

El aula magna, abarrotada de profesores, de alumnos y de familiares prorrumpe en un unánime y estruendoso aplauso.

(Plus ultra) La riqueza y, por lo tanto, el derecho de propiedad ya no se ve solamente como un derecho congénitamente inscrito en la naturaleza humana, sino como un

derecho que está más allá de la naturaleza viviente, animal y vegetal, e incluso más allá de la no viviente o mineral, para pasar a ser una categoría implantada en el orden cósmico; así al menos parece proclamarlo la formulación astronómica aparecida en los diarios de estos días: «Los siete países más ricos del planeta». ¿Hasta dónde quieren llegar las pretensiones del derecho de propiedad? Inversamente, ¿estamos expuestos a leer que la luna gira «alrededor del mundo»?

(De la justicia) Tras la preferencia de los hombres por las virtudes exactas, como la justicia, y el desdén por las inexactas, como la compasión, hay una forma radical de la crueldad. El origen de esa crueldad hay que buscarlo en el componente matemático y geométrico de la razón pitagórica y platónica. Cuentan que los pitagóricos se escandalizaron y se consternaron al tener que reconocer la inconmensurabilidad entre la circunferencia y el radio; apenas podían aceptar que la palabra «longitud» tuviese dos significados o dos metros absolutamente irreductibles entre sí según se aplicase a lo curvo o a lo recto, que es tanto como decir fisis y nomos^[11]. Tan sólo el genio de Aristóteles, al querer reducir la cruel rigidez del concepto de «justicia» mediante el de «equidad», propuso para ésta aquella deslumbrante figura de «La regla de plomo de los arquitectos de Lesbos», una regla dúctil capaz de amoldarse a lo curvo. Pero ya era tarde, porque la equidad venía sólo a añadirse como una enmienda a la originaria razón constitucional; ya se había puesto por delante la justicia de Procusto, que odiaba el más y el menos, tal como el ángel del Apocalipsis vomita de su boca a lo que no es ni frío ni caliente.

(Apéndice al anterior) El suelo natural, el supuesto necesario, de toda acción moral en tanto que moral no puede ser más que la impunidad. El horizonte del castigo convierte la acción moral en meramente justa.

(El Quijote) Toda estética es una antigua ética. (He ahí otra de las cosas que adivinó Cervantes).

(Un alma buena) Mi padre me contó cómo yendo una vez en un metro atestado hasta el extremo humanamente posible de apreturas, sus ojos se encontraron con los de un cura pequeñito que venía al lado de él, aun más agobiado y sudoroso que todos los demás a causa de la inferioridad de la estatura, y que mirándole con una sonrisa llena de dulzura y de soportación le dijo: «Así cupiéremos en el paraíso». Aquel corazón piadoso estaba dispuesto a aceptar que la Eterna Bienaventuranza fuese un lugar tan oprimente e incómodo como aquel vagón de metro con tal de que todos los hombres

se salvaran.

(*Fides et scientia*) Es cierto que la Iglesia, en el ejercicio de sus funciones de «diaconía de la verdad», mostró a menudo un exceso de celo frente a las teorías científicas, pero, en cambio, confió siempre generosamente y sin prejuicios en los conocimientos profanos puramente empíricos. Así lo demostraron, por ejemplo, Tertuliano y San Agustín, al acogerse a la experiencia de la Astronomía de su tiempo para convalidar como un milagro, y no como un eclipse natural, las tinieblas solares que sobrevinieron a la hora de la muerte del Salvador. Y el Santo Obispo de Hipona, con sus geniales observaciones empíricas sobre la incorruptibilidad de una pechuga de pavón cocido, y, por lo tanto, esterilizado (*Ciuitas Dei*, lib. XXI, cap. IV), llegó incluso a adelantarse en más de milenio y medio al descubrimiento de Pasteur. Esta misma carencia de prejuicios ante la ciencia empírica la ha demostrado la Iglesia, ya en el siglo xx, al confiar a los más prestigiosos laboratorios químicos el análisis de las aguas del Santuario de Lourdes, de tal suerte que, no habiéndose encontrado en ellas ni el más pequeño rastro de sales medicinales o cualquier otra clase de virtudes curativas, ha podido acreditarse y legitimarse, con las más exigentes garantías de rigor científico, la estricta naturaleza de milagro de las curaciones producidas mediante la inmersión de los enfermos en la laguna del célebre santuario.

(*Hay juegos y juegos*) La actitud de los católicos en contra de la propuesta de sustituir, para los alumnos que no quieran darla, la clase de Religión por la dedicación de ese mismo tiempo al parchís o al juego de la oca, se comprende perfectamente respecto del parchís. Es, en efecto, un juego carnicero, ferozmente competitivo, en torno al cual se engendran los más sordos y sórdidos rencores, los más perdurables odios familiares. Por el contrario, el rechazo de la oca sólo se puede comprender pensando que los católicos no reconocen ya sus propias representaciones, puesto que es evidente que el juego de la oca no es sino una bellísima alegoría del camino del alma hacia la salvación. No hay antagonismo entre los participantes; antes bien, un jugador puede rescatar a otro de la demora de un desfallecimiento que lo retiene en *la posada*, o sacarlo de *la cárcel* de algún vínculo demasiado humano, de *el pozo* de una mala pasión, de *el laberinto* de la duda o la incertidumbre, quedando él, generosamente, demorado, cautivo o extraviado en su lugar. Nadie destruye a otro como en el parchís, devolviéndolo al principio del arduo ascenso hacia la santidad; sólo *la muerte*, el pecado mortal, obra que un alma, incurriendo en ella por sí misma, pierda todo lo ganado, para verse de nuevo al principio del camino. Finalmente, las blancasocas son las buenas acciones, los actos de virtud, por los cuales el alma es llevada en volandas durante cinco jornadas de la vía de perfección y aun recibe la gracia que la impulsa para un nuevo lance. La santidad o la salvación, en la que el

alma ya no tiene que esforzarse, porque ya no puede pecar, es el estanque pintado en el centro, como final del recorrido, en el que la horizontalidad y la quietud se contraponen al esfuerzo y a las empinadas e inseguras revueltas del camino. Por la límpida superficie de sus aguas, rodeadas de siempre verde fronda, las ocas, almas al fin llegadas a la perfección y a su corona, se pasean flotando lentamente en el ocio de la felicidad finalmente alcanzada, revestidas en figura de virtud como las ocas de las buenas acciones del camino, cuya promesa cumplida representan, porque cada acto de virtud es una prefiguración de la santidad y la bienaventuranza.

(*El Aduanero*) La insípida *naïveté* de aquel pintor sencillo, Le Douanier Rousseau, estalló de pronto en verdadero genio cuando pintó la guerra como una niña descalza, despeinada, con una camisa blanca hecha girones y de ojos jubilosos y feroces, bajo el azul de un cielo luminoso y en medio de un campo verde cubierto de cadáveres.

(*Evidencia*) Éste es el nombre de la eternidad: Nunca Jamás.

(«*Siempre mañana...*») Si pasara ya el futuro de una vez, empezariamos a tener tiempo de hacer algunas cosas.

(*Determinismo*) Ya la jauría de las causas ha entrado en el jaral, ya se esparce veloz, escudriñando, olfateando, cada rincón del monte: ¡Huye! ¡Tú eres el ciervo!

(*Génesis del dogma*) La convicción no es la idea misma, sino la voluntad de defenderla; la persistencia de esa voluntad va envolviendo la idea como un caparazón hasta hacerla letra muerta, muda. El dogma es una idea puesta a callar, su última palabra, sin duda para evitar que siga hablando, por la flaqueza mental de querer alcanzar la certidumbre incluso a costa del conocimiento.

(*Con permiso de Ockam*) Como lo que ha pasado no puede dejar de haber pasado, la impresión que suscita: la de lo irreparable, tiende a arrimarse a la idea de «lo necesario», de modo que el sentimiento de que el ayer es irreparable se expone a contaminarse con el de que es necesario; en ese instante ya están puestos los dos términos para el fatídico salto de proyectar «es necesario» en un «era necesario»; entonces se abre de golpe la escotilla de los dos grandes demonios: el del destino y el de la providencia.

(*Glosa a Walter Benjamín*) Benjamín: «Pues a la pregunta: “¿Puedo matar?” sigue la respuesta inmutable del mandamiento: “No matarás”. El mandamiento es anterior a la acción, como la mirada de Dios contemplando el acontecer. Pero el mandamiento resulta —a menos que sea el temor a la pena lo que induce a obedecerlo— inaplicable, inconmensurable con respecto a la acción cumplida. Del mandamiento no se deduce ningún juicio sobre la acción [...] El mandamiento no es un criterio del juicio, sino una norma de acción». Glosa: El proceso que culmina en la Justicia es un doble reflejo que proyecta la norma de la acción como criterio para el juicio y retrotrae las reglas del juicio como criterio exclusivo de la acción. Y así, «mala acción» se identifica con «acción punible»: la acción punible será siempre mala y no habrá otra acción mala más que la punible. La Justicia anticipa hipotéticamente veredictos de culpabilidad (sería impropio decir «de culpabilidad o de inocencia», pues no hay simetría: no cabe «veredicto de inocencia»; quien resulta inocente escapa simplemente al veredicto y a La Justicia misma), que serán ya la única norma de la acción, como una alfombra solapada bajo un suelo futuro. La Justicia es un cepo en el camino, que prejuzga como «malos pasos» los de quien quiera que vaya a caer en él. Los pasos de la acción ya no son malos por cosa que ya lleven en sí mismos; sólo lo son porque van a toparse con el cepo que les ha preparado La Justicia. El presupuesto de la justicia instituida ha cegado y pervertido la moral, que se ha reducido ya sea a la tarea de formular criterios razonados para el juicio, ya sea a la elaboración formalizada de esos mismos criterios como normas de conducta. Arduo y remoto resulta ya siquiera imaginar lo que sería una moral que se ciñese a reflexionar sobre los móviles, las formas y los designios de la acción como tal, sin reflejar ni implicar de ningún modo criterios para el juicio.

(*Del origen ritual de la razón*) «A ti que pides libertad de hablar —le dijo el sacerdote al cortesano— te daré autoridad en la ciudad si sometes a rito tu palabra». Así surgió la razón; su rito propio fue la norma lógica y la univocidad conceptual.

(*Glosa 1.^a*) El rito —norma litúrgica— es forma fáctica, ciega, y por lo tanto asémica. La razón —norma lógicoconceptual— es forma motivada, necesaria, con sentido, pero única. La palabra —norma gramático-semántica— ¿puede ser forma en el mismo sentido en que lo son el rito o la razón?

(*Glosa 2.^a*) De ser verdad que la razón ha surgido de un tratado de paz entre el rito y la palabra, «palabra racional» no podría ser lo mismo que «palabra profana». No

puede serlo, si la palabra racional no se instauró por profanación de la sagrada, sino por autorreflexión del rito mismo, no por anulación.

(*Glosa 3.^a*) Si fue un pacto entre sacerdote y cortesano y no una restauración de la profanidad natural de la palabra, ¿es insensato pensar que en la palabra sujeta a la razón el rito tiene que haber dejado un último, irreductible, punto ciego?

(*Antidentidad*) Cuando imaginariamente me pongo en la situación de tener que decir, pistola en mano: «¡Que nadie se mueva: esto es un atraco!», pienso que no podría ni empezar, de pura risa, por la tremenda convencionalidad del tópico. Pero si en este caso insólito la demasiado patente imitación nos impide creemos el papel, en cambio nos identificamos, tristemente serios, con los que creemos propios de una vida cotidiana. La virtud redentora del «Teatro Natural de Oklahoma», en el que Kafka llevó a la perfección la vieja idea calderoniana, no está, como en Don Pedro, en tratar de ganarle por la mano a la fatal teatralidad del mundo, sino en la sabiduría de ir llevando la alocada autoconvicción de personajes de nuestras propias vidas a la irónica y lábil convicción de comediantes, cambiando la opresora sugestión de quien se cree vestido por la ilusión de quien se sabe disfrazado. Tras el fracaso de la primera redención, en la que la palabra quiso hacerse carne, se nos propone, casi a manera de segunda redención, que sea la carne la que se quiera hacer palabra, que la naturaleza se haga teatro, o sea que aprenda a verse bajo especie de palabra, que por palabra, por ficción, se acepte y reconozca. Tomar distancia de espectador respecto de ese fetiche que llamamos «yo mismo» es tanto como romper el mal encantamiento de la identidad, separando las dos partes de que por su propia esencia se compone. Bien es verdad que habríamos preferido la primera redención, que la palabra se hiciese carne para poder confiadamente abandonarnos, felices como felices animales, a la creencia de lo que nos fingimos. Buscábamos la felicidad en la convicción, que, sin embargo, entraña la ceguera que nos lleva a la maldad y a la desgracia. A cambio, la felicidad posible en el Teatro de Oklahoma siempre estará teñida de esa melancolía que infiltra hasta los sueños más alegres, por cuanto nunca dejan del todo de saberse sueños.

III

Campo de Marte

Tú lo has querido

Al que emprenda una guerra le convendría compenetrarse con la índole de juramento que tiene semejante decisión. El «juramento de victoria» ata la voluntad más que ningún otro compromiso imaginable; ningún otro sujeto se somete a una pérdida de libertad como la que padece tal juramentado. Así, cuando se dice que el guerrero «pone su vida en juego» por la victoria, ha de entenderse no sólo la llamada «vida física», sino también la llamada «vida moral».

La derrota es, literalmente, la muerte moral del derrotado; así lo entendían los generales romanos al combinar la muerte moral de la derrota con la muerte física que se daban —¿voluntariamente?— mediante el suicidio, que, a su vez, los samuráis describían, significativamente, como «el honroso camino de salida». Japonés es también aquel refrán que expresa crudamente la pérdida de libertad, la cosificación de la voluntad —como una fuerza enajenada, impuesta desde friera—, que comporta el juramento de victoria: «La espada que ha salido de la vaina tiene que matar». El aspecto de feroces antiguallas irracionales que toman hoy semejantes concepciones responde sólo a la actual dispersión de cierto punto de vista individual —el del patricio romano, el del samurái—, pero no a alguna impensable racionalización de la naturaleza de la guerra.

También el bandido que dice «La bolsa o la vida» hace total dejación de su libertad y se irresponsabiliza de su eventual reacción como si ésta quedase de pronto engranada en un resorte totalmente ajeno a su albedrío. A eso responde el que cuando tras la negativa del atracado dispara contra él, diga: «Tú lo has querido». Una costumbre inmemorial es capaz de disipar hasta la última sombra de extrañeza, pero no hay lógica que pueda hacer absurda o poner fuera de cualquier razón posible esta pregunta: «¿Cómo? ¿Que YO soy el responsable de lo que TÚ me hagas a MÍ?».

En el mismo orden formal ha de inscribirse la frase de Javier Solana, presidente de la OTAN: «Milosevic es el único responsable de lo que le pase a Serbia», donde ya ese terrorífico «le pase» connota lo ineluctable, enajenado de toda posible libertad humana, autóctono respecto de cualquier voluntad de hombres, como un rayo del cielo o un inexorable decreto del Altísimo: tal es el «juramento de victoria». Y, sin embargo, todos han visto claro y convalidado como real y racional que los Estados Unidos y la OTAN, una vez prospectada la amenaza y constatado el incumplimiento de la condición, no podían dejar de bombardear, porque desistir de ello «habría sido un suicidio». Pero lo que hay que preguntarse es dónde lo han visto claro, o en qué universo de supuestos, en qué estructura de la sociedad humana, dejar de ejecutar la

amenaza apareja el suicidio, la autonegación y autoaniquilación del amenazador, o aun qué clase de autoaniquilación puede ser ésa. Dicho de otra manera, ¿cuánto de una determinada configuración del mundo se da por supuesto y se acepta al ver claro y reconocer como evidente que si los Estados Unidos y la OTAN no hubiesen ejecutado contra Milósevic y sobre Serbia la amenaza de bombardear habría sido un suicidio para ellos? O, finalmente, ¿qué figura de sujeto humano es la que pierde la libertad hasta el extremo mortal de no poder dejar de ejecutar la amenaza prospectada cuando el amenazado se niega al cumplimiento de la condición?

La pregunta en que se expresa la incertidumbre y la ambigüedad de la libertad humana está en hasta qué punto el Yo, ese bandido con trabuco, se niega a saber que aun después de no doblarse el amenazado él sigue siendo responsable, en cuanto libre de ejecutar la amenaza o desistir de ello, o hasta qué punto, en cambio, ha dejado realmente de ser libre al extremo de no poder optar por el desistimiento. Por lo pronto, lo que enseguida se muestra claramente es que si fuese libre de elegir y renunciase a ejecutar la amenaza a pesar de la negativa del amenazado lo primero que entonces perdería no es sino su naturaleza de bandido: el bandido moriría, se habría suicidado en cuanto tal o tal vez, si es que quiere mirarse de este modo, habría caído asesinado por un hombre libre que estaba escondido tras el pañuelo con que los salteadores de caminos suelen taparse la cara hasta los pómulos. El punto decisivo estaría entonces en la fuerza de convicción con que se encarna un papel y se lleve un disfraz determinado, o sea en el grado de constricción con que el rol de bandido se imponga a la voluntad del actor que lo representa, ora aherrojando su libertad como una férula de hierro, ora envolviéndola, en cambio, con gasas malamente amañadas, cuya fuerza opresora suscite la desconfianza y la ironía del que las lleva: una reserva mental que pende como una constante amenaza de desenmascaramiento y por tanto de muerte moral sobre el bandido en cuanto tal. Pero en un Yo colectivo, como es una nación, la fuerza de convicción de la ficción que se encarna, la identificación con el papel representado —eso que llaman «identidad nacional»—, multiplica exponencialmente la constricción y la pérdida de la libertad. En una gran potencia como los Estados Unidos y una institución internacional como la OTAN, con millones de adscriptivos de la gleba de esa aplastante autoridad histórica, armada de un trabuco que es toda una panoplia de imponente poder destructivo y un arsenal sin fondo, la proyección de la responsabilidad no puede responder sino al íntimo reconocimiento de la pérdida de cualquier último residuo de libertad, de una impotencia absolutamente insuperable, una vez proferida la amenaza, claro está, para dejar de ejecutarla.

La abyección que comporta una declaración como la de «Milósevic es el único responsable de lo que le pase a Serbia» consiste en inscribirse en una artificiosa construcción ideológica organizada *ad hoc* para poder rendir acatamiento a las constricciones de la Historia y encarnarlas con sus horribles consecuencias y al mismo tiempo pretender la propia inmunidad moral y aun arrogarse un acto de

justicia y de virtud —más meritorio por ser de «dolorosa virtud»— y, en fin, salvar el alma. Max Weber, por lo menos, habría dicho: «Si crees que tienes que hacerlo, hazlo, pero entonces asume una responsabilidad que no puede ser de nadie más que tuya y carga con la culpa, porque la guerra es culpa». Lo abyecto está en la pretensión de estar enunciando una situación moral y racional, y, por lo tanto, una relación entre hombres, cuando en verdad sólo se describe una ciega y automática coordinación de causa-efecto, y, por lo tanto, una pura conexión mecánica entre cosas, como la que en el resorte del trabuco conecta el movimiento del gatillo con el saltar del percutor. Entre el amenazador y el amenazado en cuanto tales la relación humana se ha cosificado, ha perdido cualquier posible significación moral y racional, no sólo porque se ha puesto fuera de toda libertad humana, sino también porque va empujando cada vez más lejos toda posible libertad. Tan sólo Hannah Arendt ha acertado a sentir y a señalar, a partir de la lectura de «El Proceso» de Franz Kafka y en relación con las instituciones de Justicia, lo que tiene de aterradora la irreductibilidad de una Necesidad fijada por el hombre.

¿Quién es el que se habría suicidado? o inversamente, ¿en qué universo y para qué sujeto era verdad que Milósevic sería el único responsable de lo que «le pasara a Serbia»? El ente despojado de toda libertad de ese universo, el sujeto aherrojado por la férula de semejante lógica implacable no es otro que «el hombre histórico». El hombre histórico es un producto de la guerra y no puede hacer que la guerra y la Historia sean como él quiera. «Pero es el único que hay», se me dirá; lo cual parece, en efecto, ser cada día más desesperadamente cierto, pero tal vez todavía no tan totalmente cierto como para aceptar que sea también el único que podría haber.

Medios sin fin

Nada más vano ni más fuera de lugar que ese constante jurar y perjurar «La ETA no se saldrá nunca con la suya», como gusta de repetir el presidente Aznar, puesto que el caso es que, en el sentido en que ahí se dice, la ETA no tiene ninguna «suya» con la que salirse. No se trata de que sus acciones sean medios inadecuados, inútiles o aun contraproducentes para el fin de la independencia de la patria, sino de que —tal como de la larga y obstinada repetición de un mismo presunto medio inmóvil, invariable como un martillazo sobre el mismo clavo, debería haberse inferido hace ya tiempo— el pretendido fin no es realmente, si alguna vez lo fue —que no lo creo—, el contenido activo y eficiente, el móvil operante que mantiene en marcha la acreditada fundación. Así que tampoco es que no se deba parlamentar con criminales, si es que hay razón de Estado; es que con los que no persiguen fines no hay sobre qué tratar.

El pretendido fin no es más que la figura *ad hoc* en que la pasión antagónica desnuda necesita determinarse y encarnarse. Las autorrepresentaciones ideológicas — en el sentido cabal de «ideología» como *apariencia necesaria*— no sólo han de cumplir su función racionalizadora y moralizadora, sino que tienen que fraguar en una irreductible convicción. Cuando los niños eligen el esquema del antagonismo para un juego de ficción, se muestran indiferentes al «realismo» de la representación y de los personajes encamados: tanto les da «Yo era Ulises y tú eras Polifemo» como «Yo era Rommel y tú eras Montgomery», pero en las autorrepresentaciones y los héroes o númenes en que se subrogan y encarnan los sujetos del antagonismo etarra, la «memoria histórica» —por poco escrupulosa que pueda parecer su confección— ha de adquirir un poder de sugestión y convicción, una realidad mental, tan inapelable como la realidad material, cruenta, de las acciones perpetradas en el ejercicio del antagonismo. De ahí que la fe en la verdad de esa «memoria histórica» no pueda ser una creencia neutra y desapasionada, sino un compromiso juramentado con su inapelabilidad. Modelo de delirio de «memoria histórica» es el de los tanquistas del ejército israelí, que suben a jurar bandera a lo alto de Masada, cuajando su propia identidad, mediante una subrogación a 2.000 años de distancia, nada menos que en el ectoplasma de los Zelotes.

No obstante, el complemento capital para blindar, contra cualquier razón y contra el mundo entero la inapelabilidad de la autorrepresentación y la autoconvicción del antagonismo etarra es lo que Juan Aranzadi ha designado como «martirio-lógica abertzale», cuyo resorte explica de este modo: «Tan importantes o más que sus víctimas son sus *mártires*: los presos de ETA, y sobre todo sus muertos, son

“testigos” irrefutables de la realidad, la importancia, la grandeza y la bondad (la *sacralidad* en suma) de la causa vasca. Los mártires de ETA [...] suscitan la adhesión ético-fideísta a su proyecto político: “la causa de estos hombres *debe ser* hermosa, justa y noble, puesto que tan heroicamente luchan por ella hasta la muerte”».

Un *quid pro quo* según el cual ya no es la justicia de la causa la que justifica las hazañas y el martirio, sino éstos los que *demuestran* la justicia de la causa o, más aún, su santidad. Por lo demás, el argumento remeda el de las más viejas y acreditadas patrias: pocos discursos de jura de bandera dejarán de esgrimir como máximo título de legitimación el secular sacrificio, el «prix de sang», que ha costado la patria, un título que obliga como deuda de gratitud y deber de fidelidad.

El que los supuestos fines de una actividad antagónica acepten verse proyectados en una perspectiva remota y *sine die* no sólo envuelve en una bruma de especulación e incertidumbre el posible valor como objeto de conciencia o el poco aprensible aspecto de realidad mental de tales fines tal como estén *ahora* en la mente y la conciencia (naturalmente, para el que no crea saber perfectamente lo que dice cuando en contexto de historia de los pueblos se permite hablar de «proyectos sugestivos»), sino que, además, el propio hiato de distancia que se abre entonces entre la actividad concebida como *medio* y la representación invocada como *fin* ha de hacer totalmente inescrutable la deseable relación de congruencia y consecuencia entre esos términos aislados por tan amplio vacío. Pero el encadenamiento de detalle, la idoneidad de cada conexión en el interior de la secuencia de acciones singulares, la adecuación de la relación de causa-efecto entre opciones sucesivas y sin perder las miras vueltas hacia el fin, no fue cosa que le quitase ni un minuto el sueño al Padre de la Patria: «Nos lanzamos a la lucha dispuestos a no entretenernos jamás en discurrir para averiguar la posibilidad o la imposibilidad de los resultados. Bástenos el ver la justicia del fin y de los medios, para emprender la obra patria con la más inquebrantable resolución» (Sabino Arana, «La ceguera de los bizkainos», 1894). La justicia del fin y de los medios, ya fuese de cada cosa por su lado o de ambas en conjunto, le eximía al Fundador de preocuparse de lo que es, por definición, consustancial de toda relación de medio a fin: la propia idea de «medio» connota la de «fin» precisamente en cuanto aquello que el medio hace posible y que es su resultado; desentenderse de *la posibilidad del resultado* le quita al medio su índole de tal. Las obras del antagonismo abertzale sólo son «medios» por declaración jurada de sus ejecutores; carecen de la índole pragmática de medios, pero son dedicadas a la patria, perpetradas en su nombre, ofrecidas en su altar. La relación está desviada desde el orden pragmático al simbólico, desde el plano de la acción y de la ética al del rito y el culto. Las obras de la ETA no son medios para alcanzar la patria, pero son sacrificios sangrientos consagrados a sus númenes, y como actos de culto, se repiten, iguales a sí mismos, sobre un ara inmóvil. Así puede inducirse de una frase citada por Juan Aranzadi y atribuida a un etarra de nombre Pakito: «Hay que dar pedales constantemente para que la bicicleta no se pare», lo que sugiere al punto una bicicleta

estática de esas que se usan para rendir culto al cuerpo sin salir de casa. El antagonismo abertzale es un antagonismo *cultural* o, por así decirlo, *de ejercicio*. Absolutizada redundantemente como puro instrumento de sí misma, la ETA «se sale con la suya» en cada acción lograda, porque en ella se cumple de manera plena y autosuficiente su sentido y contenido. En fin, dicho en figura, no hay duda de que la flor del abertzale es el narciso, pero un narciso que no trata de aplacar su sórdida e insaciable comezón masturbatoria mirándose reflejado en estanques de agua sino en charcos de sangre.

Tampoco Arzalluz se diría que persiga ningún fin con el perenne exacerbamiento de sus histriónicas *declamaciones*, con ese tono como de quien sintiera sobre sus espaldas el ingente peso del abrumadoramente cargado de razón. El antagonismo de ejercicio en que da la impresión de recrearse podría describirse, en cierto modo, como el síndrome inverso del que Sartre contaba de su tío Armand, que se sentía ser alguien por la aversión que le producían los ingleses; el yo de Arzalluz parece henchido de sí mismo, colmado de autocomplacencia, no ya por la aversión que él sienta contra otros, sino por la que él consigue provocar contra sí mismo. Y en esto no desmerece del Padre de la Patria: «¡Feliz, dichoso, si llego a tener muchos enemigos que lo sean de la Iglesia, muchos que lo sean de Bizkaia!»

1. En una vieja cinta, no más mala que todas las demás, titulada «*Cabaret*», salía, sin embargo, una escena sumamente feliz: en un merendero al aire libre de una ciudad alemana, como a principios de los años 30, de pronto un adolescente de pantalón corto y camisa remangada, guapo y rubio como un ángel, se levantaba de entre sus compañeros y con voz angélica entonaba una canción que decía algo así como «El mañana es nuestro»; todas las personas, de diferente edad y condición, que abarrotaban las mesas circunstantes se iban callando una tras otra y se volvían hacia el joven, primero sorprendidas y enseguida admiradas, para oírle la canción, a la que poco a poco, poniéndose a su vez en pie, unían sus voces, hasta que todo el merendero se convertía en un coro emocionado de «El mañana es nuestro». Representar de aquella forma el enorme poder de sugestión que consiguió el nazismo, hasta llevarse a la nación entera en pos de sí, me pareció un hallazgo afortunado y especialmente verosímil: el angélico adolescente no cantaba otra cosa que la purificación. El anhelo de purificación nace de un sentimiento de impureza mucho más amplio e indefinido que el que remite estrictamente a una culpa moral; un pueblo puede sentirse impuro por un estado de insatisfacción, de hastío o de rencor hacia sí mismo, o una difusa paranoia de malevolencia ajena; puede sentir como una culpa propia, o más bien una mancha de la que tiene que lavarse, hasta una humillación sufrida a manos de otros, como una vieja herida que se encona; entonces está indefenso y totalmente a merced de la seducción del ángel que le canta la purificación. Esta forma de encantamiento, arrobamiento y enajenación se me antoja semejante a la del diablo, salvo una diferencia relevante: el diablo se apodera de individuos, el ángel se apodera de colectividades; con todo, he recogido la palabra que se usa para aquél, designando el fenómeno «posesión angélica».

La posesión angélica ya la había visto en el oficial justiciero de «La colonia penitenciaria» de Kafka, y «*Cabaret*» le dio un cuerpo más concreto; pero años más tarde encontré la misma palabra «posesión» referida también al nazismo en el psiquiatra Jung, en su artículo «Wotan», de 1936, o sea poco después de las fechas que fingía aquella cinta. Yo refería mi «posesión angélica» al mito cristiano del arcángel Miguel: *Mika-El* = «Espada de Dios», dado que el purificador actúa a veces como exterminador; pero, si bien no puedo quitar el rasgo de lo angélico, en razón del innegable anhelo de pureza y purificación —que no se contradice con el exterminio—, en lo demás el mito germánico de Wotan, al que Jung hace agente de su «posesión», es mucho más certero. Jung concibe estos mitos como personificación de

«poderes anímicos»: Wotan lo sería del *furor teutonicus*, pero no explica la índole de esos «poderes». Por si acaso, diré que yo no pienso en cosa tan contradictoria y peregrina como un «inconsciente colectivo»; sólo una mentalidad mágica puede concebir un fluido o prana o miasma espiritual que comunique y contagie las almas entre sí; yo no puedo pensar más que en delirios o hipertrofias de un medio tan externo y tan sensible como lo que los hombres tienen en común, la más ubicua y más inalienablemente impersonal de las cosas visibles e invisibles: la palabra. Sólo ella es capaz de apoderarse de una colectividad y enajenarla en posesión angélica.

Tampoco despliega Jung el enorme alcance ilustrativo de su mito (su texto no era más que un artículo), pues Wotan es, en efecto, bajo su nombre escandinavo de Odín, el señor de los «berserk», los guerreros «sin coraza, salvajes como perros y lobos» («Inglinga-saga», citada por Dumézil), a los que se atribuía titularmente el «furor de berserk»: ¿*furor teutonicus*? Los berserk reúnen la embriaguez, la orgiástica, la ascética, el éxtasis sanguinario, la homosexualidad, la asociación en fraternías y las pruebas iniciáticas, unión de rasgos que permitiría llamar a las SS «los berserk del nazismo», pero aunque en 1954 aún pervivía la tradición del duelo iniciático en las fraternías universitarias alemanas, tampoco puede excluirse una gran parte de recuperación literaria de los mitos. Huelga decir que ni frieron las SS, en modo alguno, los únicos Posesos de Wotan, ni todo el resto de los alemanes, por supuesto, se sintió un berserk.

2. Churchill, iluminado por la Astucia de la Razón en persona, vio al instante que con la guerra ya desencadenada, Francia rendida, y en el trance más tenebroso y amenazador para la Patria, no podía incitar al pueblo a lanzarse con arrojo a la tempestad de hierro y fuego anunciando un dorado horizonte imaginario de gloria y de victoria; los númenes germánicos habían dado al enemigo todo su furor teutónico, pero él removió el rescoldo de la ideología cristiana, la única de las concepciones de este mundo que le ofrecía el instrumento de catarsis del que podía ya esperar la salvación: el amor del sufrimiento. «Sangre, sudor y lágrimas», tres líquidos, nótese bien, que hacían un agua lustral de incomparable poder de purificación: sacrificio expiatorio ante la diosa Albión y sacrificio apotropaico ante la diosa Niké. Con tres palabras hizo sentirse en estado de gracia a la nación entera, dispuesta a aceptarlo todo desde aquel sentimiento de pureza y de inocencia, desde aquella ilusión de ingravidez angélica; ningún conjuro podría haber sido más redomadamente artero y eficaz.

¿No se trataba de ganar la guerra? —preguntaría un positivista—, pero no es esa mi cuestión, sino la índole perversa de la guerra misma y en primer lugar precisamente el que haya que ganarla y el que ganarla exija rebajarse a tal extremo de primitivismo, de indigencia mental y de superstición. El que no pueda hacerse otra cosa no trueca en bueno aquello único que es forzoso hacer. La catarsis es como un arrebató histriónico en que el actor se enajena ciegamente en el convencimiento de su propia ficción, cosa que sólo puede producirse en colectividad, porque su fuerza es la

sinergia interanímica y su resorte el endoso y la subrogación de cada uno en todos los demás. Un antiguo cronista castellano describió esa sinergia de este modo: «Cuando los hombres son muchos ayuntados, ligeramente son de engañar», donde «engañar» abarca más que «hacer creer mentiras», vale también como sugestionar, seducir, enajenar; enajenarse justamente cada uno, por efecto de endoso, en la totalidad. De ahí que la guerra sea el estado de suprema plenitud de un pueblo en cuanto pueblo.

Pero donde más manifiesta su poder es en el éxtasis de la victoria, con su jánica faz de cumplimiento y de inauguración: cumplimiento, cual si no fuese el cesar del sufrimiento y la desgracia, sino el logro y culminación del más alto designio; inauguración, como si no se estuviese ante un campo de tumbas y de ruinas, sino ante un nuevo reino deslumbrante de vida y porvenir. Nada denuncia más el grado de embrutecimiento, perversión y necedad que aquella frase que suele aparecer tras la victoria y nadie llega a oír como un sarcasmo: «Hoy se abre ante nosotros una nueva Era». Un sentimiento de inocencia originaria, de primer día, de amanecer, que da el alcance de miseria extrema que la catarsis consigue producir.

No ha gustado en Norteamérica que la inteligencia de Susan Sontag no se descuide ni con tópicos al uso, como esa sucia jerga de «los valores» —comodín omnivalente—, sacando a la valentía de la moral: «virtud moralmente neutra», dice, lo cual implica tácitamente relegarla a las capacidades meramente instrumentales, al lado de la fuerza. Respecto de ésta, dice: «“Nuestro país es fuerte” nos repiten, cosa que al menos yo no veo tan plenamente confortante. ¿Quién puede dudar de que Estados Unidos es fuerte? Pero eso no es todo lo que tendría que ser». No obstante, el general retirado William G. Odón, a la pregunta de hasta dónde están dispuestos a llegar los EE.UU. con su respuesta, dice: «Hasta donde haga falta. Los terroristas y los que los ayudan han infravalorado nuestro poder y ahora van a saborear las consecuencias de tal atrevimiento», donde se ve cómo para él el agravio se ha desplazado de las muertes violentas producidas por el atentado para centrarse en la ofensa inferida al poder de la nación que ha osado desafiar; la ironía de fingir considerar como un error de los terroristas el no haber medido bien la magnitud del poder que ponían a prueba, que remata en la cláusula del «saborear», es la salida de un Maciste que, remangándose, espeta: «Ahora te vas a enterar de quién soy yo». Y aquí se advierte el componente de gratuidad del afán por la fuerza, tan ostensible en los norteamericanos. No se diría sino que el incesante incremento de la fuerza se hubiese desmandado de cualquier criterio de proporcionalidad con previsiones, incluso exageradas, de eventual necesidad y, en un proceso de autorrealimentación positiva, hubiese acabado en redundante necesidad de fuerza por la fuerza misma. En este olímpico nivel de gratuidad, el significado de la fuerza no puede ser ya más que demostrativo, ostentatorio, complaciéndose en prodigios tecnológicos, como ese superbombardero de a 36.000 millones de pesetas, o sea, 200 millones de dólares la pieza (y no entro aquí en si la producción de armamento es también una forma de «creación de riqueza», pues aún más que la sacra auri fames me espanta la soberbia de la fuerza, que puede hacer a esa nación tan peligrosa como Carlos Fuentes estima que es su presidente actual). En eso viene a ponerse, por lo visto, el precio del B1 Spirit, versión perfeccionada del B2 Stealthy, cuya experimentación «en combate real» fue el 4.º de los fines oficialmente declarados de la operación de Panamá, con el bombardeo del Barrio del Chorrillo, que —remedando al obispo de Beziers en la Cruzada contra los Albigenses: «Matadlos a todos, Dios conocerá a los suyos»— intentaba cazar allí a Noriega y dejó un número de muertos *estimado* (nunca se hizo un cómputo preciso) como entre poco menos de un tercio y poco más de dos tercios

de los que se produjeron en el derrumbamiento de los dos rascacielos iguales de New York.

El *glamour* del bombardeo que, a mi entender, suscita lo que Sontag designa crudamente como «la lujuria que la opinión pública siente por los bombardeos en masa» consiste en su fisonomía de materialización sensible de representaciones figuradas del tipo de «machacar al enemigo»; dota a tales imágenes de un cuerpo plástico de objeto capaz de satisfacer directamente esa «lujuria». Ahora empiezan algunos con que los bombardeos no están siendo tan eficaces como se esperaba, pero ¿en qué eficacia están pensando? Aquí también, al señalar cómo la política de su país se ha convertido en «psiquiatría», la lucidez de Sontag da la clave para interpretar el verdadero fin de los bombardeos de Afganistán: su alta eficacia psicoterapéutica para las almas norteamericanas. Ya Kissinger sabía bastante de esto cuando trataba de sanar lo que él llamaba «autoflagelación» y restaurar «el sentimiento de autoafirmación nacional» con prevenciones como ésta, referida a Oriente Medio: «No podemos permitir que armamento americano sea derrotado por armamento soviético en una batalla importante».

Pero esta servidumbre del poder ejecutivo de tener que satisfacer constantemente los sentimientos de la opinión pública es resultado de la evolución de los procedimientos electorales, descrita por Max Weber («Economía y sociedad», 2.^a parte, cap. IX, sección IX, §4), que llegó a transformar la naturaleza de la democracia misma. Se trata de la conversión de los partidos en «empresas» análogas a las empresas comerciales, mediante el desarrollo de una «máquina» electoral, dirigida por el «boss» —«un empresario de tipo capitalista», que «no tiene “principios” políticos fijos, carece por completo de ideología y sólo pregunta ¿qué es lo que proporciona votos?»—, que conduce la campaña electoral hasta la «convención nacional» del partido, en la que se designa el candidato, y —dato especialmente relevante— «sin intervención de los parlamentarios». En la medida en que el candidato —y después presidente— queda puesto en contacto directo y exclusivo con el electorado, Weber designa la figura así surgida con el nombre de «democracia plebiscitaria».

El condicionamiento del poder ejecutivo que la democracia plebiscitaria impone en grado especialmente fuerte en los asuntos de política exterior es lo que en 1955 lamentaba Walter Lippmann como «democratización de la guerra y de la paz». Estos dos rostros de Jano los veía aherrojados de este modo: el primero por la denodada resistencia de la opinión pública frente a la perspectiva de una guerra, que sólo podía allanarse pintando al enemigo como «la encarnación viviente del demonio», o apareciendo él mismo de este modo (Pearl Harbor), cosa que esta vez ha venido ya dada por sí misma en la figura del presunto mandatario de la destrucción de los dos rascacielos iguales; pero esto, una vez logrado, endurecía a su vez el otro rostro de Jano: era imposible contentar al pueblo con cualquier paz que no significase el más total aplastamiento: «El pueblo —dice Lippmann— gusta de oír que cuando el

enemigo haya sido forzado a una capitulación sin condiciones, todo discurrirá como una nueva Edad de Oro; que esta guerra acabará con todas; que su victoria habrá salvado la civilización; que la cruzada convertirá a la democracia al mundo entero». Y cito estas palabras no tanto porque sean, de paso, curiosamente apropiadas para el trance actual, sino más bien porque los rasgos que dan del «populismo bélico» describen cabalmente la transfiguración de la *guerra entre partes* en *guerra escatológica*, que aproxima la democracia plebiscitaria al totalitarismo comunista o fascista, y porque insinúan también el efecto de «catarsis» que es propio de la guerra en general.

Berlusconi

El imperativo «Silete!» —«Callad»— con que en un diario italiano empezaba un artículo dirigido a los llamados «intelectuales» y referido a la entrada en guerra, días después aprobada por inmensa mayoría en el Parlamento, me recordó en el acto la antigua norma ya no me acuerdo si trapense o cartujana «Psalle et sile», que a su vez me hizo pensar que la condición del buen soldado también podría caracterizarse por marchar *cantando* y *callando*: callando, huelga decirlo, ante la voz de mando, y cantando, por supuesto, el himno de la patria. No hará tal vez un año, escribí este pecio: «La verdad de la patria la cantan los himnos: todos son canciones de guerra». La asoladora ola de patriotismo a todo tricolor y a todo volumen de himno de Mameli desatada por la ofrenda de soldados hecha por Berlusconi a George W. Bush para su contencioso con Afganistán, sentimentalmente apoyada coram populo —y sobre todo ad populum— por el jefe del Estado nada menos que desde Solferino y San Martino, no tiene, en efecto, otro motivo que la guerra.

Del general Lamarmora —léase esdrújulo—, además de una estatua ecuestre de bronce que campeaba entre las muchas que vi una tarde paseando por Turín, antigua capital del Reino de Cerdeña, todavía recuerdo de mi infancia —que aunque ya más remota de lo que yo querría, no creo que se remonte a aquellos tiempos— una coplilla que el populacho romanesco, siempre irreverente hasta con «lo más sagrado» y en la nobilísima estela de Pasquino y sobre todo de Gioacchino Belli, le habría sacado muy a destiempo y en puro despropósito: «Er general Lamarmora / ha detto alla riggina: / si vvoj vedè Trieste / compra Žna cartolina». Alfonso Ferrero di Lamarmora, creador de «i bersaglieri», cuerpo de infantería ligera, que desfilaba, por así decirlo, *al trote* y llevaba un sombrerito duro de charol con un penacho de plumas de gallo negras con reflejos de un verde pavonado, se me ha venido a las mientes porque fue el general que iba al mando de los 18.000 hombres que Víctor Manuel II o más bien su primer ministro, el Conde de Cavour, le ofrendó a Napoleón III para la guerra de Crimea (1853-56): 2.000 de ellos se murieron por el cólera y 29 en su única batalla: la victoriosa jornada del Cernaia, que bastó para que Cavour se ganase la gratitud del Emperador, el cual le mandaría a su vez sus hombres y sus armas al Piamonte, decisivos para que el Reino de Cerdeña derrotase a los austríacos, primero en la batalla de Magenta y después, precisamente, en las de Solferino y San Martino, aunque no sin que Napoleón III se cobrase para Francia, según lo estipulado con Cavour en el acuerdo secreto de Plombières (1858), la soberanía de Niza y de Saboya. El caso es que el precedente venía como cantado para que en la ofrenda de

tropas y de armas al presidente Bush los italianos viesen al Conde de Cavour reencarnado, con *rispetto* hablando, en Berlusconi: «O sea que este de hoy quiere ganarse, igual que aquel, un asiento a la Mesa de la Paz tras la victoria de los americanos en Afganistán». Pero al saltar de Cavour a Berlusconi han echado en olvido —o han pasado como gato por brasas sobre él— al eslabón intermedio: Mussolini. En efecto, cuando tras la letal victoria del famoso «Sichelschnitt», que acabó encajonando a los Aliados en Dunkerque, las armas alemanas se revolvieron sobre Francia y la arrollaron, el mismo día en que el gobierno se veía forzado a abandonar París (10 de junio de 1940) el mariscal Badoglio, al que Mussolini le había dicho: «Tan sólo necesito algún millar de muertos para asegurarme un asiento en la Mesa de la Paz con los derechos de beligerante» (es un historiador muy documentado y al que creo escrupuloso, Alistair Horne, el que cita la frase entre comillas), entraba en Francia con 32 divisiones, donde es probable que la aspiración del Duce fuese la de cobrarse justamente Saboya y Niza, que el cambalache de Plombières había dejado fuera de la unidad de Italia. La frase de desprecio que la hazaña le mereció al presidente Roosevelt fue, según Horne: «La mano que empuñaba la daga acaba de clavarla en la espalda del vecino». El terceto de los que hacen ofrenda de sus hombres al más fuerte, mandándolos a morir en campo de batalla, para reservarse una silla ante la mesa de negociaciones, ahora está completo: Cavour, Mussolini, Berlusconi. «Así que con estos nombres, *guerra* y *paz*, vienen usando como de monedas», dijo antaño Plutarco, y aún hoy se sigue usando para la guerra una expresión bancada, como «dividendo de la paz», con la que el actual jefe del gobierno italiano debe de sentirse como en casa.

La dama que a su vez hace terceto con la guerra y la patria la convoca Marcello Veneziani en su artículo «La storia inevitable» (Il Giornale, 8-XI-01): «Se han acabado para Italia las vacaciones respecto de la historia». Esta, en efecto, no bien oiga llamar a la guerra y a la patria, acudirá al instante al patio de armas, al igual que estas últimas se presentan siempre, en oyendo el nombre de la historia. Ya lo decía el llorado Don Jacinto: «De la Guerra la Patria es la flor, la Historia el fruto». Pero no es dulce y paternal el tono con que apela Veneziani a «la dura realidad», es un tono de preceptor disciplinario en que no deja de entreoírse un sordo goce al anunciarles a los chicos que el recreo se ha terminado; y hay también una clara nota despectiva hacia «los que confiaban en que al cabo habríamos presentado un certificado médico para ser exonerados de la guerra afgana como dolientes de cardiopatía o por adolecer de corazón tierno»; de nada le sirve, después, la histriónica compunción del que sintiese tener que dar noticias poco gratas. Diametralmente opuesto es el sangriento sarcasmo con que Hermán Hesse, al estallar la guerra del 14, se ensañaba, en su diario, con «la vuelta a la Historia Universal». Para un «realista» como Veneziani, la Historia es una instancia con poder supremo para legitimar cualquier objeto —la guerra, en este caso— como una necesidad incontestable, ya que «histórico», aun referido a lo actual, lo inminente o hasta lo venidero, trae ya en sí mismo la connotación de lo pasado, no

como posición, sino como cualidad (mientras los sexos no son géneros gramaticales, sino funciones del cuerpo natural, por el contrario, *pasado, presente y futuro* sí que son inflexiones internas autorreferentes del decir, y no tiempos objetivos). «Nada volverá a ser como antes» se ha dicho tras el mortal atentado contra Norteamérica; pero la concepción del hecho como «histórico» supone, por el contrario, un imponente impulso para la confirmación y perpetuación de un mundo empedernido en una condición inmemorial. Si el hecho se ha erigido como «histórico», entonces todo seguirá siendo como antes, porque la historia es el paradigma de lo imperecedero. Cuando hoy se dice «apostar por el futuro», hay que saber que ese apostar marca la apuesta con el cuño de lo histórico, que connota la cualidad de lo pasado. «Lo histórico» es como un monstruo ya engendrado, que siempre se está gestando en el vientre de su auténtica madre: la guerra: los aviones de guerra comprometidos por 36 billones de pesetas en el contrato de la Lockheed no entrarán en servicio hasta dentro de 10 años; los 36 billones de pesetas dan ya por necesario que para entonces seguirán siendo necesarios. Bien lo sabía el refrán del samurái: «La espada que ha salido de la vaina tiene que matar», o el de la versión china: «Cuando la flecha está en el arco tiene que partir».

Agigantando el diabólico poder de su enemigo, el presidente Bush ha elevado la que tendría que haber sido una operación de policía a la categoría de Guerra Escatológica; y la extorsión mundial respecto de ésta, planteada con la fórmula característica de la mentalidad —por no decir «elementalidad»— americana «¿Tú de qué lado estás?», tiene abiertas las fauces del abismo escatológico en que ha corrido a zambullirse, en su grotesca vanidad de estadista, un mercader un tanto tiburón y por añadidura futbolero y hasta televisero, cogiendo al vuelo la ocasión de oro para dejar de hacer triste política y ponerse a «hacer historia», ¡oh, por supuesto, Historia Universal! En fin, volviendo al imperativo «¡Silete!», vendría a valer como una cata, un assaggio, de lo que podría tal vez sobrevenir, y que pondría en ridículo, por si no lo estuvieran ya bastante por sí mismos, a los apóstoles de lo políticamente correcto —demócratas de libertad proclamada y declamada a todas horas, pero no ejercida más que para cominerías, groserías y gorrinadas—, por el contraste con la corrección política, o más bien política de correccional, que podría llegar a imponerse para honor del sacro —sacré!— nombre de la Patria, que el trance de la guerra exige respetar.

6

Notas

(Sobre «razón instrumental») Los instrumentos son el paradigma de la idea de «sentido» entendida con arreglo a la concepción weberiana del sentido como lo propio de una «acción subjetivamente dirigida de modo racional con medios considerados —subjetivamente— idóneos para fines —subjetivamente— claros», donde el rasgo de subjetividad no sólo alude a que si no hay sujeto no hay sentido sino que apunta, correlativamente, a no excluir de la racionalidad acciones en las que la eficiencia del medio sea objetivamente errónea, como la de una medicina que no cura o aún la de las artes mágicas. En todos los instrumentos, desde un hacha paleolítica hasta una máquina moderna que se activa con botones, se da el rasgo común de tener un extremo en contacto con la mano y el otro con el objeto a transformar; entre éste y aquélla se interpone el instrumento en cuanto mediador eficiente de la acción y portador de su sentido, y sólo él tiene la forma funcionalmente idónea para tal o cual acción determinada. Por analogía con la noción de «campo sintáctico» de Bühler, llamaré a ese contexto determinado en que se inscribe un instrumento «campo metonímico», en la medida en que en instrumentos conocidos está expresado en la simple figura: la imagen de una cuchara dice inmediatamente: «comer sopa», la de una rotativa: «imprimir periódicos». Los instrumentos son cosas parlantes, en cuanto que «significan» su función y connotan la acción para la que sirven. La frase «Las armas no matan, la que mata es la gente», que los defensores de la National Rifle Association esgrimen como argumento, ignora o se empecina en ignorar la fuerte expresividad del campo metonímico de una pistola, con toda el aura de prestigio secular que la cultura nacional se complace en conservar y renovar constantemente, y que, por si fuera poco, irradia la poderosa sugestión de un instrumento que confiere al que lo empuña el mayor de todos los poderes: el poder de vida o muerte, con lo que mal podría dejar de ser una constante solicitud y hasta inducción al menos para conciencias elementales, infelices o indefensas. Aunque no fuesen las armas las que matan, sino el que las empuña, no sería, en todo caso, sin que la imagen presente o sólo mental de una pistola le haya estado gritando a voces noche y día tal vez durante días y días, meses o años «¡Mata, mata!», acaso hasta añadiendo: «¡Demuéstrales quién eres!».

(«El hierro por sí solo») Esa ceguera, a menudo voluntaria, que no ve cómo, en la violencia, las armas pueden invertir la ley biológica de que la función crea el órgano, rechazando la posibilidad de lo contrario: que sea el órgano el que cree la función, es

la misma ceguera que, al menos desde Engels, en orden a la obcecada voluntad de racionalizar la historia, y por tanto la guerra, que es su pragma capital, se resiste con denuedo ante la mínima sospecha de que la mera existencia de las armas en sí misma pueda llegar a ser causa o tan siquiera concausa de la guerra; el rechazo responde al terror de que tal cosa significaría la más demoledora desautorización de la racionalidad de los motivos, por perversos que sean, de las acciones de los hombres. Pero bajo el imperio de «la razón instrumental», donde la racionalidad de la mera eficiencia en la relación de medio a fin —o lo que Schmitt, en el terreno de la razón de Estado, designaba como «tecnicidad»— ha suplantado la atención hacia la índole del fin en cuanto tal —sus buenas razones, su plausibilidad—, ya no puede excluirse que sea la fuerza sugestiva del campo metonímico de un instrumento, el aura de poder que irradia un arma, lo que se erija por sí solo en móvil suficiente de la acción. El viejo Homero ya sabía, al parecer, algo de esto: «El hierro por sí solo atrae al hombre».

(*Esa mala pasión*) La llamada «revolución hoplita», de hacia mediados del siglo Vil a.C., surgió en la Hélade no sólo por efecto de cambios de orden político-social sino también del desarrollo de una panoplia de infantería pesada cada vez más idónea para el cuerpo a cuerpo; para éste nada más eficaz que un frente cerrado de guerreros unidos hombro con hombro, como una única barrera de escudos erizada de lanzas, conforme a la experiencia de que la simultaneidad no produce la suma de las fuerzas individuales sino esa multiplicación que se conoce como «efecto de *sinergia*». Pero si cambios de organización política y social han venido influyendo ya desde la Hélade en las formas de la guerra, también se han dado a su vez repercusiones en sentido inverso. Tras un sinfín de avatares y de alternancias entre infantería y caballería en la historia de la guerra, aquella táctica de infantería se recobró una vez más en el entresiglo XIV - XV. A partir de este renovado «pelear en ordenanza», como se llamó en Castilla desde Gonzalo Agora (que en 1404, en el patio de armas del Castillo de la Mota, le hizo una exhibición de la «nueva» táctica —reaprendida de los landsquenetas— a doña Isabel de Trastámara), y en paralelo con la formación de los «Estados nacionales», la evolución de los ejércitos modernos dio lugar a que la *sinergia corporal*, cada vez más rigurosa en la disciplina militar, fuese desarrollando en todo el conjunto de la población esa especie de *sinergia anímica* que las guerras napoleónicas acabarían coronando en lo que hoy se concibe como «patriotismo». Formas de un sentimiento de la patria se han dado en todo tiempo; lo distintivo de la modernidad es que, a la par con la paulatina desaparición de las huestes mercenarias, las levadas se fueron haciendo cada vez más «nacionales», hasta llegar a la conscripción universal obligatoria. Cuando el ejército es «La Nación en armas», el patriotismo, que siempre ha tomado sentido de la guerra, sufre la mutación correspondiente y adquiere toda la presión de unanimidad social mutuamente coercitiva que tan inequívocamente expresa esa primera persona de plural de La Marsellesa, tal vez la primera marcha

militar que tuvo letra y que creó la institución del «Himno nacional». Nunca antes el patriotismo había sido pedagógicamente inculcado a todo el pueblo, con el himno, el escudo y la bandera como libros de texto, ni nunca tan imperativamente impuesto y exaltado, hasta llegar a tener toda la fuerza de sinergia anímica, que hizo hervir las relaciones internacionales del siglo XIX. Pero esa función sinérgica no sumativa sino multiplicadora, ahorma a su vez el patriotismo como una determinación no distributiva, sino participativa: de mil patriotas, ninguno será «patriota» por sí mismo, como ninguno es por sí mismo «mil»; de ahí que el patriotismo sea una pasión enajenada, ubicua, impersonal, y por tanto heterónoma, como lo es su correlato físico: la disciplina militar. Y, a propósito de ésta, nada confirma tanto la estrecha correlación entre sinergia anímica y sinergia corporal como el hecho de que, aun tras haberse vuelto totalmente inoperante en campo de batalla —digo bajo la forma de la falange hoplita o el pelear en ordenanza—, la sinergia corporal se ha conservado en la instrucción militar en calidad de ejercicio pedagógico con la función de inculcar a través del cuerpo el espíritu de la disciplina; y es justamente en esos ejercicios donde se oye —o se oía— la expresión más exacta de la idea de «sinergia» en la fórmula usual del instructor para exigir la sincronía: «Como un solo hombre». Y «como un solo hombre» es, en efecto, como exige el patriotismo que responda ante la guerra la nación entera. Los rasgos de pasión impersonal, enajenada, se manifiestan en cómo cualquier crítica a la patria, o sea a la nación en armas, provoca una reacción equivalente a la que se daría contra un particular que se sirviese conforme al albedrío personal de un bien inalienablemente declarado de dominio público, o contra el que se arrogase el derecho de mudar a su capricho el uso de un patrimonio jurídicamente sujeto al estatuto de propiedad común para usufructo colectivo, como la fuente de la plaza o la dehesa comunal. Tan intocable como éstas es la patria, de modo que también en retaguardia la anónima unanimidad del patriotismo lo hace una fuerza ubicuamente constrictiva y hasta amenazadora: el que «se sale de las filas» —ya se entiende que aquí en materia de opinión— se ve acusado de «derrotista» o incluso incriminado de «traidor». Como la objetividad de Chomsky las veces que se escora lo hace siempre hacia el costado contrario a las autoridades, acciones o actitudes del país, bien se puede confiar en su palabra cuando asegura que la libertad de prensa sigue gozando de un respeto omnímodo —cosa distinta es que el gobierno o el Pentágono restrinjan el acceso hacia las fuentes de información—, de manera que las recriminaciones de «antipatriotismo» proceden de la propia población; en ésta el patriotismo puede llegar a ser tan extremoso —siempre según el primitivismo americano del «¿Tú de qué lado estás?»— como en el caso de un periódico que recibió hasta 550 cartas de protesta por haber publicado la fotografía de un niño de pecho presuntamente muerto en un bombardeo suele alegarse que hay que decir «norteamericano», en contra del hábito yanqui de decir «americano», porque hay otras naciones en América, pero de las tres que son «Estados Unidos», ni los de México ni los de Brasil llevan en su nombre oficial «América», sólo los «USA» lo

llevan y no detallando «de Norteamérica», sino «de América» a secas, como indica la «A» de «USA» americano. Pero aun en tiempos de paz ya se dio el caso de que en una exposición que celebraba el cincuentenario de la bomba atómica un grupo de ex combatientes exigiese y lograra que fueran retiradas las imágenes de víctimas de Hiroshima y Nagasaki; eso también merecía, por lo menos para ellos, ser rechazado como antipatriótico, porque manchaba la victoria y la gloria americana en la II Guerra Mundial.

(*Antecedentes penales*) Que el atentado de unos orientales contra la cabeza misma de los occidentales iba a ser convalidado como un ataque contra Occidente y contra La Civilización estaba ya prefigurado en el manifiesto sionista «El Estado judío», escrito en 1895 a raíz del affaire Dreyfus, por Theodor Herzl: «Para Europa, constituiremos allí un trozo de muralla contra el Asia; seríamos el centinela adelantado de la civilización contra la barbarie», salvo que los perseguidores de Dreyfus no eran asiáticos u orientales, sino franceses, como tampoco lo serían, sino alemanes, los autores del genocidio de 50 años después.

(*Obligación y devoción*) La de Silvio Berlusconi no fue «una gaffe planetaria», como ha dicho D'Alema, cuando la actual diplomacia se ha degradado a un juego de cortesías a cartas descubiertas, donde las ganas de darse por ofendidos de unos u otros no deben hacer pensar que no sepan perfectamente cómo están las cosas; inútil esforzarse en declaraciones tan peregrinas y traídas por los pelos como la de que ¡el Mahometismo no es una religión guerrera! o, en palabras del propio Bush, que «el Islam es una religión basada en la paz». Por otra parte, es una gran hipocresía de los occidentales la de fingir que no tienen, o aun que con un esfuerzo de buena voluntad podrían dejar de tener, por mejores —no digo sólo en cuanto preferibles para sí, sino también para cualquier otro—, aunque no sea más que en abstracto, ciertos principios relevantes de Occidente (y no es que excluya que puedan no serlo, salvo que el sólo sospecharlo sería tanto como saltar sobre su sombra). Y si he dicho «en abstracto» es porque pocos los asumen en conciencia, en el capítulo de lo que se llama «obligación», sino que se complacen en ponerlos por las nubes, cacareándolos estrepitosamente cual gallina que hubiese puesto el huevo de oro, relegándolos, con todos los honores, al capítulo de lo que llamamos «devoción». El síntoma más claro e incontestable es el de hasta qué punto una palabra tan capital para las ínfulas de los occidentales como la palabra «democracia» no se use ya como el nombre de una forma de gobierno, sino que puede decirse sin exageración alguna que hoy es literalmente proferida y esgrimida como si fuese el nombre de una virtud; ya no es el nombre de un criterio de organización ni de un comportamiento, ni tan siquiera de un comportamiento virtuoso, sino un objeto de culto ante el que se prosternan con histriónica unción y reverencia.

(*Progreso científico*) El sucederse de las reflexiones sobre un mismo objeto o

campo del conocimiento va generando ciencias diferentes, que se escalonan en una vía ascendente de menor a mayor racionalidad y perfección. Ejemplo de ello es el siguiente: Táctica del bombardero, Estrategia del bombardero, Psicología del bombardero, Fenomenología del bombardero, Antropología del bombardero, Teodicea del bombardero, que es el estado actual de los conocimientos, desde el que ya se vislumbra la suprema Aufhebung que habrá de coronar tan fulgurante progreso del saber, dando a luz finalmente la Teología del Bombardero.

La hija de la guerra y la madre de la patria

§1. Nadie debería dejarse engatusar por un recurso muy socorrido para salvar cierto tipo de malas pasiones, que consiste en rechazar como enfermas o aberrantes algunas manifestaciones *exageradas* de lo que, por frecuente que sea, ya es, por su propia naturaleza, aberración y enfermedad, con el efecto de que las formas más comunes y comedidas aparezcan como sanas y sensatas; para lo cual, lo primero que suele hacerse es sacarle un nombre peyorativo a la forma exagerada y malsana. Así, para desviar de sí toda mirada suspicaz y disipar cualquier desconfianza, fueron tal vez los propios patriotas los que, con certero instinto de conservación, acuñaron y lanzaron al acervo de la opinión pública el derivado peyorativo sacado de la misma raíz que *patriota*, es decir: *patriotero*. *Patriotero* fue el nombre del chivo expiatorio, del *fármakos* expulsado de la polis, llevándose consigo todos los males y pecados de la patria, la insania y el delirio congénitos de todo patriotismo, y dejando lavada de culpa y de impureza la imagen del patriota verdadero, noble y generoso. De la misma manera, se les vino a las manos por sí sola, aunque de forma felizmente oportuna, la noción de *chovinismo*, al punto reconocida y denunciada como una malformación patógena, frente a la cual se imponían medidas profilácticas de exclusión y de aislamiento, a fin de preservar al buen patriota y sobre todo ofrecer las mayores garantías sobre la normalidad y la salud de un patriotismo auténtico.

Pero la pretendida diferencia no viene a ser más que un arreglo *ad hoc*: tan auténtico es el patriotismo del *patriotero* o el *chovinista* como el del patriota; uno y el mismo es el germen que produce la dolencia, por así decirlo, *crónica* y la *aguda*; no se trata siquiera de dos cepas afines, en que la benigna pudiese servir como vacuna contra la maligna, a tenor del clásico principio de la homeopatía: *Similia similibus curantur*, que no ha dejado de esgrimirse alguna vez en defensa del deporte.^[12] La mayor o menor virulencia del mal depende de factores externos, como la predisposición histórica o las circunstancias políticas y territoriales. Así, por ejemplo, un caso tan extremadamente grave y delirante —y que bien merece ser tenido como *un caso de libro* para el estudio de la psicopatía que podría designarse como *histrionismo histórico*— como el de que los reclutas del arma acorazada del ejército israelí suban a jurar bandera a lo alto de Masada, depende probablemente de las particulares circunstancias en que el sionismo quiso hacerse una patria en Palestina.



§2. A este respecto, es Pierre Vidal-Naquet el que, en sus ensayos sobre Flavio Josefo,^[13] nos ofrece abundante documentación no sólo sobre el caso Masada, sino también sobre la rara y variopinta fortuna de las obras de Flavio Josefo como instrumentos ideológicos de diversas comunidades, en función de documentos de legitimación y, a la postre, figuras destinadas a encender y alimentar el funesto fuego fatuo del patriotismo. Vidal-Naquet expone y comenta por extenso los ambivalentes avatares de la obra de Josefo, especialmente *La Guerra Judaica* y *Las Antigüedades*, empezando por su temprano prestigio entre los Cristianos —casi parejo al que les había merecido Filón de Alejandría, virtualmente equiparado con los Padres de la Iglesia—, respecto de lo cual, escribe lo siguiente: *para los cristianos, como mucho a principios del siglo II, Josefo es un testigo capital. Y como la historia sagrada de los judíos viene a ocupar el puesto de la historia política grecorromana, San Jerónimo, que saquea a Josefo, lo llamará “Tito Livio griego”. Las razones que dan lugar a semejante prestigio están muy claras: el pueblo cristiano, el verus Israel, ha sucedido al Israel “según la carne”, de modo que la historia de éste no es más que la prehistoria de aquél. Eusebio de Cesárea, que a principios del siglo IV funda la historia cristiana y la historia de la Iglesia, basa su cronología sobre la de Josefo. La cronología de la historia judía se convierte de este modo en matriz cronológica de la Historia Universal.* Por el contrario, en el seno del Judaísmo, que desde el principio repudió como traidor a la persona de Josefo por su comportamiento en la guerra contra Roma de la que él mismo fue cronista, su obra se vio totalmente ignorada o escamoteada durante varios siglos, empezando a reaflojar sólo en el siglo X, aunque remodelada y hasta tergiversada y bajo otra atribución de autor. *Esta vía subterránea y clandestina de las obras de nuestro historiador —dice Vidal-Naquet— continúa durante todo el siglo XVI y mucho más adelante. Pero en cuanto que el pensamiento judío se iba integrando en los valores del Renacimiento, del Clasicismo y de la Ilustración, los judíos volvieron a leer a Flavio Josefo directamente del original.*



§3. Permítaseme ahora adelantar que, por mi parte, en otro texto antiguo, sin relación alguna con Flavio Josefo ni con los ensayos de Vidal-Naquet, me dio por reparar en cómo ya un par de siglos antes de Moisés de Montefiore —la primera voz sionista, por cuanto yo pueda saber, que siempre es poco— otras minorías religiosas, segregadas, mal vistas o incluso perseguidas en su tierra natal, que habían resuelto buscarse *una nueva patria* en Ultramar (como fue el caso de los puritanos ingleses refugiados en Holanda, que entre 1620 —partida del Mayflower— y 1633 constituyeron el núcleo de los *pilgrims* que entrarían en la fundación de Nueva Inglaterra, o el caso de los holandeses que, elegidos por la pureza de su fe y por sus

virtudes, la Compañía de las Indias Orientales destinó a su escala naval y factoría de aprovisionamiento del Cabo de Buena Esperanza y acabarían constituyendo la colonia de los Bóers, o sea *boyeros*, por dedicarse sobre todo a la cría de vacuno para el suministro de las naves de la Compañía) habían rehabilitado de la Biblia, de la que eran lectores fervorosos, el mito del éxodo mosaico y de la Tierra Prometida, como la autorrepresentación que más se conformaba con su nueva condición o la comedia ideológica que, a efectos legitimadores, adaptativos y pedagógicos, más les convenía escenificar, consagrando los conocidos rasgos *veterotestamentarios* de la mentalidad y el estilo de vida de estas y otras comunidades semejantes. Así que, a partir de la semejanza entre la emigración hacia *una nueva patria* de estas minorías religiosas del área del Cristianismo Reformado —pero aun dentro de éste segregadas como *heterodoxas*—, que habían resucitado una segunda vida a Moisés y a la *Tierra que mana leche y miel*, cuyas cenizas yacían en el sepulcro de sus propias Escrituras, y los impulsos de la emigración sionista a Palestina que amanecieron dos siglos más tarde, no pude sustraerme a la maliciosa conjetura de que el mito mosaico que el Sionismo puso —en la medida en que lo hizo— por banderín de enganche de su empresa no era tanto el que podría haber exhumado directamente de la Torá, conservada —aunque ya, al parecer, poco leída— en las comunidades judías europeas, transformadas ya desde antes de Cristo, merced a la hegemonía del fariseísmo, en pequeña o mediana burguesía eminentemente urbana, sino más bien un mito mosaico inspirado y sugerido por el ya previamente recomprado de segunda mano en la arcaica almoneda de las Escrituras por las antedichas minorías cristianas segregadas, como instrumento ideológico eficaz para su propia aventura migratoria hacia *una nueva patria*; de tal suerte que el Moisés del Sionismo, en la medida en que realmente fuese, a tenor de mis sospechas, reimitado del ya rehabilitado por los Puritanos, sería un tercer Moisés, ya que remasticado por segunda vez ^[14].



§4. Pero el ensayo de Vidal-Naquet nos muestra un hilo conductor distinto, aunque no menos válido —o aun más, si cabe— para la correlación entre la emigración puritana y la sionista que acabo de exponer. Según su estudio —mucho más serio y más documentado, por supuesto, que mi casi gratuita conjetura—, el médium no es el Antiguo Testamento, sino Flavio Josefo, y el mito creador y legitimador de nuevas patrias no es la conquista y el dominio de la Tierra Prometida sino la expugnación y destrucción por los romanos en la Guerra Judaica contada por Josefo. Ya se ha hablado del gran predicamento de que la obra de éste gozó durante siglos entre los cristianos, frente a la mala fortuna que conoció entre los judíos; no obstante, lo primero se alteró completamente a raíz de la escisión producida por el protestantismo. Mientras en la Iglesia Romana Josefo iba perdiendo la antigua confianza, entre los

protestantes adquiriría otro prestigio inesperado, al asignársele, por así decirlo, un novedoso cometido funcional. *Con la Reforma —dice Vidal Naquet— el discurso cristiano ya dejará de ser unitario, y el texto de Josefo tendrá una parte de responsabilidad en ello.* Y más abajo, tras señalar un apunte de diferencias de matiz entre los prefacios de dos traducciones francesas —de 1562 y 1569—, escribe lo siguiente: *Tras la matanza de la Noche de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), la pequeña ciudad de Sancerre fue sitiada desde el 9 de enero hasta el 14 de agosto de 1573; no fue tomada mediante el asalto y el incendio, sino rendida por hambre con una capitulación en toda regla, que supuso la salvación de la ciudad. Entre los asediados [hugonotes, como ya puede suponerse] hallamos al pastor Jean de Léry, que en 1574 publicaría en Lausana la “Histoire mémorable de de la ville de Sancerre” [...] El relato se presenta con toda razón como una narración puramente histórica en el sentido moderno de la palabra; pero Géralde Nakam ha podido demostrar que al referirse al asedio de Sancerre “Léry, con un mimetismo casi instintivo, se remitía a la crónica de la toma de Jerusalén”. El relato de Léry se construye a partir del de Josefo, y habrá que dar a su lectura toda la importancia que merece: frente al papado imperial de Roma, los protestantes franceses —y no sólo franceses— se identifican con los judíos víctimas del Imperio Romano [la cursiva es mía].* De hugonotes franceses fueron las 550 familias que a raíz de la revocación del Edicto de Nantes, en 1685, se embarcaron en los galeones de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, para ser fraternalmente acogidos e integrados entre los Bóers, ya formalmente constituidos en ciudadanía desde 1652 con la fundación de la Ciudad del Cabo. Es sobre todo un grupo de los Boers el que me hace pensar que, al menos por lo que a los protestantes se refiere, la identificación con Israel según Josefo no tiene por qué excluir, en modo alguno, la identificación *secundum Scripturas* de mi hipótesis, sino que pueden muy bien complementarse. Las rigurosas formas de vida patriarcales, con la ritual lectura cotidiana de la Biblia por el padre de familia, especialmente en la iglesia de los Dopfer, aunque más tardía, a la que llegó a pertenecer el propio Kruger, no pueden dejar de hacer pensar en una subrogación en el pueblo de Israel; y un último indicio significativo a este respecto, aunque no sea más que a título de curiosidad, es el de que todavía tan tarde como en 1881, año de la Convención de Pretoria —en la que Gran Bretaña reconoce a la República del Transvaal, pero reservándose el control de su política exterior—, una de las repúblicas fundadas, tras un nuevo éxodo, o *trek*, hacia el norte del Transvaal, por grupos políticamente contumaces en su oposición a la prepotencia anglosajona, fuese bautizada con el nombre de Goshen, nombre, como es harto sabido, de la comarca de la Península del Sinaí en que se estableció Jacob por concesión del faraón y tras haber bajado a Egipto a visitarlo (Génesis, 47, 27).



§5. Pero volvamos a Vidal-Naquet, que nos dice en qué viene a parar, en cuanto a los cristianos se refiere, el prestigio de Josefo, ya totalmente divergente entre católicos y protestantes, y acabará por llevarnos finalmente a Masada. *En los albores del siglo XVIII —dice—, la primera historia de los judíos de la época moderna (obra de Jacques Basnage de Beauval, un protestante del Refugio) se presenta como una simple continuación de la obra de Josefo, cuyas excelencias proclama. Un gran especialista en Josefo, de confesión anglicana, escribe que en Inglaterra, “durante un cierto período de tiempo, no había ninguna familia que no tuviese dos libros: la Biblia y Josefo en la traducción de William Whiston”. Los católicos serán mucho menos entusiastas tras la Contrarreforma; lo demuestra, por ejemplo, la carta que un ilustre erudito jesuita, el padre Hardouin, escribe en 1707 precisamente a propósito de la historia de Basnage: citando al célebre Baronius, llama a Josefo scriptor mendacissimus, añadiendo que “siempre será el quinto evangelio de los protestantes”. Jansenistas y protestantes escribían —como exige la lógica, si es que no la fonética— “José” y no “Josefo”; el padre Hardouin también justifica la ortografía que acabó por prevalecer en francés: “Además, señores, permitidme, os lo ruego, seguir diciendo Josefo, como se hacía antes, porque no puedo acostumbrarme a llamar con un nombre santo a un autor sólo digno de desprecio”. A semejantes cominerías de convento, incluso de un orden tan banalmente fonético que ni siquiera podríamos considerar como simbólico, pueden llegar las pasiones religiosas, especialmente cuando, por añadidura, conservan aún la inercia de un sangriento ayer de guerra, ya que no hay que olvidar que en la fecha de la carta de Hardouin todavía era rey de Francia el último que había movido pieza en el conflicto contra los hugonotes: Luis XIV, con la revocación del Edicto de Nantes, que a tantos infelices volvió a lanzar por los caminos, como en el caso de las 550 familias de hugonotes de las que se ha hablado más arriba.*



§6. En cuanto a los judíos, el que ahora demos un salto hasta el siglo XX no significa que la *vía subterránea y clandestina*, como la llama Vidal-Naquet, de la obra de Flavio Josefo no se haya venido despejando, entre tanto, paulatinamente; hace ya tiempo que no podía ser ignorado ni negado por las notablemente cultas comunidades judías europeas, pero sólo en el siglo XX vuelve a ser objeto de actitudes apasionadas de distinto cariz e incluso a ser *usado*, un poco a la manera en que Schlieman usó a Homero para encontrar *la máscara de oro del rey Agamenón*, como Baedeker histórico en las excavaciones de Masada. Vidal-Naquet da cuenta de dos datos, separados tan sólo por tres años, que marcan un dramático punto de fractura: *En 1938 —dice—, en Nueva York, L. Bemstein publica una apología de Flavio Josefo, en la*

que lo compara ligeramente con Jeremías, y termina el libro reproduciendo una plegaria en hebreo dedicada al alma de Josefo, compuesta por un célebre rabino del pasado siglo (Raiman Schulman, autor de una biografía de Josefo), oración en la que el historiador judío es comparado con los Tannaim, [los rabinos de la primera generación tras la destrucción del templo]. En pocos años el desarrollo de un judaísmo nacionalista dejará muy poco espacio para tales juicios: estamos en el suroeste de Francia, en el otoño de 1941, en la reunión de un grupo de jóvenes simpatizantes del Irgun: “Reabramos el proceso contra el historiador Flavio Josefo, autor de *La Guerra Judaica*, excomandante en jefe (sic) de los rebeldes de Israel, y culpable de colaboracionismo con los romanos”. Josefo fue condenado a muerte por unanimidad como traidor a la causa de Israel.



§7. Pero vengamos finalmente al moderno patriotismo del propio Estado de Israel, patriotismo que, como todos, necesita por madre una guerra en funciones de instrumento de legitimación originaria; en este caso, ya sabemos que la elegida es la Guerra Judaica contada por Flavio Josefo. Vidal-Naquet se centra en dos historiadores; el primero de ellos es Y. Baer, *decano de los historiadores israelís*, conocedor incluso experto en la obra de Josefo, que ha reconocido *las fuentes clásicas tomadas como modelo por Josefo* (V-N)., pero niega totalmente la guerra civil entre los grupos sitiados dentro de las murallas de Jerusalem, narrada en la Guerra Judaica, diciendo que *se trata de un mito retórico romano* (V-N); para él, *los habitantes “permanecieron unidos en la lucha para defender la santidad de su vida y de su ciudad”* (V-N). Tan sólo sometiéndose a arreglos de tal calibre, que no son meros reajustes, sino tergiversaciones o desmentidos —que convierten al cronista en un falsario, favorable a Roma, puesto que fue testigo ocular de lo ocurrido—, puede seguir sirviendo la historia de Josefo como mito legitimador de la patria de Israel refundada o restaurada en Palestina.

El otro historiador, o más bien arqueólogo, es el general Y. Yadin, que al parecer se ocupó personalmente de las excavaciones de Masada; a él se aludía más arriba al decir cómo Flavio Josefo había sido usado para encontrar a los últimos héroes del antiguo Israel probablemente a la manera en que Schlieman se sirvió de Homero para encontrar *la máscara de oro del rey Agamenón*, tal como él mismo decía, al parecer, en el no sé si legendario telegrama que se apresuró a ponerle al rey de Grecia, pues, a tenor de averiguaciones posteriores, el que esa famosa máscara de oro haya podido ser realmente la del rey Agamenón parece que ha resultado tan altamente discutible o contestable como el que los zelotes patrióticamente celebrados por Yadin, incluso con honores funerarios, sean, según Vidal-Naquet, apoyados en una más escrupulosa o menos patriótica lectura del propio relato de Josefo, propiamente *zelotes* (creyentes

celosos de su fe), sino más bien gentes que se escudaban tras ese piadoso y respetable nombre: *era el nombre que se habían puesto aquellos truhanes, cual si estuviesen movidos por acciones virtuosas y no por actividades infames, con los peores excesos (La Guerra Judaica, IV, 161). Josefo —comenta Vidal-Naquet— no habría tenido ningún inconveniente en instalar en la fortaleza de Masada los que para él eran supuestos ‘zelotes’ y auténticos truhanes, pero el caso es que no lo hizo; los ocupantes de Masada entre el 66 y el 74 no son, según él, los zelotes, sino los sicarios, los cuales, si exceptuamos un breve episodio en el que comparten el lugar con Simón Bar Gioras, la seguirán controlando durante toda la guerra. Y más abajo añade: Podríamos decir que son los fariseos que llevan sica (puñal) en la mano; de todos los grupos judíos alzados contra Roma, ellos son los que se valen de prácticas terroristas de modo más sistemático. Lo que Vidal-Naquet no dice es que Josefo en toda su historia de la guerra no trata, ciertamente, a los zelotes con mejores palabras que a otros grupos; y el excesivo ensañamiento con que se expresa aquí, él, tan mesurado en todo lo demás, me susurra al oído el malicioso pensamiento de que tal vez no responda a la indignación que, tan a deshora como al cabo de 19 siglos, podrían producirle los sicarios, a los que conforme a la letra se refiere, sino más bien —según la táctica oblicua del viejo dicho castellano: *A ti te lo digo, hijuela, entiéndelo tú, mi nuera—*, mirando de reajo o apuntando de rebote al que realmente le produce tanta indignación: el general Yadín. De éste, unos párrafos más arriba, dice: *Y. Yadín escribe que Masada “se eleva al rango de símbolo inmortal del valor sin esperanza, símbolo que ha conmovido los corazones a lo largo de 19 siglos”; frase elocuente, pero falsa, sobre todo si esos corazones de los que habla Yadín son los de los judíos [donde alude sin duda al hecho de que, a diferencia de los cristianos, los judíos, por añadidura, no han querido saber nada de Josefo hasta el siglo x y después lo han manipulado, tergiversado y puesto bajo otro nombre al menos hasta el siglo xvi]; él mismo nos dice que el yacimiento fue descubierto en 1838 por los viajeros norteamericanos E. Robinson y E. Smith.[...]. Para darle a Masada su nombre fue preciso que llegasen el sionismo y la formación del moderno Estado de Israel. No me detendré en las diversas y voluntariosas interpretaciones arqueológicas ad hoc que nuestro crítico le desentraña, para mostrar cómo hay quien ha llevado el delirante patriotismo cimentado por el mito de Masada bastante más lejos que Yadín; se trata de un artículo aparecido en octubre de 1967 en *Jewish Spectator* —supongo que es una revista—, con la firma de Trude Weiss Rosmarin: Para [ella] —dice Vidal-Naquet—, la versión de Josefo es la del estado mayor romano; los combatientes de Masada han muerto como debían: luchando heroicamente; las mujeres y los niños fueron asesinados por los romanos, que han difundido la leyenda del suicidio para encubrir sus propios desmanes. De esta manera la historia de Flavio Josefo acaba resultando paradójicamente funcional e incluso imprescindible para dar testimonio del heroísmo de los guerreros de Masada hasta mintiendo de modo infame y traicionero en favor de los romanos. Cabría**

incluso sospechar que su mendacidad podría llegar a sentirse como aun más demostrativa de la verdad del mito de Masada que el relato de cualquier posible testigo fiel y fidedigno. La argumentación implícita vendría a ser algo así como la siguiente: *¿Cómo dudar de que fueron los romanos los que mataron a las mujeres y los niños, siendo así que su perversidad llegaba al punto de que, no sólo cometieron el crimen, sino que, por añadidura, como demuestra la propia falacia de Josefo, no tuvieron reparo en calumniar a sus víctimas, infamando su memoria?*

*Pero el que el lugar sea aparentemente el real —dice Vidal-Naquet, refiriéndose a Masada— no suprime el problema, donde alude probablemente al hecho de que hasta la identificación con la Masada del relato de Josefo, hecha en 1838, el lugar no era más que una meseta a la que los árabes llamaban Kasr es Sebbeh. Pero, a este respecto, yo, por mi parte, voy más allá que Vidal-Naquet: ni siquiera el que Masada hubiese permanecido bien identificada durante 19 siglos suprimiría el problema: éste consiste en que al decir, subidos a lo alto de Masada y señalando al suelo con el dedo, *Aquí fue donde pasó* estamos suponiendo que ese *aquí* puede querer decir unívoca y eternamente *aquí*, tanto para los guerreros de hace 19 siglos como para los reclutas que hoy juran bandera. Pensar que un *aquí* dicho en el tiempo de los hombres pueda pasar 1.900 años sin trastocarse ni inmutarse comporta la aberración positivista de hacer caso omiso de que *mil novecientos años* se dice de manera distinta referido al tiempo de los hombres o, si se quiere, *tiempo histórico*, y referido, en cambio, a las vueltas del sol alrededor de la tierra (o a la inversa, para los heliocéntricos), o sea al llamado *tiempo astronómico*. Por otra parte, *tiempo histórico* está dicho aquí arriba con reservas, porque en esa aberración positivista es justamente en la que incurren los que, haciendo valer el criterio que los romanos llamaban *auctoritas uetustatis*, presentan documentos de un ayer remoto por credenciales de legitimación de la patria que ya tienen o de la que tratan de fundar.*



§8. Creo que no se repara suficientemente en el desmedido grado de abstracción en que se acuñan los objetos de lo que suele llamarse *emocional*, o sea en la superficialidad y gratuidad de lo que se encarece como más íntimo y profundo, lo que *se lleva —como llegan a decir— en la masa de la sangre*. Con gran desenvoltura se profiere la palabra *identidad*, diciendo sin aprensión *búsqueda de identidad*, *crisis de identidad* y hasta *déficit de identidad*, como si el significado fuese de los de *ya sabes a lo que me refiero*. Pero, puesto que *identidad* connota una relación entre un identificado y un identificante, habría que empezar por preguntarse por el trámite activo de *la identificación*. En el caso de los reclutas israelís, tal como indica el lugar de la jura y el lema inscrito en la medalla conmemorativa: *Siempre seremos libres, Masada no caerá otra vez*, estamos ante un acto de identificación con vigor

sacramental —*sacramentum* llamaban los romanos al juramento militar—, en cuanto que *imprime carácter*. Por el mismo conjuro que convoca el allí de entonces de cuando el relato de Josefo para traerlo e identificarlo con el aquí de ahora del momento de la jura, los reclutas se convierten en soldados mediante el carisma subrogatorio que los transubstancia en *los mismos* que los sicarios o zelotes de Eleazar. Pero si esta identidad sacramentalmente adquirida depende *ex opere operantis* de la pura voluntad de identificación de los sacramentados, la identidad no sólo es indiferente a lo remoto del correlato de la identificación, sino también a la verdad o falsedad de la propia historia que erige en fundamento de legitimidad. La *identidad* no es, pues, más que el fetiche proyectado por una determinada voluntad de identificación; y el más imperativo de tal clase de fetiches es, huelga decirlo, este que nos ocupa: el de la patria.



§9. El patriotismo moderno fue engendrado en la Revolución Francesa y con un sentido originario vinculado con la guerra, bajo la idea de que el ejército era *la nación en armas*. La Marsellesa fue la primera marcha militar que se hizo *himno*, o sea que tuvo letra y, cosa aun más relevante, en primera persona del plural, con la clara función ideológica de que los soldados se encamasen en sujeto de la patria y detrás de ellos todo el pueblo del que procedían; y lo más grave es que se lo creyeron. La tricolor fue, por su parte, la primera bandera nacional. Si pareciesen insuficientes estos datos, la magnitud de las guerras napoleónicas hace de aquel patriotismo el paradigma de todos los de la Edad Contemporánea. El éxito de este patriotismo fue tan asombroso que, no habiendo sido nunca ningún impuesto estatal bien acogido por el pueblo, lo fuese, en cambio, a veces con fervor, el que poco más tarde se llamaría *prix de sang*, tributo de sangre, de la conscripción obligatoria, o que 55 años después de Waterloo, bajo un segundo imperio Bonaparte, opresor y corrompido, se diese un caso de tan delirante irrealidad como el de que bastase la noticia —ciertamente agravada por manipulación de Bismarck— de una ofensa del rey de Prusia al embajador francés para que todo París se lanzase a la calle al grito de *¡A Berlín!*, que precipitaría la guerra del 70.

Si a una persona le diesen a leer el texto de una constitución, para saber qué le parece, y contestase: *Pues lo encuentro un proyecto sugestivo de vida en común*, sería una alabanza un tanto sumaria y volátil; el célebre ortegajo, como definición de la patria, apenas podría ser adecuado, no sin el sobreañadido de un esfuerzo de buena voluntad, para ese novísimo embeleco del *patriotismo constitucional*. Por el contrario, José Antonio Primo de Rivera dio de lleno en la verdad de la patria: *Unidad de destino en lo universal*. Desdoblando *lo universal* en una cara diacrónica, que sería *lo histórico*, y en una sincrónica, que sería *lo internacional*, tenemos que la

unidad de destino consiste en que todos los hijos de la patria participan, en régimen de indisoluble proindiviso, de una misma titularidad en los aconteceres de la historia y de su pragma constitutivo, que es la guerra. La patria es el sujeto de la guerra, y el destino común comporta que, en la victoria o la derrota, todos, combatientes y no combatientes, supervivientes y muertos, reciben, de modo unívoco, la condición de vencedores o vencidos.

Esta obviedad de que la patria no puede ser más que hija de la guerra también la vio clarívidentemente Fanón, al decir que aunque Francia se aviniese a conceder pacíficamente la independencia de Argelia, era preciso arrancársela con las armas. Difícilmente un irredentismo, en la medida en que quiere fundar su propia patria, aceptará la racionalidad del Gran Capitán en Garellano: *A enemigo que huye, puente de plata*. No pocas veces se ha visto cómo un irredentismo recurre a acciones violentas contra el dominador expresamente dirigidas a impedirle que se marche por propia voluntad; no quiere que se vaya, quiere echarlo, porque una patria *otorgada* no es una patria, sólo lo es la alcanzada con la fuerza de las armas.

Por otra parte, cuando Kissinger estaba parlamentando en París con Le Duc To, aun sabiendo que la paz de Vietnam estaba hecha, hizo bombardear Haiphongy Hanoi, a fin de escenificar para los americanos la ficción de que las últimas concesiones habían sido arrancadas con los bombarderos, pues sólo así creía darles la impresión de haber logrado *una paz honrosa* —u *honorable*, como se maltradujo entonces—, salvo que nadie se dejó engañar: un muchacho del Bronx al que le preguntaron si estaba satisfecho con el fin de la Guerra de Vietnam, contestó que sí a regañadientes y de mala gana y añadió acto seguido: *Pero a mí no me gusta perder, me gusta ganar*, como si de su equipo de baloncesto se tratara. El propio Kissinger, explicando en otra ocasión sus criterios en la diplomacia, escribía: *Una política que persiga un acuerdo sin más chocará con el sentimiento de autoafirmación nacional*, donde, desde una patria ya establecida, venía a darse la mano con Fanón, que hablaba de una patria por crear.



§10. Es admirable ver a cuántos doctores, políticos o teólogos, a raíz de la conquista de las Yndias, les quitaba el sueño la salvación del alma del monarca —fuese rey o emperador—, pues ya en 1515, Bartolomé de Las Casas, recibido en Plasencia por Fernando el Católico, al darle cuenta de los atropellos y muertes que contra los indios se perpetraban en las Antillas, le encarecía —con la expresiva rapidez, harto graciosa en este caso, de anteponer un adjetivo en singular para dos sustantivos diferentes— cómo aquél *era negocio que mucho importaba a su real conciencia y hacienda*^[15]. Y todavía en 1551, fray Domingo de Soto, en el resumen que se le encargó sobre la controversia entre el propio Las Casas y el doctor Sepúlveda, daba entre otros

motivos el siguiente: *examinar qué forma puede haber como quedasen aquellas gentes sujetas a la majestad del Emperador, nuestro señor, sin lesión de su real conciencia*^[16], donde es de notar que en aquel año la conquista ya estaba hecha en su gran mayor parte y la dominación española establecida, de modo que el descargo de la *real conciencia* era, en verdad, una justificación *post factum*. Con más cínica lucidez describe, en Tito Livio, el pretor Annio Setino una operación análoga: *facile erit, explicatis consiliis, accommodare rebus uerba*^[17]. Y ajustar las palabras a los hechos, después de tomada y hasta puesta en acción la decisión del presidente, es justamente lo que han hecho, quizá también para descargo de *la real conciencia y hacienda* esos 60 intelectuales, políticos y teólogos americanos que han compuesto, firmado y publicado la Encíclica del 14 de febrero del 2002.

La encíclica, que, con arreglo al uso consagrado, debemos titular «Nonnumquam opus est»,^[18] empieza por asentar cinco verdades cuya validez abarca o afecta a la humanidad entera y que después remite a las que los Padres Fundadores consideraron «evidentes en sí mismas», a título de leyes de la *Naturaleza* y del *Dios de la naturaleza*, de donde los autores de la encíclica derivan la convicción de que «hay valores morales universales», para acabar exclamando más abajo: «A nosotros, americanos en tiempo de guerra y de crisis mundial, nos importa encarecer que lo mejor de lo que nosotros llamamos demasiado pronto “los valores americanos” no es patrimonio de la sola América sino la herencia común de la humanidad». De esta manera, los firmantes de la encíclica se autodesignan albaceas, oficiosa o tal vez hasta oficialmente acreditados, de un universalismo que, cabalgando alternativamente o a la vez la cabalgadura religiosa y la laica, o mejor dicho *humanista*, que suena como más fino y respetable, decide por su propia voluntad anexionarse, siquiera espiritualmente —al menos por ahora—, a todos los pueblos y a todos los dioses de este mundo, un poco a la manera de Wojtila, aunque éste lo haga por lo menos consultando por anticipado, por mucho que no pueda ser más que muy someramente ya que otra cosa sería aventurarse por escabrosidades infranqueables, a rabinos, popes, lamas, imames, archimandritas o bramanes de buena voluntad. *Todos los hombres de buena voluntad* dicen literalmente nuestros 60 doctores y teólogos para designar a los que dan por automáticamente anexionados —sólo en espíritu al menos de momento— a su universalismo. La encíclica es, así pues, literalmente una declaración positiva y axiomática de teodicea general, y al mismo tiempo, derivadamente, un programa escatológico.



§11. En cuanto al pasaje en que se señalan cuatro *escuelas intelectuales y morales* sobre la guerra, la primera de ellas, designada como *realismo*, parecería en principio

estar mirando de reojo a Max Weber, pero el probable inspirador de tal pasaje, el firmante Michael Walzer, ni siquiera lo tiene en el índice de autores de su obra *Guerras justas e injustas*. Lo digo porque ya esta misma dualidad del título es tratada por Weber cuando menos despectivamente, por decir poco, en lugares como éste, referido al cristianismo: *La contradicción entre la prédica de la fraternidad de los compañeros y la glorificación de la guerra contra los de fuera no suele ser muy decisiva en una desvalorización de las virtudes guerreras, pues el rodeo salvador fue la distinción entre guerras “justas” e “injustas” —un producto farisaico desconocido por la antigua y auténtica ética de guerra,*^[19] donde bien puede verse cómo Weber se muestra, cuando menos, despreciativo, por decir poco, hacia la distinción adoptada, ya en el título, por la obra de Walzer. Otro pasaje más explícito es éste: *En última instancia, el éxito de la violencia y de la coacción con la violencia depende, naturalmente, de las relaciones de poder y no de un “Derecho” ético, aunque parezca que es posible encontrar criterios objetivos para él. / En todo caso, a cualquier racionalización religiosa doctrinalmente consecuente debe de parecerle un mero remedo de la ética el fenómeno, típico precisamente del Estado racional, que consiste —frente al ingenuo heroísmo primitivo— en que cada uno de los individuos o grupos detentadores del poder participen en la lucha violenta sinceramente convencidos de “tener razón”;*^[20] pasaje en que conviene hacer notar cómo no es tanto la guerra, sino la ética lo que Weber se toma más en serio que los moralistas *ad hoc* de nuestra encíclica. Y justamente en ese deplorado *remedo de la ética* se anticipa uno de los pasajes más famosos y citados de toda la obra de Max Weber, que parece venir como de molde para calificar la actitud y la intención de la *Nonnumquam*: aquel en que se refiere al que llama *vicio clerical de querer tener razón*, que tiene por resultado lo que, unas líneas más abajo, describe como *utilización de la “ética” como instrumento para tener razón.*^[21]

Pero es el propio Walzer el que inadvertidamente abre la puerta al fundamento de la actitud de Weber frente a la idea de *guerra justa*, concretamente donde, anticipando su programa, dice así: *abordaré la cuestión de los medios legítimos para hacer la guerra [se refiere a lo que la Escolástica tomista designaba como “ius in bello”], detallaré sus reglas principales y mostraré cómo han de aplicarse esas reglas en las condiciones que define el combate [cursiva mía], así como la posibilidad que hay de modificarlas en junción de la “necesidad militar”*^[22] *[cursiva mía]*. Tanto las condiciones que define el combate como la necesidad militar son circunstancias que se complementan para dar al *ius in bello* un grado de contingencia incompatible con la idea misma de *ius*. La *necesidad militar* se refiere a una constante inamovible: la irrenunciabilidad del fin, o sea de la victoria; pero si ésta se fija como un designio fáctico imperativamente omnímodo, ocupando virtualmente el lugar de ley incondicionada y absoluta a la que se subordinan y tienen que ajustarse todas las reglas para hacer el menor daño posible necesario, el pretendido *ius in bello* se reduce a una serie de recomendaciones prudenciales semejantes a los consejos

tendientes a atenuar al máximo el arbitrio personal en las actuaciones policíacas inmersas en el continuo espaciotemporal, que entran en lo que se designa como *discrecionalidad*; recomendaciones prudenciales, que, desde el momento en que se acepte la conveniencia de que haya policía, no pueden en modo alguno desdeñarse, pero son irreductibles al concepto de *derecho*; en mucho mayor grado lo será cualquier *ius in bello* que no incluya la eventual alternativa de renunciar a la victoria.



§12. En lo que se refiere a la calificación de *guerra justa*, ahora con arreglo al *ius ad bellum* para la ya decidida y empezada por el presidente, nuestra encíclica cita la opinión de un otrora ayudante de un secretario general de la ONU de que hacer de esta que llama *desteñida imitación de Estado* una instancia capaz de dictaminar internacionalmente sobre la justicia del uso de la fuerza sería, en palabras del mismo funcionario, *una opción suicida*, con lo que los doctores y teólogos autores de la encíclica se remiten, aun sin citarlo, a la maciza doctrina de Santo Tomás sobre las condiciones obligadas para la *guerra justa*, apelando a la de que sólo puede serlo la acometida *por mandato del príncipe legítimo*, lo cual implica la reivindicación de una total e incondicionada soberanía de cada Estado singular, descartando anticipadamente y acaso también deslegitimando retroactivamente todo posible intento de mediación internacional.

A esto sigue, en verdad, un nuevo inciso en el que se matiza la noción tomista de *príncipe legítimo* o mandatario equivalente; no lo son desde luego los hoy tan socorridos *señores de la guerra* —un comodín que queda, por lo demás, sin definir, salvo caracterizando sus guerras como *guerras privadas*, noción, a su vez, no menos necesitada de definición—, pero sí, en cambio, los que merecen salvedades eximentes en una brevísima casuística, que no hace falta ser muy malicioso para ver hasta qué punto está elegida *ad hoc*: la Guerra de Independencia americana y la sublevación del gueto de Varsovia, segundo ejemplo absolutamente disparatado, ya que en una rebelión absolutamente desesperada como aquélla no ha lugar siquiera a discutir de *legitimidades*.



§13. La encíclica se aferra también a las tres condiciones, dos de manera explícita y la otra tácitamente sugerida por la actitud del texto, que confieren a los Estados Unidos la prerrogativa o, si se quiere, la responsabilidad, de erigirse en adalides de la verdad universal y de la lucha contra los que la amenazan. La primera, el haber sido destinatarios de la agresión inicial contra esa verdad, que es a la vez contra la libertad

y la democracia, contra los valores de Occidente y al fin contra la civilización y contra la humanidad, por cuanto infringe, zahiere y escarnece los principios esenciales compartidos por todas las religiones o culturas existentes; la segunda es la de ser el pueblo americano, como con merecido orgullo proclama la *Nonnumquam, el pueblo más religioso de este mundo*. Prerrogativas, ya que no privilegios usurpados, para constituirse en paladines de la *verdad moral universal* —como literalmente dice el texto— y de ese Dios virtualmente unificado o, por decirlo más atenuadamente, *homologado*, como gustan de decir los periodistas deportivos, por la convergencia, todavía apenas vagamente insinuada al horizonte,^[23] de los distintos dioses positivos de *todos los hombres de buena voluntad*, a los que la encíclica invita con fervor a incorporarse a lo que suele designarse como *rearme moral*, cuya punta de lanza —y aquí la tercera condición, sólo tácitamente sugerida, que confiere a Norteamérica la prerrogativa de adalid— es, por supuesto, como todos han tenido ocasión de admirar últimamente, el bombardero.



§14. Ya este respecto, me parece oportuno recordar que la guerra de Afganistán ha tenido una segunda utilidad seguramente ya prevista por las autoridades del Estado americano: la de servir de campo de experimentación del armamento, casi exclusivamente aéreo, tal como ya ocurrió en otro conflicto de baja intensidad: el ataque a Panamá, donde el 4.º de los fines públicamente declarados fue el de probar el entonces nuevo bombardero *Stealthy en combate real*, como gustan decir los estrategas, con el bombardeo del barrio de El Chorrillo, bajo el intento de cazar allí a Noriega —al estilo del obispo de Bezieres en la cruzada contra los albigenses: *Matadlos a todos; Dios conocerá a los suyos*—, con un número de muertos, sólo estimado, pues nunca se hizo una cuenta algo más aproximada, como entre poco menos de un tercio y poco más de dos tercios de los que se han calculado en el derrumbamiento de los dos rascacielos iguales de New York. Sobre los resultados del experimento de Afganistán, ante un auditorio de militares en Charleston, el presidente dijo así: *Cien días de operaciones en los cielos de Afganistán nos han enseñado sobre el futuro de nuestra fuerza aérea más que todo un decenio de conversaciones acerca de la defensa*, y revelaba la siguiente conclusión: *Hemos entrado en una era en la que toda clase de aviones sin piloto va a tener una importancia acrecentada en el aire, en la tierra, en la mar y en el espacio*, confirmando con ello la opinión del general Jumper, jefe del estado mayor de la aviación americana, para animar a empresas como Boeing, Lockheed Martin, Northrop Grumman o General Atomic a lanzarse al estudio y desarrollo de este tipo de productos. Los experimentos de Afganistán han demostrado la eficacia de dos aviones sin piloto: el Global Hawk, no armado, para misiones de reconocimiento de larga duración, y el Predator A, como

lanzadera para dos misiles Hellfire —o sea Fuego del Infierno—, lo que ha hecho reorientar las asignaciones del nuevo presupuesto armamentista hacia un nuevo Global Hawk, esta vez armado con dos bombas de 250 kilos o cuatro de 125, y hacia un Predator B, capaz de mantenerse en el aire de 24 a 26 horas a 20.000 metros de altitud y capaz de lanzar hasta 14 misiles una vez identificado el objetivo. Los criterios determinantes han sido el de reducir al mínimo el intervalo entre la localización del objetivo y el acto de su destrucción y de llevar al máximo el tiempo de permanencia en el aire, cosa que, a causa de la natural fatiga de un piloto humano, no puede permitirse ningún avión tripulado, que, además, le sale muchísimo más caro al Estado y, derivadamente, a los contribuyentes.^[24]



§15. Sobre la industria de armamento en general, dejo de lado los intereses económicos, que ya supongo que deben de ser grandes y determinantes, tal como hace 50 años amonestaba el general Eisenhower con su frase del *complejo militar-industrial*; tampoco hablaré del afán de *potencia* (Gewalt, opuesto a Macht, en la distinción de Hannah Arendt), como tal afán en sí mismo, sino de un acicate interior, inherente al proceso de invención e innovación, que lo acompaña y favorece: el componente lúdico de la investigación tecnológica, que convierte la actividad del inventor en una pasión poderosamente compulsiva, en un juego al que no puede dejar de jugar. Pero si a ello se añaden costosísimas instalaciones, cuerpos de expertos, con toda clase de empleados auxiliares, predispuestos para una actividad que ya se da por permanente (porque están lejos los tiempos en que el riesgo de guerra obligaba a improvisar en un granero manufacturas de pólvora o fusiles), entonces se invierte — como, por lo demás, en toda producción industrial— la analogía imaginaria con la ley biológica de que la función crea el órgano y pasa a ser el órgano el que presiona fuertemente para regir la función. La sensatez, que es pura ideología, se resiste denodadamente a ver la insensatez de la autónoma gratuidad de la razón instrumental, sobre todo donde ésta suscita la escabrosa sospecha de que las armas puedan ser causa de la guerra.

Al acicate de la pasión tecnológica nos remite Tzvetan Todorov a propósito del fin de la II Guerra Mundial, diciendo lo siguiente: *Robert Oppenheimer, que dirigía el proyecto, explicó unos años más tarde: “A mi entender, cuando se ve algo que es técnicamente seductor, te lanzas y lo haces; las preguntas sobre lo que se hará con ello se hacen sólo después de haber alcanzado el éxito técnico. Así fueron las cosas con la bomba atómica”*. Y, más abajo, sigue Todorov: *Un impulso semejante, aunque más esparcido, caracteriza toda burocracia, y aquí, más particularmente, la burocracia militar. Habría podido pensarse que, al estar concebida la bomba como una protección contra Hitler, se renunciara a usarla tras la derrota de éste, pero esto*

es algo inconcebible para el pensamiento instrumental y burocrático: puesto que el proyecto se ha empezado, hay que llevarlo hasta el fin. Oppenheimer declara después de la guerra: “No creo que nunca hayamos trabajado con mayor intensidad y rapidez que tras la capitulación de Alemania”. Se apresuraban, en efecto, porque temían que la guerra se acabara antes de haber logrado poner a punto su hermoso invento. El mando militar, por su parte, quería que no fuese la negociación sino la intervención armada lo que llevase la guerra a su triunfal terminación^[25]. Hasta aquí Todorov. Pero hay un punto más, que me parece decisivo: los Estados Unidos habían comprobado el éxito de la invención con una explosión en el desierto de Nuevo Méjico, el 16 de julio de 1945, o sea 2 meses y 9 días después de la rendición del Tercer Reich; pero ¿qué significaba un gran estruendo en medio del desierto? Nada distinto de un posible aunque insólito fenómeno de la Naturaleza, y ellos necesitaban que la bomba atómica, dicho con todo el énfasis que aquí hace al caso, *entrara en la Historia*, y sólo entra de veras en la historia lo que lo hace por la puerta grande de su argumento capítai: la guerra. Y mucho más si, por añadidura, decide la victoria.



§16. Tomaré ahora una frase del presidente Bush, que, entre otras muchas, merece ser analizada detenidamente; es ésta: *La historia nos ha dado una oportunidad de defender la libertad y combatir la tiranía y eso es exactamente lo que vamos a hacer*. Nótese que no dice *nos ha confiado la misión*^[26], que tendría un sentido más general, sino *nos ha dado la oportunidad*, estrechamente inmediato y ocasional, con lo que la *oportunidad* no puede ser más que al atentado que ha destruido los dos rascacielos iguales. El efecto de ese atentado, empezando por las dos cámaras reunidas en el Capitolio, que aprobaron clamorosamente la concesión de poderes de guerra al presidente, e instantáneamente seguido por la inmensa mayoría de la nación, fue el desencadenamiento de una ola de patriotismo nunca antes conocida en un trance semejante y que ya habrían deseado conseguir no sólo Wilson en abril de 1917, sino incluso el propio Roosevelt en diciembre de 1941. El ilustre comentarista francés K. S. Karol se deja llevar por la repugnancia —que, por lo demás, comparto plenamente— ante un segundo espectáculo semejante al mencionado, dado en el Capitolio con ocasión del discurso sobre el estado de la Unión, haciendo el juicio de valor de llamarlo *espectáculo aterrador de histeria colectiva*, donde yo, sin embargo, cambiaría la airada calificación de *histeria*, por la que creo más objetiva y menos pasional, o sea por *euforia*. Una tal explosión de patriotismo, en que la patria se demuestra, de modo indiscutible, hija congénita de la guerra, es la explosión de una droga euforizante que manifiesta hasta qué punto la guerra es el momento de plenitud de un pueblo en cuanto pueblo, de una nación como nación.

El atentado que el presidente ha acabado por transfigurar en *oportunidad dada*

por la historia para defender la libertad y combatir la tiranía, si ha de tenerse por tal oportunidad, lo es, en primer lugar, para el presidente mismo, su propio *Carpe diem!*, al tener en sus manos los poderes de guerra que el Capitolio le ha dado por aclamación, con el entusiasmo de la nación entera, que, a semejanza del grito parisino de *¡A Berlín!*, que fue el clamor popular que necesitaba y al mismo tiempo hacía necesaria la guerra del 70, le permite pensar que el pueblo lo ha querido y se lo ha dado, aunque él estime más a la altura del estilo de un gran estadista atribuírselo a la historia. En cuanto al resorte que ha trocado la destrucción de los dos rascacielos iguales en tamaña espoleta de patriotismo y de guerra, responde, a mi juicio, al inmensamente poderoso efecto de catarsis, con el correspondiente sentimiento de estado de gracia de toda la nación, que es capaz de producir la condición de víctima de una agresión tan inesperada y repentina como tremendamente mortífera. La sinrazón del agravio padecido produce en el agraviado no sólo un sentimiento de inocencia que, a manera de indulgencia plenaria, se hace inmediatamente extensivo a la totalidad de su conciencia, como una purificación completa sin residuo alguno, sino también el correlato positivo de sentirse *cargado de razón*, que en la contabilidad de la conciencia adquiere, bajo la relación de equivalente, la forma de adquisición de un *capital moral*. Nadie ha acertado a expresarlo con tan candorosa ingenuidad como un columnista de un diario madrileño: *Pero Estados Unidos — escribía— no puede disparar contra el primer sospechoso sin perder la superioridad moral que le ha dado ser víctima de este ataque asesino*. Traduce certeramente lo que yo llamo *capital moral por superioridad moral*, pues esa superioridad connota la exacta relación contable de que ese capital que ingresa como HABER de la cuenta moral del agredido se corresponde con un equivalente negativo que se carga en calidad de DEBE en la del agresor, acreditando por tanto el legítimo derecho del primero a resarcirse de la diferencia a expensas del segundo. Añadamos de pasada que la venganza se satisface justamente acumulando contra el ofensor méritos suficientes hasta hacerse —o haber sido, si lo miramos retroactivamente— merecedor del agravio padecido. Y recordando la frase de Román Gary, citada por Todorov, de que *cuando la guerra se ha ganado, los vencidos quedan liberados, no los vencedores*^[27], digamos también que nada hay más peligroso para uno que estar cargado de razón ni nadie más peligroso para los demás que el que está cargado de razón.



§17. El clamor popular que el presidente transfiguró en oportunidad dada por la historia para defender la libertad y combatir la tiranía era cruda y desnuda sed de venganza y la explosión de patriotismo era la euforia desencadenada por la determinación de satisfacerla; de satisfacer lo que Kissinger llamaba, con lenguaje de

psicólogo, *el sentimiento de autoafirmación nacional*. En cuanto a la incalificable obscenidad del chiste populista del *Wanted* con la cara del jeque pegado por todas las paredes del país, responde al hecho de que para la elementalidad del alma americana la mayor eficacia publicitaria se alcanza en estos casos con la individuación del enemigo en un sujeto singular con rostro y nombre; así parece mostrarlo, en el sentido inverso, el comentario de una señora que había perdido a su marido en el atentado de Nueva York, tras la emisión del vídeo que mostraba al jeque celebrando su hazaña: *Así que este hombre estaba ya pensando una semana antes en asesinar a Mike* (la cita no es literal en cuanto al nombre del marido). Por otra parte, aquel vídeo suscitó aun mayor escándalo al presentar al jeque contando entre sonrisas de satisfacción la eficacia del atentado; tal actitud les parecía incluso más perversa que los hechos mismos, como si no se les alcanzase que cualquier persona que se ha propuesto un fin, por muy malvado que sea, no dejará de sentirse satisfecho ante el éxito logrado. Pues ¿cómo se figuraban que se había recibido en el Pentágono y en la Casa Blanca la noticia del éxito de Hiroshima?

Por otra parte, la inmediata eficacia publicitaria de la individuación del enemigo en un rostro y un nombre singular tenía la contrapartida de un riesgo previsible: al explotar ese recurso con el fin de conseguir el máximo grado de adhesión popular para la guerra, poniendo incluso como objetivo principal la captura o la muerte de ese hombre, con que se siguió cebando durante un cierto tiempo la pasión vengativa del país, se presentaba la dificultad de que ese fin puntual pudiese retrasarse, tal como de hecho acabó por ocurrir, con lo que se hizo preciso reconducir las expectativas populares; y así, por boca de Wolfowitz, empezó a rebajarse ese objetivo a la categoría de *simbólico*. Los que pagaron por ello acabaron por ser los deportados a Guantánamo: arrastrando el previsible —farisaico— escándalo de los europeos, decidieron hacer públicas las fotografías, como un sustitutivo dirigido a compensar la fallida captura del jeque principal; y ni siquiera puede excluirse que de hecho los tratasen bastante mejor que lo que las fotografías querían hacer creer, pero sólo mostrándolos como inhumanamente vejados, encadenados, arrodillados y maltratados hasta el borde de la tortura creían poder alcanzar el fin probablemente pretendido con tal exhibición: el de aplacar, a falta del gran jeque, la sed de venganza del pueblo americano.



§18. En los antiguos cuentos infantiles, en las novelas de género, en las películas de terror, donde la ficción lo ha explotado como un elemento de placer, el miedo ha demostrado su carácter de emoción ambivalente. Por eso yo no creo que el miedo público, publicitariamente puesto a rendimiento por un gobierno seguramente no menos imbuido en esa ambivalencia emocional, ni aun en los casos en que parezca

más desproporcionado, tenga tanto de delirio paranoico como de sugestión lúdica, subliminalmente placentera. De sus derivaciones en la fantasía, bajo el impulso de representarse un maligno adecuadamente sombrío, alevoso, inteligente, floreció en seguida una escuela de dibujantes que podría llamarse *neopiranesiana*, aunque de gusto menos retórico y espectacular que el del viejo maestro Piranesi, sino más utilitarista y funcional: se dibujaron, en sección vertical, complicadas instalaciones de muchos pisos vaciadas en la piedra montaña adentro y dotadas de toda suerte de adelantos tecnológicos, donde el Jeque del Mal gobernaba, elegante, pensativo, melancólico, como un Capitán Nemo, salvo que no de las aguas abisales del Océano, sino de las profundas entrañas de la roca. Tan infantiles inventos de tebeo debían de satisfacer muy bien la ambivalente concupiscencia popular hacia los miedos y las fobias. Después ha venido a saberse que el gobierno al que tales fantasías soterrañas ayudaban a agigantar la imagen del maligno, la magnitud de su poder y la invisible ubicuidad de su amenaza, con el fin de exacerbar y de atraerse el patriotismo nacional y extorsionar conminatoriamente: *Conmigo o contra mí*, a todas las naciones: a las abadas, de las que sólo quería complicidad en la culpa, no en los hechos, como ha mostrado al rechazar cualquier ayuda relevante, y a las demás, amonestándoles que no se equivocasen sobre lo que les esperaba de no tomar en serio sus palabras, ese mismo gobierno, mire usted por dónde, ha resultado ser el que realmente disponía de tal clase de delirantes instalaciones subterráneas, a las que había vuelto a poner en funcionamiento para albergar un permanente y ultrasecreto *gobierno en la sombra*. Aunque tampoco puede excluirse que el secreto sea, en verdad, el de que no hay tal gobierno en la sombra y allí tan sólo vivan, como en aquel hotel de *El resplandor*, aislado por la nieve en el invierno, el guarda y su mujer, con el hijito siempre patinando por los largos y desolados corredores, porque los que han multiplicado por mil o por diez mil la amenaza del maligno, poniéndola a la medida de su propia borrachera de grandeza histórica —por no decir destino escatológico, ya que tanto parecen saborear la jerga escatológica: bombones como *el día de la ira*, *dies irae*, o *ha empezado el juicio final para los terroristas*—, elevando, así pues, la amenaza del maligno a *amenaza mundial*, para poder amenazar con ella al mundo entero, acaso hayan pensado que fingiéndose plenamente convencidos serían más convincentes para los demás. La hipótesis del guarda tal vez sea un cierto exceso de suspicacia por mi parte; también podrían haber metido un centenar de extras de cine en paro, pero ¿para qué, si nadie lo iba a ver?



§19. En cuanto a los bombardeos que se han podido ver por la pantalla, como una sucesión de altísimas columnas de humo separadas por trechos regulares a lo largo de una línea recta como de unos 3 o 4 kilómetros —no sabría yo calcular—, que hacían

pensar que algunas o muchas de ellas debían de estallar en un rodal totalmente vacío, serían probablemente un espectáculo de cine porno sado destinado a satisfacer lo que Susan Sontag ha llamado *la lujuria que la opinión pública [americana] siente por los bombardeos en masa*. Y a propósito de esta interpretación de Sontag, conviene recordar cómo al representar a Don Quijote, en el arranque de su primera salida, leyendo, *como en fantasía*,^[28] lo que sobre aquel mismo momento inaugural de su epopeya escribiría *en los venideros tiempos* el que contase *la verdadera historia de sus [mis] famosos hechos*,^[29] el felicísimo talento de Cervantes, al poner de este modo la aventura de su héroe bajo el signo inequívoco de *aventura estética*, adivinaba el principio de que toda estética es una antigua ética. Este mismo principio podría aplicarse, a mi entender, al caso de la ética heroica y pistolera de la conquista del Far West, del Destino Manifiesto, que, al perpetuarse bajo la forma de estética popular en las novelas y en las películas del Oeste, ha dado lugar a que incluso tan a destiempo y tan gratuitamente como hoy se conserven entre los americanos, mucho más que en cualquier otro país, el prestigio y el culto de la violencia y de las armas. *Ferox gens, nullam uitam rati sine armis esse*, como de los iberos decía Tito Livio. Sería esta misma, prestigiosa, estética la que, en el orden de lo internacional, hace que la gran mayoría de los americanos no encuentre más que un motivo de autocomplacencia al verse en el espejo con la imagen de *la nación más poderosa del planeta, scilicet la más bendecida por Dios a lo largo de la historia*.



§20. Pero en cuestión de bombardeos, no puedo dejar de confesar que hay como un cierto prejuicio de la sensibilidad, incluso más propio de antiguo guerrero que de moderno pacifista, frente a la invulnerabilidad e inmunidad del bombardero, que contra un enemigo incomparablemente más débil puede alcanzar el desiderátum de *bajas cero*, por decirlo en la gélida jerga de la guerra actual. Y si hablo de *prejuicio de la sensibilidad* es porque ese desiderátum no sólo está defendido por una racionalidad inatacable: ¿qué hueste rechazaría garantizarse la victoria con un daño propio que tendiese a cero?, sino que incluso está implícitamente prefigurado en una de las condiciones necesarias para la *guerra justa* de los tratadistas cristianos: la de que haya un alto grado de probabilidad de la victoria, que fray Tomás de Vio, el cardenal Cayetano, lleva al extremo de exigirla como total certeza. Pero ni aun ante el incontestable rigor racional del argumento logra la sensibilidad aplacar del todo la sorda turbación que le produce la especial inmunidad del bombardero; se trata de un desasosiego que no encuentra palabras con las que explicarse ni menos todavía justificarse, salvo que no consigue reprimir el sentimiento de que tamaña inmunidad le resulte tan ofensiva, tan hiriente, como una olímpica y abusiva impunidad.

Naturalmente, si aplicamos el criterio escolástico de la guerra justa en lo que atañe al citado punto de que para serlo tiene que darse un alto grado de probabilidad de la victoria, según el padre Suárez, o la plena seguridad, según el cardenal Cayetano, jamás han visto los cielos una guerra más ignominiosamente injusta por la parte de los talibanes ni más aplastantemente justa por la de los americanos.

Dios da la victoria a los justos. Y en cuanto al desconcierto moral que puede producir en ocasiones un resultado inverso, fue al veterano senador socialista don José Prat, presidente del Ateneo cuando yo lo conocí, al que le oí una vez, ante un auditorio público, citar una sentencia que daba una salida, siquiera perentoria, para uno de esos casos de resultado inverso, precisamente entre moros y cristianos:

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios apoya a los malos
cuando son más que los buenos.*

IV

Como a maneira de epílogo

Alkíonai Hémerai

*Cielo desgarradoramente azul
para el recuerdo de los días alegres:
azul testigo del azul perdido
de los azules días del cormorán,
todos ayer.*

*Bajamos por escabrosas escombreras
hacia los ríos parados y podridos,
perdiendo hasta el ayer: los días del alción
en la sonrisa de los hijos muertos.*

*La mar se vuelve negra,
se muere el cormorán,
¿y quién hará el azul, quién hará el día,
quién hará el ayer?*

*Tiempo estampado en el mañana escrito
del libro encalendado e idumarcial,
sin todavía.*

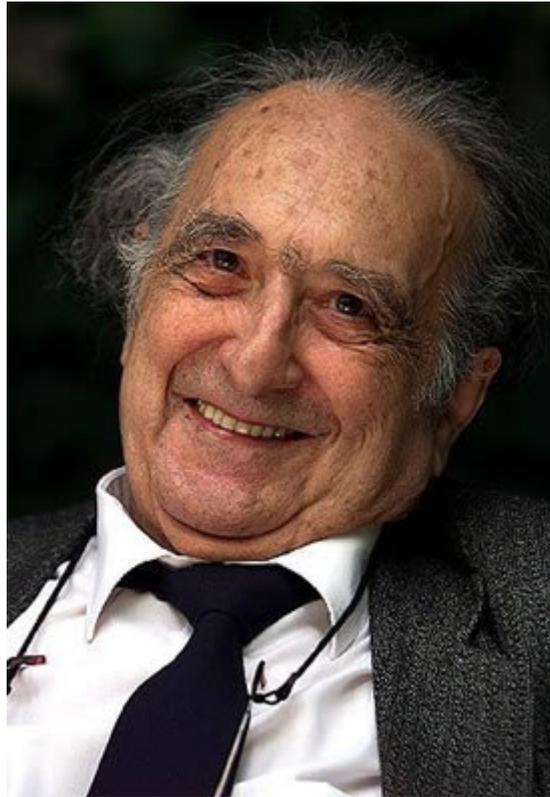
*Tiempo forjado en hierro de trofeo
y en bronce ecuestre fundido y perpetuado,
y bruñidas de historia las medallas
de las edades enfuturecidas
blanquean rojos cruores
de antiguas sañas en cándido alabastro:
peer en botija para que retumbe,
para que otumbe y para que lepante.*

*El calendario trae el tiempo ya apagado,
exorcizado, amortizado, reinvertido
en valores de viuda, no temáis:
toda zozobra antizipadamente
ha sido degollada
por Herodes el Grande, por Futuro Magno:
Ne redeant Saturnia regna!*

*Clavada la vertical del fiel de la balanza,
ventura y desventura, cada una en su platillo,*

pesarán para siempre exactamente igual.

*Némesis protectora y vigilante,
cascando de un mismo golpe el uno contra el otro
sus finos cráneos de recién nacido,
cuidará de matar cada mañana
la desesperación y la esperanza.*



RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO (Roma, 4 de diciembre de 1927) es un escritor español —novelista, ensayista, gramático y lingüista— perteneciente a la denominada generación de los años 50 —los niños de la guerra—, premio Cervantes 2004 y Nacional de las Letras 2009.

Hijo del escritor y uno de los principales ideólogos del falangismo Rafael Sánchez Mazas (cuyo frustrado fusilamiento en la Guerra Civil española fue novelado por Javier Cercas en *Soldados de Salamina*, de 2001), y de la italiana Liliana Ferlosio, nació en Roma, donde su padre era corresponsal del diario ABC. Es hermano del filósofo y matemático Miguel Sánchez-Mazas Ferlosio y del poeta y cantante Chicho Sánchez Ferlosio.

Estudió en el colegio jesuita San José de Villafranca de los Barros y posteriormente cursó filología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, en la que obtuvo el doctorado. Años más tarde, realizaría estudios en la Escuela Nacional de Cinematografía que dejaría inconclusos.

En 1950 se hizo novio de la escritora Carmen Martín Gaité, a quien había conocido en la universidad. Se casaron en octubre de 1953 y terminaron separándose amistosamente en 1970. Juntos tuvieron una hija, Marta, que falleció en 1985 a la edad de 29 años.

Se relacionó con los círculos literarios de su época y fue codirector de *Revista Española*, formando parte más tarde del *Círculo Lingüístico de Madrid*. Publicó en 1951 por primera vez, guardando más tarde un silencio literario que duraría hasta

1974.

Ha colaborado en numerosos periódicos como Arriba, ABC, Diario 16 y El País, y en revistas como El Urogallo, Cuadernos Hispanoamericanos y Revista de Occidente, habiendo recibido varios premios periodísticos.

Su primera novela, que apareció en 1951, se tituló *Industrias y andanzas de Alfanhuí*. Luego le llegaría el turno a *El Jarama*, libro que se convirtió en una de las obras más significativas de la literatura española de posguerra y fue reconocido con varios galardones, entre ellos el Premio Nadal en 1955 y el de la Crítica en 1956.

Años después el autor publicaría textos de diversos géneros, como los relatos *Y el corazón caliente*, *Dientes*, *pólvora*, *febrero*, el ensayo titulado *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, *Las semanas del jardín*, *El testimonio de Yarfoz* (que llegó a ser finalista del Premio Nacional de Literatura), *Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado*, *Campo de Marte*, *La homilía del ratón* y *El ejército nacional*, entre otros trabajos.

Además de los ya citados ha recibido el premio Nacional de Ensayo en 1994, el Cervantes en el 2004, y el Nacional de las Letras Españolas en el 2009.

Notas

[1] Es en el gran maestro de historiadores, Leopold von Ranke y en su obra «Historia de los papas en la edad moderna», de 1834, donde he sabido de este papel decisivo de la Compañía de Jesús en la Contrarreforma, del que da amplia noticia (no he podido tener en mis manos su obra específica sobre la Compañía); por lo que atañe a lo que 3 líneas más abajo se dice de «los príncipes cristianos», es el propio von Ranke el que alude al principio de Justus Lipsius: «Cuius regio eius religio», que fue casi generalmente aceptado en los conflictos político-religioso-militares del siglo XVI y principios del XVII. Hay que decir que la «objetividad» adoptada por von Ranke como primer mandamiento de todo historiador no dejó de acarrearle (sobre todo por su imparcialidad entre católicos y protestantes —él era luterano—, ya que no rebajó su actitud de estima —«objetiva», por supuesto— hacia el gran papel de la Compañía de Jesús) severas críticas de los protestantes, un poco a la manera de los norteamericanos, con su «¿Tú de qué lado estás?». <<

[2] Desde el «preliberal» Mandeville hasta Jovellanos, pasando por el propio Adam Smith. <<

[3] El tremendo incremento de las empresas de seguridad privadas, con sus «vigilantes jurados», que recuerdan al «guarda jurado» rural del siglo XIX y primera mitad del XX, con su ancha bandolera de cuero con una chapa ovalada de latón con el nombre del amo y su *tercerola* al hombro (uno de los cuales —a caballo, por añadidura— nos llegó a *exigir* a mi hermano y a mí, que le enseñásemos el carnet de identidad, todavía hacia finales de los años 50, en la finca de El Alamín, de 17.000 hectáreas), hace temer lo peor, si es que lo peor no será la formación de jaurías a partir de las razas de perros feroces que ya se están criando —aunque todavía para solaz de los amos—, con lo que nos esperaba un futuro sumamente pretérito. <<

[4] Aquellos elegantísimos señores de ropas talaras que eran los jesuitas de mis tiempos jamás habrían tolerado ni por un minuto el más pequeño intento de intromisión de los papás y las mamás ni en la enseñanza ni en la educación — cristiana, por supuesto— que los hijos recibían en sus colegios: «Comprendo, y aprecio en lo que vale, su preocupación por el muchacho —habrían dicho con la más exquisita educación—, pero ustedes nos lo han confiado para que nosotros lo eduquemos en nuestra casa, y en esta casa rigen, como en todas, los criterios y las normas de los que la gobernamos bajo nuestra responsabilidad; así que cuando el chico vuelva de vacaciones a la casa de sus padres, entonces serán ustedes los que lo gobiernen (*gobernar* era una palabra que les gustaba mucho a los jesuitas) conforme a los criterios que rijan en ella». El que una tal actitud fuese posible merced al inmenso poder de que gozaba la Iglesia en aquel tiempo es ya otra cuestión. <<

[5] Véase el pecio «¡Fuera papás!», que está en la página 114. <<

[6] El orden burocrático ha venido convirtiéndose, como bien supo señalar Max Weber, en el orden mismo del mundo; orden predominante, prácticamente único, hasta el extremo de que las cosas que intentan sustraerse a él, aspirando a configurarse conforme a un orden diferente, en la medida que todavía pueda ser siquiera imaginable (como demuestra el hecho de que los que se digan: «ordenemos esto» es sumamente difícil que no incurran, aun sin darse cuenta, en modelos o tics burocráticos hoy poderosamente arraigados en la inercia de la mente y que sienten incluso como ritos protectores), están abocadas al descorazonamiento y a la dejación.

<<

[7] El título del párrafo alude a que a aquellas asignaturas menores y de mero expediente de mis tiempos: «Religión», «Formación del espíritu nacional» (o «Formación política») y «Educación física» se las llamaba, con un punto de desdén, «las tres marías». <<

[8] La «identidad» es siempre, por su propia índole, «frente a», nunca, por ejemplo, «respecto de», puesto que por mucho que se vista con atributos, éstos no tienen otra función que la de signos diacríticos, distintivos, como el color de las banderas, sin contenido semántico que connote «cualidad», sino sólo señales que indican «otredad». La bandera no es ninguna cualidad de la hueste que la enarbola, porque no dice «soy así», sino «soy yo» lo cual siempre quiere decir «no soy tú», «soy otro que tú»; si el color de las banderas fuese una cualidad, querer cambiarlo sería tan imposible como el que una liebre quisiese cambiar su hermosísimo par de orejas por un par de cuernos, con el que, ciertamente, se vería menos indefensa. Ese fetiche totalmente carente de significado que es la «identidad» sólo se hipostasía y se sacraliza cuando ejerce su función de «distintivo» precisamente «frente a» otro, o sea en el contexto del antagonismo, al igual que el color de la bandera lo ejerce en el trance para el que fue creada: la batalla. <<

[9] Parece ser que los franciscanos se mostraban incluso celosos por mantener la exclusiva del conocimiento de las lenguas indias y no sólo en aras de su celo apostólico en la predicación del Evangelio y en la conversión de los indígenas, sino que los laicos castellanos y enseguida «españoles» les enseñasen malas costumbres, sino también por la notable cuota de poder que en la rección de las colonias les confería semejante monopolio: su control sobre los nativos redundaba en mayor influencia general en la dominación de Ultramar. <<

[10] El programa «Tómbola» se suprimió poco después, por protestas que lo tachaban de «mal gusto», pero en cierto sentido era bastante más inofensivo que otros, por la sencilla razón de que el grupo de los que lo regían eran simples «transgresores» lúdicos, que no tenían, ni en modo alguno pretendían tener, lo que suele llamarse «autoridad moral», como sí, en cambio, la tiene, y se complace en tenerla con no pocas ínfulas, ese dechado de sentido común, vulgaridad y mala educación que es el programa «Día a día», protagonizado y gobernado con mano de hierro por Teresa Campos. <<

[11] Una persona muy querida me contaba de un librero valenciano, apasionado por las láminas de tejidos orgánicos y proliferaciones celulares, que se extasiaba ante la redondez de lo viviente: «¡Tot en cercles, tot en cercles!», repetía. <<

[12] En un texto antiguo, aunque usando la palabra «nacionalismo» en lugar de la más comprensiva «patriotismo», que conviene aquí, decía lo siguiente: «Y, por cierto, que el hecho de que el anuncio público de éste [Leopoldo Galtieri, último presidente de la Junta militar que gobernó Argentina hasta 1982] sobre la aventura [la reconquista armada de las Islas Malvinas] tuviese mucho más eco popular del que esperaban los que conocen el mayoritario descontento político de la población argentina con el gobierno de la Junta no tenía por qué haber sorprendido, en verdad, a nadie mucho más de cuanto podría haberle sorprendido el hecho de encontrar partidarios entusiastas de la selección nacional [el equipo de fútbol que representaba a la Argentina en el Campeonato Mundial de 1982] incluso entre los más acérrimos enemigos del régimen. La motivación psicológica colectiva viene a ser la misma».

«Desde el punto de vista subjetivo», dice Theodor W. Adorno, «el nacionalsocialismo incrementó en la psiquis de los hombres el narcisismo colectivo; brevemente dicho, aumentó hasta lo inconmensurable la vanidad nacional. Los impulsos narcisistas de los individuos, que encuentran cada vez menos satisfacción en un mundo endurecido, persisten, sin embargo, mientras la civilización les niega tantas cosas, en una identificación con la totalidad como forma de satisfacción sucedánea». Y en otro lugar: «A modo de sucedáneo, el nacionalismo les devuelve, como individuos, parte del propio respeto, que la colectividad les sustrae y cuya recuperación esperan de ella al identificarse ilusoriamente con la misma». Nada de extraño hay, a tenor de esto, en que este mecanismo, que ya actúa en las llamadas democracias —donde hay siquiera un simulacro jurídico de intervención social en los negocios públicos—, actúe con tanta mayor fuerza allí donde, como en la Argentina de la Junta, la nulidad de la comunidad de ciudadanos es incluso jurídicamente efectiva y el consiguiente sentimiento de impotencia alcanza un grado extremo. Por eso no puede extrañar que ante la ocupación de las Malvinas, o aun el sólo acto de desafiar a la poderosa Gran Bretaña, muchos más argentinos que los que a partir de previsiones razonables habríamos esperado se sintiesen inmediatamente colmados de un sentimiento de autoafirmación, viendo en la hazaña, no ya ninguna solución de nada, sino un puro trofeo exactamente tan deseable y tan precioso en sí mismo y por sí mismo como la copa de oro que esperaban que les trajese, de retomo a la patria, la selección nacional. Y la objetiva diferencia de lo emento frente a lo incruento que media entre una y otra cosa tiene en lo colectivo mucha menos fuerza de lo que comúnmente se desea aceptar, ya que no hay nada que los hombres, y especialmente en colectividad, no estén dispuestos a inmolar en el altar de la autoafirmación y la soberbia. <<

[13] «Flavio Josefo o Sobre el buen uso de la traición» y «Flavio Josefo revisado», en «Ensayos de historiografía», Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1990, versión castellana de José Carlos Bermejo Barrera. <<

[14] Juan Aranzadi, que ha estudiado detenidamente los «éxodos» que han ido conformando Norteamérica, desde los pilgrims del Mayflower hasta los mormones, como puede verse en el segundo tomo de su «El escudo de Arquíloco», me ha dicho de palabra que sería cabalmente apropiado, a veces incluso literalmente, designar como «sionismo» el género de configuración y la actitud fundadora de tales comunidades, de suerte que el de Eretz Israel podría llamarse —cito literalmente sus palabras— «el último sionismo». <<

[15] Fray Bartolomé de las Casas, «Historia de las Indias», lib. III, cap. LXXXIV. <<

[16] B.A.E, M. Rivadeneyra, Madrid, 1873, tomo 65, pág. 119. <<

[17] «Ub urbe condita», lib. VIII, cap. IV. <<

[18] «Il est parfois nécessaire» son las palabras con que arranca la versión francesa de «la indigna pieza» —por usar una vieja expresión de Theodor W. Adorno, que aquí parece venir como de molde—, publicada en el diario Le Monde del 15 de febrero del 2002. La encíclica, que también participa de epístola —quizá más propia de Clemente de Roma que de Pablo de Tarso—, pues viene encabezada como «Lettre d'Amérique, les raisons d'un combat», había sido redactada en inglés, pero no pude conseguir esa versión original. Por lo demás, no parece haber tenido mucha difusión en los EE.UU., por estar principalmente dirigida a los europeos, aunque al final se hace una apelación explícita al Islam, en la que el Cristianismo y creo que también el Judaísmo, dado el credo de algunos firmantes, de los que los 60 se erigen en representantes universales cualificados, tienden la mano abierta al Mahometismo con las siguientes palabras, en las que «la indigna pieza» desciende a los abismos de la indignidad: «Nosotros queremos dirigirnos en particular a nuestros hermanos y hermanas [sic] de las sociedades musulmanas. Y os decimos sin ambages: nosotros no somos enemigos vuestros, sino amigos vuestros; no debemos ser enemigos los unos de los otros. Tenemos demasiados puntos en común [sic]. Tenemos muchas cosas que hacer juntos [sic]. Vuestra dignidad humana, no menos que la nuestra —vuestro derecho a una buena vida, no menos que el nuestro—, por eso es por lo que creemos combatir» [sic]. ¿Habrán tenido la osadía de hacer una versión árabe —¡o pastún!— de semejante apelación? ¡Capaces! <<

[19] *Economía y sociedad*, Segunda parte, Cap. V, §11. <<

[20] *Ensayos sobre sociología de la religión*, Tercera parte —«Confucianismo y taoísmo»—, Excurso, § 3, apartado b), Tomo 1 de la versión castellana de Taurus Ediciones S.A., Madrid, 1983.<<

[21] *La política como vocación, 1919.* <<

[22] Michael Walzer, *Guerras justas e injustas*, versión castellana de Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona 2001, pág. 52 <<

[23] Sin embargo, después de escrito esto, me encuentro en el diario *La Razón* de fecha 20 de marzo del 2002, una columna en la que se habla de cierta «Carta de la Tierra», que ya desde una «Cumbre de líderes espirituales y religiosos» de septiembre del año 2000 viene estudiando y preparando semejante *sincretismo religioso universal*. «Se busca lanzar —dice la reseña— la *iniciativa unida de las religiones*, que tiene entre sus objetivos velar por la salud de la Tierra y de todos los seres vivos. Fuertemente influenciado por la New Age, dicho proyecto apunta a la creación de una nueva religión mundial única» [...] «Para la ONU, la globalización no debe envolver apenas [quiere decir *tan sólo*] las esferas de la política, de la economía, del derecho; debe envolver el alma global. Representando a la Santa Sede, el cardenal Arinze no aceptó firmar el documento final, que colocaba a todas las religiones en un mismo pie de igualdad». *Tutto é possibile fuorché l'uomo gravido*, decía mi abuela italiana. <<

[24] Informaciones extractadas de un artículo de Jacques Isnard, aparecido en el diario *Le Monde* de fecha 30-31 de diciembre del 2001. <<

[25] Tzvetan Todorov, «Memoria del mal, tentación del bien», versión castellana de Ediciones Península s.a., Barcelona, 2002, páginas 280-1. <<

[26] Como habría podido decir Max Weber en alguna de las peores tardes de su vida, como aquella de la conferencia dada en Munich el 22 de octubre de 1916. <<

[27] Todorov, op. cit., pág. 261. <<

[28] Expresión de Cervantes en la dedicatoria del «Persiles y Segismunda». <<

[29] Miguel de Cervantes, «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», Primera parte, capítulo II. <<